

9



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES "ACATLAN"

LA HISTORIOGRAFIA COLOMBINA DE 1892 Y LAS FESTIVIDADES DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA



T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN HISTORIA
P R E S E N T A ;
HECTOR JIMENEZ MENDOZA

ASESOR: MAESTRA ROSALIA VELAZQUEZ ESTRADA



SEPTIEMBRE DE 2002



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**ESTA TESIS NO SALI
DE LA BIBLIOTECA**

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la
UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el
contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE: Hector Jiménez

Mendoza

FECHA: 6-IX-2002

FIRMA: 

Y porque existen personas que nos reconcilian con la vida,
A mis hijos, Sofia y Cassiel,
Pequeños exploradores de esta tierra, y no menos
Con todo el cariño y la admiración, a Vera.

ÍNDICE

1.- Introducción.....	1
2.- Las Festividades del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América.....	10
3.- La historiografía del Revisionismo.....	61
4.- América y la Segunda Redención de la humanidad.....	88
5.- Cristóbal Colón en la enseñanza de la Historia.....	114
6.- Conclusiones.....	159
7.- Bibliografía.....	165
8.- Hemerografía.....	169

INTRODUCCIÓN.

Designado como el encuentro de dos mundos y en medio de fuertes polémicas protagonizadas entre otros por Miguel León Portilla y Edmundo O'Gorman¹, el año de 1992 se presentó como el año en donde se pondría a discusión un viejo tema que en la academia se toma con precaución: el hecho conocido tradicionalmente como el descubrimiento de América.

En efecto, los planteamientos sobrepasaron lo académico, plagando diarios, periódicos, revistas, etc. Aún más, las manifestaciones de grupos indigenistas y otros sectores sociales adquirieron un corte más bien violento: el 12 de octubre de dicho año, tales grupos centraron sus reproches a un sistema económico en crisis, en la estatua a Cristóbal Colón en el Paseo de la Reforma; simbólicamente ahorcado, con el rostro tapado por una tela, los manifestantes intentaron tirar a la estatua de su pedestal. Al no poder hacerlo dadas las aproximadamente 4 toneladas de aquélla, algunos golpearon a las estatuas subordinadas, una de ellas sufrió daños que hasta la fecha aún no han sido reparados. A la vez, alrededor de esos días, en pasquines y volantes de grupos mexicanistas, independientes entre sí, se denostaba el sistema de explotación, rechazaban las políticas del FMI y se recordaban los 500 años de vejaciones sufridas por los pueblos indígenas y el resto del pueblo mexicano; ahora bien, lo importante para la reflexión de este trabajo consiste en que todo lo anterior se achacó al descubrimiento de América, a los españoles del siglo XV y XVI y, por supuesto al Almirante de la Mar Océana. En la atmósfera, pues, se mezclaron varios elementos: pobreza, el proceso de globalización y la

¹ Para una mayor información con respecto al debate entre el nahuatlato Miguel León Portilla y los historiadores Edmundo O'Gorman, Silvio Zavala, Antonio Gómez Robledo y el filósofo Enrique Dussel, recomendamos la obra de Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina del Descubrimiento desde México (1836-1986)*, México, CCYDEL-UNAM, 1987, ya que en el anexo dos (pp. 123-171) se desarrolla ampliamente la reacción ante el cambio oficialista de concepción de Descubrimiento a Encuentro de Dos Mundos.

pauperización de la población así como el desmantelamiento paulatino del Estado benefactor o de bienestar.

Es obvio que existió ahí, una especie de equívoco, un torcimiento de los objetivos de la protesta: ¿qué situaciones se mezclaron con el ideario colectivo? ¿por qué precisamente el malestar económico, político y el ambiente social en proceso de deterioro, se centraron o hicieron énfasis y explosión en el 5to. Centenario del Encuentro de los Dos Mundos? Nos parece que aquí debe de hablarse de los prejuicios históricos del grueso de los mexicanos, aún en la actualidad es común encontrar entre los alumnos de los distintos grados de la educación media superior y la superior (entre profesores no es excepcional), las preconcepciones acerca de cómo la conquista de América, incluyendo sensiblemente al mundo prehispánico, repercutió en que al *conquistarnos, perdimos nuestras tradiciones y nuestra cultura nacional*. Claro que esto es absolutamente falso, pues ni nos conquistaron a nosotros los mexicanos actuales y, por supuesto, tampoco la existente era una cultura nacional como podemos concebir actualmente. En concreto, si esto pasa con los alumnos que más o menos han sido moldeados por la educación, ¿cuál sería nuestro diagnóstico del grueso de la población, el cual no llega, penosamente, al 5to. o 6to. de primaria? Si a todo esto le aunamos nuestras tradiciones de conmiseración y de buscar responsables externos a todo lo que nos ocurre, tendremos en parte la solución a las preguntas planteadas.

Nos parece que el contexto general propició un embate sobre los símbolos históricos ¿qué es Cristóbal Colón, sino el representante, para muchos, de aquellos europeos exterminadores a mansalva (en cierto modo verdad es) del mundo, idílico a veces, del universo indígena? ¿Por qué ese afán de retrotraerse al pasado originario? Es decir, Colón no es sólo un personaje histórico, sino un símbolo de los procesos de colonización y explotación de lo conocido como América.

De igual forma que en 1992, 100 años antes, el Almirante fue nuevamente el centro de la atención, aunque en este caso, a diferencia del quinto centenario, el 12 de octubre de 1892 se festejó sin ningún resquemor: se efectuaron múltiples eventos como exposiciones con pretensiones universalistas, exposiciones históricas, fiestas navales, concursos literarios, homenajes a diestra y siniestra, sinfonías; en México, una ópera malísima, obras de teatro, monedas y medallas conmemorativas, desfiles alegóricos, develaciones de monumentos en la Rábida, México e Italia, hasta donde sabemos y además, una amplísima actividad de los principales diarios capitalinos: *El Siglo XIX*, *El Monitor Republicano*, *El Correo Español* (creado ex professo por la colonia española en México para dar a conocer las noticias referentes al Cuarto Centenario), *El Hijo del Ahuizote*, cuando los colaboradores no estaban en huida o en las cárceles y *El Tiempo Diario Católico*; todos ellos, interesados por la celebración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América y los festejos locales en los Estados del interior.

Hace 109 años, el festejo fue considerado desde varias perspectivas, ya bien una fiesta universal o un año de reconciliación histórica entre Hispanoamérica y España, o también, la reparación de una deuda añeja de la historia con Colón.

Ahora bien, ¿cuáles son las raíces y los motivos que ponen en marcha, amén de los personajes realmente bien interesados y creyentes en el progreso humano, a toda esta parafernalia? La primera parte de nuestro trabajo, intenta rehacer el contexto general que dio origen al Cuarto Centenario; encierra nuestra primera hipótesis, la cual consiste en establecer los nexos entre el impulso expansivo de los Estados Unidos, sus pretensiones de formar una unidad comercial entre los países del continente americano y la reacción defensiva de las élites hispanoamericanas; así, el avance absorbente norteamericano se combinó en México con el ambiente interno: un país dentro de una crisis de índole económica, la baja del precio internacional de la plata, sequía y pérdida de cosechas, todo ello causante de un

proceso inflacionario que llevó al gobierno a regalar maíz; así mismo, un par de supuestas "revueltas" en la frontera norte, calificada una de bandolerismo y la otra de desorden religioso en Tomóchic; si bien esto no ponía en riesgo las elecciones presidenciales de ese año, donde el único aspirante serio era Porfirio Díaz, si deslucía la reelección del general. Por ello, ambos factores internos y externos, provocarían ese conjunto de festividades y a veces, despropósitos, cuestiones absurdas como querer cambiarle al continente de nombre, de América a Columbia o Colombia y propiamente, los intentos mexicanos por tomar parte y participar en los festejos del Cuarto Centenario. Nuestra tesis estriba, entonces, en probar que el impulso más fuerte para los festejos colombófilos por lo que corresponde a México, no llegaron de España o Italia, sino de los Estados Unidos y se haya dentro del proceso de expansión del imperialismo no sólo europeo, sino también americano. Ello propiciaría la postura nacionalista y hasta racista de la oposición latinoamericana; así como hacer notar el interés pragmático de Díaz y las élites gubernamentales por el Cuarto Centenario y los festejos a manera de justificación política, pues el general había llevado al país a pertenecer por derecho propio al progreso metahistórico.

Ambas partes, clases altas gubernamentales de Estados Unidos y de México, poseían distintas concepciones acerca de Cristóbal Colón y el descubrimiento de América; para Iberoamérica aquél es el reflejo de la hispanidad y latinidad y sus valores éticos y hasta religiosos, inserto en el ámbito de lo conservador, pero progresista económico también sin llegar al total desapego a la tradición; por otra parte, el Almirante es, aunque algunos historiadores como Alfredo Chavero, sostuvieran la llegada de normandos y otros a las costas americanas, el descubridor por antonomasia de un continente cuyo destino era gozar y ser reconocido universalmente como heredero de las glorias españolas y colombinas. Para los estadounidenses, Colón fue uno de los dos descubridores de la América sajona,

pues compartía la gloria con John Cabbot (o Juan Caboto), aunque poseía un espíritu liberal, de libre iniciativa, emprendedor e industrial. Claro está que las virtudes observadas en el Almirante son meras sobreposiciones de la autoconciencia sobre lo histórico y plasman meramente lo deseable para el ser constitutivo de la América sajona o de la Iberoamericana. Un Colón conservador y otro enteramente moderno; ambas perspectivas convivirían y compartirían la escena en 1892.

A la vez, las incidencias del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América sobre México o Estados Unidos, en realidad no ha de tener trascendencia importante o transformadora del personaje, amén de haberse convertido el 12 de octubre en día oficial del Descubrimiento de América.

Por otro lado, el ánimo festivo llevó consigo algunas expresiones literarias: poesías, biografías, apologías y en su defecto, ensayos con respecto a Colón y el descubrimiento americano. Entre algunos de aquéllos, hemos encontrado en la Colección Lafragua del Fondo Reservado de la UNAM, un conjunto de pequeños ensayos y poemas bajo el título de Descubrimiento de América, que fueron expuestos durante el Quinto Centenario e ignoramos quién pudo haberlos traído a México, dado su origen español, francés e inglés. Empero algunos de ellos son ejemplos valiosos acerca de las dimensiones historiográficas contrarias a la tradición colombina, es decir, no centran sus perspectivas analíticas en la exclusiva figura de Cristóbal Colón exclusivamente, sino en el contorno histórico que le da origen al hecho descubridor, digámoslo así, además de resaltar a otros personajes y no específicamente al Almirante. Ahora bien, aun cuando son expresiones momentáneas, salidas igualmente al calor del festejo centenarista, no dejan de poseer un carácter atípico y válido con respecto a la historiografía común y corriente de aquellos momentos. Sin embargo, hemos de reconocer que adolece de los mismos problemas de aquélla: la aporía en las afirmaciones y el agotamiento

de los fundamentos de la interpretación: el Almirante iba a Asia, pero descubrió América; por otro lado, no existe un gran rigor en la objetividad de las perspectivas, pues responde a un instante del nacionalismo español y considera a Colón como el descubridor por antonomasia, aunque no el único ni el principal, porque ello corresponde a la necesidad de abrir los espacios historiográficos a otros personajes igualmente valiosos como Isabel de Castilla, Fernando de Aragón, los Pinzón y otros; no obstante no supera la mezcla tradicional de vida de Cristóbal Colón igual a descubrimiento de América, cosa que deja clara la lectura de la obra de O'Gorman, *Historia de la Idea del Descubrimiento de América, Historia de esa idea y Crítica de sus Fundamentos*, en donde afirma, además de lo anterior, el carácter unívoco de la interpretación historiográfica, es decir centrada en una misma dimensión: Colón es el descubridor a pesar de las contradicciones y por ende, su vida queda atada al hecho histórico, lo cual al resultar una aporía, deja el plano meramente histórico, para acceder al simbólico.

Lo antecedente es la razón por la cual hemos decidido retomar las expresiones, pocas a decir verdad, historiográficas del período 1889-1892 y esto da origen a una segunda parte de nuestra tesis, misma que demostrará nuestra segunda hipótesis, sea esta: nosotros creemos en el inicio de una especie de revisionismo de la figura, del símbolo colombino, hacia las fechas antes señaladas, o lo que es lo mismo, el interés por desplazar la leyenda colombina como se dio en llamar a manera de llevar el descubrimiento al terreno nacionalista; tal perspectiva nos permitirá revisar ¿cuál era la concepción del Colón no festivo, visto en su dimensión humana, desprendido del ánimo romántico y heroico resultante de las obras de Martín Fernández de Navarrete y Washington Irving? La existencia del material, nos permitirá observarlo como parte del mundo académico para ejemplificar que el espíritu científico siempre se sobrepone a la ignorancia y la perseverancia a las limitaciones materiales, amén de las moralejas; como ente

católico, Colón fue el autor de la segunda redención de la humanidad con el objetivo de descubrir América precisamente a manera de ensanchar el mundo evangélico; a la vez, nos proponemos, aprovechando esta coyuntura, analizar al personaje y al descubrimiento desde el ámbito de la enseñanza de la historia; en efecto, hemos de indagar acerca de ambas representaciones en los pocos libros que para escolares se publicaron y de ellos los pocos encontrados y en disposición de ser consultados, entre los años de 1850-1900.

Nuestro objeto es pues, mostrar algo que otros han hecho ya: la existencia de muchos Colones y además, tratar de resaltar los esfuerzos de algunos por oponerse a que la figura legendaria, recubierta de mitos, del Almirante de la Mar Océana, fuese el vértice del proceso histórico conocido como descubrimiento de América.

Así, nuestra tesis se justifica no como parte de la amplísima gama de estudios aparecidos alrededor del Quinto Centenario del Encuentro de los Dos Mundos, de los cuales existe una colección editada por la UNAM y el Centro de Estudios Latinoamericanos, así como un trabajo iconográfico dirigido por Silvio Zavala; aunque sí en la mera curiosidad académica que busca interpretar y encontrar los nexos entre la realidad circundante y los procesos de construcción y deconstrucción de las figuras simbolizantes como la de Cristóbal Colón.

De tal forma, como se viene advirtiendo, nuestra metodología es considerar el conjunto estructural real, economías, políticas internacionales, nacionales y situaciones culturales, para entrecruzarlos con las manifestaciones del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América.

Ahora bien, nuestras fuentes de información para la parte correspondiente a las festividades, la constituyen un conjunto de periódicos y diarios del siglo XIX, la mayor parte de ellos revisados entre 1889 y 1894, entre los anteriores y cuya ayuda documental ha sido de inestimable valor se encuentran: *El Siglo XIX*, *El Monitor Republicano*, *El Tiempo*, *Diario Católico*, *El Correo Español*; escasamente *La*

Raza Latina y esporádicamente, *El Hijo del Ahuizote*. Algunos de ellos conservados en el Archivo General de la Nación, donde se hallan en estado deplorable; otros, en la Hemeroteca Lerdo de Tejada, donde su estado es inmejorable; aun a pesar de las restricciones para el acceso al material. Otros datos, fueron extraídos de la hemeroteca del Centro de Estudios Mexiquense de la ciudad de Toluca. Nuestra justificación al uso de este material estriba en el prurito profesional por trabajar in situ, es decir, con fuentes de primera mano; las lagunas que se suscitaron fueron llenadas con el cruzamiento de datos encontrados en libros especializados en la historia del período, como la obra de Daniel Cossío Villegas o bien, de José C. Valadez. Por otro lado, puede argumentarse, no sin cierta satisfacción, que la información contenida en estas páginas no se encuentra en los libros citados y no sabemos de ningún otro, ya que los estudios hasta la fecha realizados, uno de ellos de José María Muriá, fueron hechos con premura y muchos prejuicios al calor de los debates del Quinto Centenario.

Asimismo, la interpretación historiográfica procede de cierto material no aprovechado en líneas generales y que se haya como se ha dicho, en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de la UNAM, antiguamente sito en la iglesia de San Agustín. Éstas son las únicas fuentes historiográficas en disposición en México y que datan precisamente de la época estudiada. Así, algunas obras referentes a la parte correspondiente a Colón en los libros de enseñanza fueron halladas en la biblioteca CONDUMEX, en la biblioteca del INAH, el Fondo Reservado de la UNAM y la hemeroteca Lerdo de Tejada dependiente de la SHCP. Una característica aquí es la variante de todos los libros, todos ellos diferentes entre sí e inclusive, sus propósitos pedagógicos distintos y sus métodos de enseñanza extraños: desde los catecismos que funcionaban con preguntas y respuestas, hasta las teorías de Justo Sierra acerca de la memoria de los alumnos y como fomentar la imaginación; lo común a todos ellos se inscribe dentro del ámbito de la moralidad y

la ética del individuo a educarse, por ello, algunas cuestiones como por ejemplo la figura colombina, servirán como paradigmas de comportamiento y muestra de virtuosismo, aunque, claro, los resultados son la distorsión de hechos, la omisión de datos, etc., dando por resultado un conglomerado de propuestas y hechos históricos prácticamente elaboradas a la medida de lo que se deseaba promover a nivel moral o ético.

Finalmente, como ya se ha indicado, la presente tesis se estructura de la siguiente manera: la primera parte corresponde al contexto histórico, donde principalmente se abordan los orígenes del cuarto centenario del descubrimiento de América, tratando de establecer nexos entre los ambientes económicos y políticos con el desarrollo de las festividades; la segunda parte corresponde a un análisis historiográfico, el cual no tiene más, sino la pretensión de hacer notar que aun dentro de las aporías marcadas por el Dr. O'Gorman se hicieron esfuerzos tendientes a desmitificar a la figura colombina y llevarla a su medida humana.

Agradecemos, por último, a todas aquellas personas sin cuyo esfuerzo esta tesis no hubiese llegado a su fin; omitimos los nombres en un acto de justicia, pues olvidar a alguno sería imperdonable y por no involucrarlos en los actos de la locura de la creación que bien visto, son estricta responsabilidad del autor.

1.-LAS FESTIVIDADES DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

A ya casi 109 años del festejo centenarista, colombófilo y optimista de 1892, la perspectiva nos indica una atmósfera ambigua con respecto a las múltiples actividades desarrolladas en torno al 12 de octubre de aquel año. Por una parte, debemos admitir la preocupación más bien política y económica de los festejantes; en efecto, todos los actos destinados a glorificar la memoria del Almirante de la Mar Océana, tienen detrás de sí un sin número de perspectivas por parte del gobierno porfirista y la clase dominante: fueron desde el lucimiento de los "adelantos del país", mostrar la civilización de la sociedad mexicana, debida en gran parte a la *pax porfiriana*, hasta la oposición a las ambiciones norteamericanas sobre la economía del país. Así mismo, en esta idea, los actos conmemorativos fueron mensajes de las élites a las clases dominadas hacia el interior; hacia el exterior se plantearía la pertenencia de México a la órbita de las potencias europeas y no a la esfera de influencia norteamericana; aunque debe de hacerse énfasis en la utilidad de las festividades para lograr la unidad moral, política y económica con los países afines a su cultura. Por ende, la necesidad de usar la fecha centenarista dista mucho de ser meramente un acto más y nos remite a la justificación de un régimen, a las perspectivas ideológicas de toda una élite y a todo un contexto que no es otro, sino la expansión del capital financiero y los desplantes imperialistas de las naciones europeas y los Estados Unidos de Norteamérica.

Por otro lado, hablar de la conmemoración del descubrimiento de América en 1892, significa sondear las actividades emanadas de la conciencia cultural de aquellos momentos en México: podemos decir que existió un afán por demostrar, enseñar y exhibir la historia del país al momento de la llegada de los castellanos a tierras continentales y, más aún, darle un valor estrechamente vinculado al futuro de aquél. En esencia, lo manifestado (la historia cultural del país mostrada como

un ente totalmente secuenciado, sin rupturas históricas en su devenir) hacía ver a México como el producto de la fusión de dos culturas ancestralmente avanzadas y necesariamente tendientes al progreso tan llamativo en aquellos días.

Así, intereses gubernamentales que coincidían con la nueva reelección de Porfirio Díaz al frente del ejecutivo y la necesidad de la vinculación con el capital extranjero (más europeo que americano) y los afanes conciliatorios de los intelectuales mexicanos con sus similares de España, harían del festejo centenarista el momento de la rectificación histórica, más importante aún cuanto que las culturas llamadas latinas corrían el peligro de ser absorbidas por el conjunto de países imperialistas, es decir, existía la necesidad de convocar al ser americano y redefinirlo ante el embate de las poderosas economías industriales.

Existe no obstante, una pregunta que debemos de plantear antes de llegar a los días y meses previos a los festejos: ¿por qué elegir la amorfa y difusa imagen del Almirante Cristóbal Colón y su pretendido viaje a las tierras desconocidas, cuando existía la conciencia del objetivo asiático? ¿Para qué el uso y abuso de la misma historia, mal explicada, llena de marañas, concepciones bizarras y sinuosas?

Cristóbal Colón siempre ha despertado la polémica entre los intelectuales y los que no lo son; se han escrito historias, epopeyas y múltiples fantasías novelescas acerca del mismo personaje²; como esperamos poder comprobar en el siguiente apartado, el Almirante era una figura ambigua y recubierta con una gruesa capa de ensueño, malos entendidos y usos tendenciosos rodeándole siempre. Es el Almirante un héroe misericordioso, casi santo, es también un héroe revolucionario del espíritu humano indomable y perseverante; no obstante todos los calificativos, lo cierto es que fue una imagen atractiva por su misma calidad heroica y si

² Para mayor información, véase Edmundo O'Gorman, *La Idea del descubrimiento de América, historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Centro de estudios filosóficos, 1951. p.79, en donde analiza la obra de Washington Irving, a la cual define como pieza clave en la conformación novelada de la vida de Colón y en cuya estructura se nota la vinculación inseparable de ésta y el descubrimiento americano sustentado en la teoría de la casualidad; además de elaborar una romántica y dramática visión de las aventuras del Almirante.

pensamos en las circunstancias de la historiografía del siglo XIX, en su mayor parte abocada a la adoración de los héroes, tendremos que admitir dentro de nuestros esquemas la verdadera heroicidad del personaje inventado conceptualmente y moldeado socialmente como tal: las convicciones del siglo pasado en cuanto a la honestidad, trabajo e idealización de los valores del ser humano, encontrarían en Colón a uno de los máximos exponentes de estas características deseables a cualquiera. Aunque por otro lado y lejos de éstas, el manejo que se había operado en la historiografía colombina nos remite al reconocimiento de la figura de aquél como la más idónea para los tiempos del imperialismo. Veamos. Cristóbal Colón había tomado una empresa para sí: según las versiones circulantes en la mayor parte de la historiografía (tradicionalmente aceptada) anticipaba el descubrimiento de América desde la concepción del proyecto mismo; es decir, es el ejemplo de la libre iniciativa y libre empresa³. De la misma forma, había allanado el camino a la aceptación de su teoría por medio de la lucha intelectual, siempre usando la ciencia todopoderosa; finalmente, había creado las primeras colonias económicamente activas, es decir, estamos hablando del hombre que se hace a sí mismo y del hombre empresario (*el self-made man*) tan admirado y requerido a fines de la decimonovena centuria.

En el fondo, lo cual no le resta nada de lo dramático que es, Cristóbal Colón comulgaba o mejor dicho, se le hizo comulgar, con la imagen del hombre liberal de aquellos instantes de la mayor expansión capitalista del siglo XIX y lo que es más, el Almirante había puesto a América en la senda del progreso desde la imputación del descubrimiento mismo, pues no se tenía conciencia de que la invención moral, no física, del continente tardaría varios años más.

Así, la figura idónea para los intelectuales mexicanos, quienes en este caso tomaron las iniciativas correspondientes para los festejos del centenario colombino,

³ Edmundo O'gorman. *Op. Cit.*, pp. 227-228

fue el Almirante de la mar Océana, el cual se estableció como eje paradigmático de sus ambiciones y proyecciones incrustadas en el mundo del capitalismo imperialista del siglo XIX.

No obstante, no sólo la imagen del descubridor sirvió para ser entallada dentro del traje liberal, también los sectores conservadores a través de la iglesia católica en México, dueña aún de un poder de convocatoria importante, llevaron a Colón a convertirse en héroe del catolicismo y sus valores: piedad, martirologio y sobre todo, la fe como principio que subordinaría a las instancias científicas; éstos serían los ideales a festejar en el centenario de Colón⁴. Por ende, debe de entreverse en todo esto la multiplicidad de manifestaciones culturales y simbólicas dentro del año de 1892: todas cabían y todas pelearon una parcela, un pedazo de la gloria del Almirante que les permitiera revalorarse y volver a legitimar su vigencia en un mundo cambiante y transformador por excelencia.

Las festividades se plantean en un momento en el cual las inversiones, europeas en su mayoría, eran las más ambicionadas por el régimen dictatorial de Porfirio Díaz. De la misma manera, se trataba de esconder un clima creciente de insatisfacción ante dos hechos por sí mismos importantes: la caída de los precios de la plata, acompañada por las malas cosechas que impedían surtir el mercado interno con el consecuente proceso inflacionario; por otro lado, la segunda reelección consecutiva a la cual aspiraba el viejo general y la cual se encontraba en la necesidad de encontrar un elemento justificatorio ante las élites y el resto de la sociedad mexicanas. A todo esto hay que sumar la rebelión indígena de Tomóchic (1892) en el Estado de Chihuahua a causa de la entrega de las tierras comunales a la Chihuahua Mining Company, lo cual causaría gran desazón entre la prensa

⁴ *La Raza Latina*, "El Papa y Cristóbal Colón", 27 de agosto, 1892; o bien, existe otra referencia más amplia con respecto a este tema en *El Tiempo*, 11 de agosto, 1892 en donde puede verse la encíclica de León XIII en la cual sustenta por qué la iglesia católica debe de ser reconocida como el motor impulsor del Descubrimiento de América y como agente civilizador.

liberal capitalina⁵, las correrías calificadas de guerrilleras del norteño Catarino E. Garza, mismas que en realidad, según Cosío Villegas no pasaron de ser meras escaramuzas e informaciones sensacionalistas que sólo impresionaban a la población causando expectación⁶ y las manifestaciones estudiantiles de abril y mayo de 1892 de carácter antireeleccionista en vista del apoyo del recién creado el Club Central porfirista en enero de ese año y que hacía manifestaciones públicas apoyando la reelección del general Díaz; aquéllas, si bien no llegarían a causar mayor preocupación al régimen, sí alteraban la atmósfera previa a las elecciones federales de julio del mismo año⁷. El clima, pues, para el México de fines de la decimonovena centuria, no pintaba cuadros halagüeños para la política y las cuestiones económicas. Por ello, veremos los pasos vacilantes de un gobierno que se prepara en 1889 para proponerse como sede de una pretendida Exposición Universal y tres años más tarde, llevar a cabo precipitadas acciones para tomar parte en los festejos colomófilos que con sus grandes diferencias se proyectarían en parte de la Europa occidental y algunos países de Hispanoamérica: el desentendimiento por parte del gobierno no puede achacarse a falta de ganas de hacerse publicidad gratuita, sino en la falta de capital para llevar a buen término actos "dignos" de un centenario. La prueba de lo anterior es el aprovechamiento de la estatua de Cristóbal Colón realizada por el maestro escultor Manuel Vilar y Roca, misma que había sido contemplada por el malogrado emperador Maximiliano para ser colocada en una de las glorietas del actual Paseo de la Reforma y cuyo vaciado se encontraba desde 1858 en la Academia de San Carlos; aprovechamiento, decíamos, para colocarla el 12 de octubre de 1892 en la Plazoleta

⁵ Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La Vida política interior*, Vol. X, 2da. Parte, México, Ed. Hermes, 1993. pp. 635-637. Para los temas anteriores, puede revisarse también Margarita Carbo, "México bajo la dictadura porfiriana" en Enrique Semo (coord.) *México un pueblo en la historia*, vol. 2, México, Ed. Nueva Imagen-Universidad Autónoma de Puebla, 1983. pp. 193-225.

⁶ *Ibidem*, pp. 678-679.

⁷ *Ibidem*, pp. 663-670.

de la estación del ferrocarril de Buenavista, donde hasta la fecha ha resistido el embate de los indigenistas mexicanos y la privatización de los espacios públicos.

El gobierno de Porfirio Díaz buscaba convertir, a varios niveles, en capital político a las festividades del centenario de Colón: desde plantearse a sí mismo como el continuador de la modernidad en el país, comulgando con la expresión que por aquellos días lo reconocía como el "necesario" para gobernar a la nación, es decir, en otras palabras, se transformaría por un momento en el nuevo descubridor de México ante el mundo moderno: una de las poesías sarcásticas del periódico *El Hijo del Ahuizote* lo describiría como el nuevo Colón⁸; si vamos al fondo de la cuestión, el mandatario ofrecería su imagen como el personaje que abriría al país a los dueños del capital, nuevos patrocinadores de las empresas descubridoras. Veremos en ello la oportunidad de crear una gran vitrina donde se colocaran las principales virtudes del pueblo mexicano y las bondades de los inmensos recursos naturales de exportación para ofrecerlos a la inversión tanto nacional como extranjera, esto a su vez, implicaba el desarrollo publicitario del gran avance logrado por el país, pues la mayor parte de los discursos oficiales se regodeaban en catalogar y alabar al régimen como uno de los que habían hecho entrar a la sociedad mexicana al contexto de la modernidad económica. La occidentalización de México era evidente por sí misma, sólo bastaba con observar los crecientes volúmenes de exportaciones, las grandes obras públicas y la paz social para tratar de colocar a México entre las naciones civilizadas y, claro, con merecimientos a las inversiones extranjeras. El centenario sirvió entonces como momento de reflexión en torno a las posibilidades de integrarse a las economías desarrolladas, aunque esto sólo podía encontrarse en los ánimos y las peroratas gubernamentales y no tanto en la realidad nacional.

⁸ *El Hijo del Ahuizote*, 10 de octubre, 1892. El mismo periódico esporádico y sarcástico, propuso la celebración del centenario de "la Matona", nombre con el cual se apodaba a la espada del general Díaz.

No está por demás meditar acerca de la posibilidad que este criterio de verdad en las élites nacionales (el creer en la supuesta unión con las economías centrales a través del modelo exportador-importador) haya sido considerado como legítimo y posible de sustentar ante las naciones poderosas.

Otro hecho relevante es la necesidad de resistencia ante el agresivo crecimiento del capitalismo de los Estados Unidos de Norteamérica, que llevaría al régimen a plantear su papel de líder moral de los países latinoamericanos y la búsqueda del apoyo del capital europeo, inglés ante todo, para evitar las agresiones norteamericanas con su proyecto de incluir a la América española en una especie de Zollverein económico⁹ al estilo prusiano, o sea, constituir un enorme cartel monopolístico donde los norteamericanos tendrían las materias primas y los mercados de consumo asegurados. En 1889 tuvo a efecto el Congreso Panamericano en Washington; en el mismo se planteó la necesidad de un comercio más libre entre la América Latina y los Estados Unidos, para ello, éstos se autopropionan como árbitros comerciales para dirimir toda diferencia y disputa entre los latinoamericanos a la hora de negociar las formas de abrir las fronteras comerciales a los productos del vecino del norte; de la misma forma, el congreso norteamericano proponía construir comunicaciones adecuadas al libre y fácil flujo de los productos de América en conjunto. La propuesta anterior, llevaría a Ignacio Mariscal a escribir a Matías Romero:

“Prescindiendo de que nuestra naciente industria necesita siquiera en ciertos casos, la protección del arancel [...] Ud. sabe bien que los productos de nuestras aduanas constituyen en grado supremo, la fuente principal de recursos para el gobierno de la nación [...] Resultado inmediato de este soñado Zollverein sería, pues, la ruina de nuestra agricultura, la de la poca industria fabril que tenemos [...]

⁹ *El Tiempo*, “El zollverein norteamericano”, 6 de mayo, 1892.

por no decir nada de la dependencia económica en que caeríamos respecto a los Estados Unidos [...] que no tardarían en nulificar la independencia política.”¹⁰

Lo anterior, que nunca se aceptó por parte de las Repúblicas latinoamericanas, dio origen a todo un movimiento de resistencia por lo menos en el círculo periodístico. Según los periódicos de la época, especialmente *El Tiempo*, por convicción antiyanqui, los países europeos se hallarían enormemente preocupados ante la sola posibilidad de perder los mercados de materias primas y de consumo que representaban las convulsas naciones latinoamericanas¹¹. Ante ello, el gobierno mexicano buscaría beneficiarse del cuarto centenario del descubrimiento de América para llevar adelante una campaña de atracción hacia los capitalistas europeos, a manera de evitar caer dentro de la esfera monopólica del vecino del norte.

El papel de los Estados Unidos para la realización de toda la parafernalia centenarista es fundamental, pues explica varios asuntos: primero, las reacciones del gobierno mexicano para beneficiarse del evento, el cual se pensó como un evento de carácter internacional y que se extendió ampliamente por toda Europa, América Latina y la Unión Americana; así, su premura se explica por la combinación de factores tanto internos como externos que le orillaban a ponerse en la línea de festejar con toda dignidad el cuarto centenario del descubrimiento de América; en segundo lugar, la expansión imperial de los Estados Unidos sobre Latinoamérica condicionaría la reacción de los países periféricos, como España, a fin de llegar a la consabida “reconciliación” con sus antiguas colonias y, a su vez, formar entre los latinos y españoles una unidad económica que, según las declaraciones de los ministros y embajadores, podría resultar y llevar a la

¹⁰ Margarita Carbó en Enrique Semo, *Op. Cit.* p. 237, n24, citando a José C. Valadés, *El Porfiriato, Historia de un régimen*, Vol. I, México, UNAM, 1977, p.191

¹¹ También véase *El Correo Español*, “La nueva Política económica en España” 9 de enero, 1891, donde se critica duramente la incongruente actitud de los Estados Unidos, quienes proponían el libre comercio y sostenían sendas políticas proteccionistas al comercio europeo y latinoamericano.

civilización hispanoamericana a revivir sus viejas glorias; claro, la imposibilidad de esta idea era evidente por la misma lógica de los precios fluctuantes de las materias primas y la nula producción industrial de los países periféricos. No será raro el reconocimiento de los Estados Unidos al papel, importantísimo, de los castellanos en el desarrollo del mundo moderno; la aportación de España al mundo occidental con el descubrimiento y conquista de los pueblos y tierras americanas fue reconocido al otorgarle a la nación ibérica el primer lugar entre las naciones que festejasen el centenario colombino; inclusive, el gobierno norteamericano pagaría una reproducción fiel de las carabelas colombinas y las llevaría a puertos españoles a fin de repetir las hazañas marineras del Almirante Colón.

Así pues, la postura de Estados Unidos con respecto a las condiciones económicas del continente, desarrollaría a su vez situaciones de respuesta por parte de los países latinoamericanos: el terreno donde mejor podrían llevar a cabo la misma, sería exclusivamente en el ámbito expositivo de las bondades de sus países ante el desarrollo de las necesidades de materias primas de los países centrales. La publicidad acerca de su potencial de inversión para el capital externo y la necesidad de convertirse de la noche a la mañana en países correspondientes a la civilización occidental, promovería el aprovechamiento de ese gran escaparate que significaría el festejo del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, mismo que como se ha podido apreciar, tenía raíces en condiciones más bien económicas y de seguridad estatal, que en un ánimo verdaderamente histórico de reflexión acerca de la situación de Hispanoamérica con respecto a la historia misma de occidente y sus propias perspectivas a futuro.

Empero no debe dejarse a un lado la legítima actitud de los intelectuales hispanoamericanos y de entre ellos los mexicanos, quienes asumieron con seriedad y compromiso la supuesta reconciliación histórica entre la madre patria y las repúblicas latinoamericanas. Ello sería conveniente recordarlo al momento de

evaluar al centenario como algo más que una enorme parafernalia encabezada por y con el avalúo de los sectores dominantes del país; muy ciertas serán las loas y el sentido oficialista de los intelectuales como Sierra y otros, las formas más bien oportunistas de periodistas y personas poco serias que tendrían en el centenario sus minutos de fama y gloria; no obstante, la balanza será favorable para los intelectuales que actuaron de buena lid en la preparación de los objetos enviados a la Exposición Histórico Americana en Madrid, certamen en el cual México recibiría un diploma de honor por haber ganado el concurso a la mejor organización en el evento, así como por la riqueza de sus "antigüedades".

La historia del Cuarto Centenario se remonta a la década de los ochenta del siglo XIX, cuando en 1883 el español Emilio Castelar propondría el festejo del Centenario del Descubrimiento de América para llenar de honra a España y reconciliar a los latinoamericanos con la madre patria; la misma sugerencia de Castelar sostenía la obligatoria necesidad de no cederle a los Estados Unidos la prerrogativa e iniciativa de los festejos¹²; posteriormente un arzobispo francés intentaría la canonización de Cristóbal Colón. Su sugerencia inmediatamente fue captada por los sectores del catolicismo; quienes buscaban sacar provecho del próximo "evento universal", no era otro que el año de 1892 y llevar al Sumo Pontífice a recuperar sus prebendas ante la monarquía Italiana. El eco de tan descabellada y muchas veces considerada propuesta de santificación, causó furor en México, pues los sectores interesados argumentaron que el obispo mexicano, Pelagio Labastida ya había insinuado algo semejante en 1886; lo cierto es que, finalmente, se llegó a la noción de que mediaban seis años para el gran festejo centenarista. De tal forma, la conciencia de la cercanía comenzó a mover a uno que otro periodista a publicitar la idea de lo necesario que resultaba para México, el exhibir sus avances centrales en cuestiones de la adquisición de civilización ante el

¹² *El Tiempo*, 26 de junio, 1890.

mundo, pues las naciones civilizadas reconocían las aportaciones de los héroes, como el almirante, que habían logrado hacer de México una de las naciones más favorecidas por el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Por otro lado, nuestra investigación llegó a la conclusión de que los festejos de Cuarto Centenario no eran los primeros que de algún modo u otro tenían como eje central la figura del Descubridor, pues entre 1887 y 1892, por lo menos, la Unión Iberoamericana¹³, una asociación conformada por los comerciantes españoles de la ciudad de México y otras de provincia, así como algunos ministros mexicanos, se dieron a la tarea de celebrar cada 12 de octubre las hazañas de Cristóbal Colón y a recrearse con los efectos (considerados siempre benéficos) de su obra.

En efecto, la Unión Iberoamericana, definió las perspectivas de los pueblos español y mexicano dentro del desenvolvimiento de los tiempos económicos, aunque siempre matizados por las creencias y nociones de unidad por la hermandad y los lazos históricos que unían a las dos naciones en igualdad de circunstancias; así, presentar una posición común frente a las grandes potencias, fomentar las relaciones comerciales entre ambos países, lo cual implicaba la elaboración de leyes adecuadas que permitieran beneficiar al comercio español por parte de México, además de esto anterior, estrechar los vínculos culturales. En cuanto a esto se trata, la Unión Iberoamericana propuso la reconciliación histórica entre México y España, a fin de superar la problemática creada a raíz de la independencia de las colonias españolas en América¹⁴

¹³ - Fundada el 25 de mayo de 1886 en la Escuela de Ingenieros; el acta de la misma fue firmada por personajes pertenecientes a las élites intelectuales y gubernamentales de México: Manuel Romero Rubio, Ignacio Manuel Altamirano, José Ives Limantour, Justo Sierra, Pablo Escandón, Ireneo Paz, Francisco Sosa y entre otros muchos, Gustavo Bnz.

¹⁴ *El Siglo XIX*, 15 de enero, 1887, el mismo artículo consigna la larga serie de propósitos de la Unión Iberoamericana en México.

El 12 de octubre de 1887, se celebró en México el Descubrimiento de América por Cristóbal Colón; indudablemente ello favorecía las intenciones de la Unión. El festejo, ampliamente cubierto por los principales periódicos de la época como *El Tiempo*, *El siglo XIX* o *El Monitor republicano*, se llevó a cabo con la presencia del General Díaz y algunos de sus ministros, además de la asociación de comerciantes españoles de la Ciudad de México: cabe destacar el carácter elitista de la velada literaria; durante la misma, se pronunciaron discursos llenos de buenas intenciones y encuadrados dentro del optimismo positivo del progreso. Manuel Dublán, ministro porfirista, expresaría en la misma reunión de la Unión, mejor que ninguno, los motivos fundamentales de la existencia de la Unión Iberoamericana: el destino de la raza ibera, creada a partir de la creación de la América española y la continuidad del proyecto civilizatorio, declarado como la compartición del dominio del planeta, integrándose, por derecho propio al privilegiado grupo de las naciones civilizadas, explotadoras del mundo no civilizado.

La apelación a la raza y a la unidad iberoamericana poseía un sentido pragmático, aquélla tomaría su lugar en el mundo de la historia cuando se vinculasen y complementaran los procesos productivos y de intercambio comercial de las naciones de la América española.¹⁵ Todo ello, claro, en virtud de los contactos comerciales entre los iberoamericanos (término que en realidad era muy raro en usarse)

En una civilización occidental caracterizada por el expansionismo económico, imperialista, envuelto en capas ideológicas de justificaciones tales como el progreso, la raza, el nacionalismo exacerbado, era propio de la lógica interna del proceso de diferenciación y especialización de las economías, la formación de bloques dominantes y subgrupos caracterizados por su dependencia y sus modelos monoexportadores. La idea era protegerse política, económica y

¹⁵ *El Siglo XIX*, 13 de octubre, 1887.

culturalmente de la expansión anglosajona e impedir su “absorción” por economías más poderosas, pues como indica el español Juan Velarde Fuentes, analizando la economía americana:

“Hacia 1892, Iberoamérica se ha convertido en parte importantísima del conjunto del mercado mundial.”¹⁶

Es dentro de este amplio proceso como aparece la idea de celebrar varios aspectos del 12 de octubre: la latinidad como valor existente y contrapuesto a la raza anglosajona, el homenaje al héroe primigenio de la América virgen y destinada *per se* a compartir los beneficios del progreso, tomando su lugar en el “concierto de las naciones”; la revaloración de España como madre y hermana. Todo ello, en una fecha que recordaría los factores de unidad y comunidad de los hispanoamericanos en un ejercicio de nacionalismo extracontinental; empero, la unidad latina primero pasaba por la unidad comercial,... “pues toda riqueza económica y social, muere en el aislamiento”.¹⁷ Como puede colegirse de las anteriores afirmaciones, el pragmatismo de la Unión Iberoamericana y de las élites conglomeradas por ella fue evidente.

Por otra parte estaría de más el comentar los discursos de personajes como el del ministro de Justicia e Instrucción Pública, José Joaquín Baranda, quien se referiría, casi con las mismas palabras, vertidas 5 años más tarde en la develación del monumento a Colón en Buenavista, a las virtudes del descubridor, aunque resalta su afán de civilizar al indio mexicano, pues sólo así quedaría cerrada la obra del descubridor al momento de descubrir el actual continente americano; Manuel Romero Rubio, Juan de Dios Peza, primero en aunar a la gloria del Almirante a la

¹⁶ Juan Velarde Fuentes, “La situación económica de Iberoamérica en 1892 y 1992”, en *Descubrimiento de América, del IV al VI centenario*, vol. I. Madrid, Veintiuno Colección, Fundación Canovas del Castillo, 1993. p-55. La presente obra en dos volúmenes, consiste en un acercamiento reflexivo de varios autores ante el IV y el que fuera el V centenario del descubrimiento de América, a pesar de su premura, se constituye como una valiosa fuente analítica de fenómenos tales como la emigración española, la perspectiva de los intelectuales hispanoamericanos y el contexto general del significado del festejo centenario para España.

¹⁷ *El Siglo XIX*, 13 de octubre, 1887.

católica Isabel de Castilla y el no menos cuestionado de Alfredo Chavero, por su afirmación de la existencia de la raza americana y porque aseveró la posibilidad, herética, de que otros viajeros hubiesen llegado antes al continente. Todos los discursos tuvieron como eje central dos principios: resaltar la importancia y honorabilidad de la raza latina y la urgencia de la formación de mecanismos de resistencia ante el avance anglosajón. Los diarios *El Tiempo* y *El Siglo XIX*, cubrieron con amplitud la velada en honor a Colón y aunque discrepaban en sus editoriales acerca de las ideas antiyanquis de los oradores, convinieron en resaltar el éxito de la misma.

Por cuanto interesa a esta investigación, la velada literaria del 12 de octubre de 1887, tiene un significado importante, pues es el origen de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América, porque como diría *El Siglo XIX*:

"[...]jamás se había pensado aquí en glorificar la memoria del excelso Almirante...esa significación mercedísima[...]se ha debido[...]a los perseverantes esfuerzos de la importante Unión Iberoamericana."¹⁸

Empero, en la realidad, el propósito del festejo tetracentenario tuvo como origen directo a los Estados Unidos de Norteamérica y no España como podría llegar a pensarse; hacia enero de 1888, el ministro de aquél país en Madrid, Curry, sostuvo pláticas con la reina regente María Cristina de Austria, a fin de concertar una especie de "alianza festiva", digámoslo así, para comenzar la organización de los festejos del Cuarto Centenario. Según Salvador Bernabéu Albert en su artículo, *Los significados de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América*, sostiene que tanto uno como otro país, incluyendo a Italia, pondrían en marcha una competencia "honorable" para destacar dentro de los festejos de la

¹⁸ *El Siglo XIX*, 15 de octubre, 1887.

celebración colombina¹⁹, no obstante, esto fue mucho más que una competencia amistosa, pues según el contexto dentro del cual venimos moviendo toda esta serie de inferencias, más bien se trataba de apropiarse de las ventajas morales que implicaba el encabezar el desarrollo de las festividades.

A lo largo de la investigación hemos encontrado por lo menos dos intencionalidades con respecto al mencionado centenario: por una parte, tenemos las actitudes del gobierno estadounidense cuya perspectiva imperial le confería el derecho de convertirse en el representante legítimo de América, dado que en ese país se desarrollaba el verdadero espíritu colombiano: el progreso social, económico y político, siendo el país más civilizado de América, lo cual lo colocaba a la par de las civilizaciones europeas y justificaba sus intenciones absorbentes; por otra parte, España intentaba encabezar la formación de un bloque opositor a la expansión "anglosajona", aunque su apelación a la historia sólo se remontaba a la conquista y colonización y no más adelante. Finalmente, en México, Porfirio Díaz perseguía justificar toda su política económica y su reelección.

Concluimos pues, que desde Estados Unidos y España apareció la necesidad de festejar el Cuarto Centenario del descubrimiento de América; la reina regente, María Cristina de Austria, a través de su ministro, Moret, propuso un conjunto de acuerdos tomados a su vez con el Duque de Veragua (más adelante, éste sería el presidente de la Comisión del Centenario entre 1888 y 1891) para darle inicio a los festejos colombinos: España sería la principal nación organizadora, invitaría a los festejos, certámenes, concursos, exposiciones, etc, a todos aquellos descendientes de las gestas españolas en América y Europa, participaría por derecho en los festejos hispanoamericanos si era requerida y sería, ante todo, reconocida como la

¹⁹ Salvador Bernabéu Albert, "Los significados de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América" en *Descubrimiento de América, del IV al VI Centenario*, Vol. I., Madrid, Veintiuno Colección, Fundación Cánovas del Castillo, 1993 pp. 9-23

nación que propiciara la evolución de la humanidad por medio de la colonización americana.

“La Reina manifestó prontamente su simpatía por el proyecto, dando cordial respuesta a mis palabras y repitió las seguridades de interés que había dado a Mr. Bowen el finado monarca (Alfonso XII) agregando que se complacería en ofrecer toda la cooperación que fuese posible a favor de tan acertado y eficaz para estrechar más las relaciones entre todos los pueblos representados en la celebración.”²⁰

Este alarde de desesperada renovación se inscribe en torno a dos procesos ligados entre sí: el problema cubano en América donde los Estados Unidos tenían intereses más que evidentes²¹, lo cual evidenciaba la existencia de la tirantez de las relaciones entre ambos países; en este caso, el festejo centenarista fue una especie de tregua y de acercamiento momentáneo. El segundo asunto, los deseos norteamericanos por crear una unidad aduanal americana: el denominado “zollverein americano”, como fue conocido por cierto sector de la prensa mexicana.

Un zollverein, tomando ejemplo de Prusia a mitad del siglo XIX, sería una unidad comercial, aduanera y de libre flujo de productos de varias naciones, en este caso entre las naciones latinoamericanas y los EE UU. En el aspecto que nos ocupa, como contexto explicativo de la intensidad y hasta del paroxismo alcanzado por el centenario colombino, debe explicarse brevemente el propósito estadounidense al llevar a los representantes de las repúblicas hispanoamericanas al llamado Congreso Americano de Washington²².

²⁰ *El Siglo XIX*, 7 de enero, 1888.

²¹ *El Tiempo*, 1ero de marzo al 19 de junio de 1889. Dicho diario ofrece una amplia información acerca de los problemas entre la política exterior estadounidense y los reclamos españoles ante un ofrecimiento de compra de la isla en un conjunto de artículos llamados “¡Cuba no se vende!”; en ellos, se hacen análisis de las ventajas geopolíticas del vecino del norte con la ocupación de la isla caribeña.

²² Para más información al respecto, ver *El Tiempo*, 4-5 de octubre, 1889.

Entre mayo y octubre de 1889, tanto *El Tiempo* como *El Monitor Republicano* se darían a la tarea de traducir las decenas de artículos que muestran las reacciones españolas, inglesas y francesas con respecto a las pretensiones de Estados Unidos y los perjuicios económicos que acarrearía el "zollverein" para los europeos y los enormes beneficios para aquél país.

De entre las decenas de notas y editoriales, podemos deducir el peligroso trance que presenciaban las élites intelectuales y gubernamentales, uniones comerciales y ministros, ante el empuje del imperialismo norteamericano. *El Tiempo* tradujo:

"La prensa europea, española, francesa e inglesa, discute con interés el asunto del próximo congreso internacional americano, y se muestra recelosa, [...] acerca de los resultados, el cual, [...] en lo comercial sería desastroso para los intereses de Europa, y en lo político, para la perfecta autonomía de las naciones hispanoamericanas..."²³

El hecho repercutiría en los ingresos de la economía británica, francesa y española, beneficiando ante todo a los estadounidenses. Ahora bien, independientemente de la factibilidad del peligro o no, la mera sugerencia de un posible cierre o "bloqueo del Atlántico", como algunos lo llamaron, haría de los Estados Unidos una economía ampliamente reconocida por su capacidad y por su extensa dimensión con un mercado de materias primas asegurado. La preocupación era real y aun cuando el proyecto no cuajó ni se llevaría a cabo, puso en marcha el desarrollo de múltiples esfuerzos para llevar a efecto, lo más suntuoso y honorable posible, los festejos del Cuarto Centenario.

Es obvio que nuestra perspectiva nos lleva a plantear lo siguiente: el conjunto de efectos políticos y más aún las perspectivas económicas sobre las economías

²³ *El Monitor Republicano*, 3 de octubre, 1889. El editorialista transcribió un artículo aparecido en el periódico británico *The Tablet*, el cual argüía las intenciones absorbentes de la política hemisférica estadounidense.

periféricas, conllevó una reacción de ciertos dispositivos culturales de defensa; la derivación que hacemos procede del ámbito ideológico y del conjunto de valores reinantes a fines del siglo XIX cuyo sustento serían las maneras de organizar los procesos productivos en mayor medida y las ancestrales creencias occidentales en la perfectibilidad del humano y sus formaciones culturales. La noción del progreso como una metahistoria, encarnado en aquellos países cuya industriosidad, economía, vinculación entre ciencia y medios de desarrollo tecnológico y altos productos internos brutos eran superiores; convertían a estos países en paradigmas del desarrollo y la sola lógica permitía clasificar al mundo entre civilizados y no civilizados; EE UU se consideró como el portador de estos valores porque los veía aparecer y realizarse en su país, amén de los valores democráticos de su sistema republicano²⁴.

El centenario entonces, además de inscribirse en el proceso de monopolización internacional, no fue menos un reflejo y una consecuencia emblemática de las tensiones internacionales y de las aspiraciones expansivas o defensivas de las naciones involucradas en el proceso de la celebración centenarista. Esto lo manifiesta mejor, un periodista castellano:

“Ya lo he dicho en otra ocasión, el centenario no sólo tiene importancia por lo que representa en sí, sino por lo que puede contribuir a la unión hispanoamericana, que es de gran importancia para nuestros intereses y los de la América española, que tan brillante muestra ha dado de su estado de producción y de cultura en el último certamen internacional de París.”²⁵

La ideología de las élites gobernantes y empresarios con intereses en las distintas ramas de la producción, etc; propiciaron desde los círculos institucionales en México, España y Estados Unidos, todo un conjunto de proyectos festivos, los

²⁴ Confróntese Margarita Carbó en Enrique Semo, *Op. Cit.* pp.195-200, donde se ofrece de manera sintética el proceso de expansión norteamericano en el último tercio del siglo XIX.

²⁵ *El Tiempo*, 4 de julio, 1890.

cuales, cabe decirse, no tuvieron en realidad mayor concreción entre los años que van de 1889 a 1891; desapareciendo las noticias abundantes, diarias, presentándose de vez en cuando, aunque sólo para reclamar el abandono de los oficialmente inexistentes proyectos. En los diarios, el Centenario de Colón perdió vigencia noticiosa hasta por lo menos un año antes (1891), cuando con renovado entusiasmo se volvió a fraguar toda una serie de celebraciones: la Exposición Universal de Chicago, la que en un inicio pensó en llevarla a cabo el gobierno del general Díaz²⁶, el festival de Nueva York, cuya realización involucraría a España, Estados Unidos, Italia, México y a otros países tanto europeos como hispanoamericanos; en las zonas periféricas, Madrid convocaría a tres exposiciones (la americana, la europea y de bellas artes) y 11 congresos²⁷.

Encontramos evidente el conjunto de nexos tejidos que le dan consistencia al inicio de los festejos: se ponen en marcha predominantemente por cuestiones de orden económico; ello arrastraría, involucrando a las diferentes perspectivas ideológicas, a las festividades y, aún más importante, el sentido y las prospectivas con las cuales cada nación trataría de justificar culturalmente su desarrollo: Estados Unidos como verdadero seguidor del espíritu colombino; España, como economía periférica necesitada de incorporarse a algún bloque económico y México, tendría dentro del orden primordial el mantenimiento del prestigio del general Díaz, quien se encaminaba a su segunda reelección²⁸ en 1892; además de ello, buscar el desarrollo económico.

Todos los protagonistas de este proceso, usarían el centenario como un gran escaparate publicitario de sus bondades, ventajas, historia y perspectivas a futuro.

²⁶ *El Tiempo*, 19 de noviembre, 1889. Se argumentaba ante la posibilidad de que Estados Unidos celebre una exposición propia, que México tenía la oportunidad de llevar a cabo dicha exposición universal, pues tenía a su favor una cultura ancestral procedente de la rama castellana y de la gran Tenochtitlán.

²⁷ Salvador Benabau Albert, *Op. Cit.* p. 21

²⁸ 1876-80, primera presidencia; 1880-84, gobierno de Manuel González; 1884-88 presidente electo constitucionalmente y 1888-92 segunda reelección.

1.2 La urdimbre de los festejos.

Nuestra investigación, ha demostrado el desarrollo de los festejos colombinos dentro de un ámbito complejo, problemático en las esfera económica y a través de ella la afectación de la instancia política y desde luego social.

Desde 1891 la economía agrícola en México venía resintiéndose de un grave problema de sequía: cosechas importantes, sobre todo de maíz y otros productos, iban perdiéndose sin remedio; a lo largo del año de 1892 los precios de los productos básicos fueron elevándose cada vez más²⁹ hasta doblar su precio al consumidor final. Por su parte, el gobierno federal intentó paliar la situación ofreciendo maíz barato, viejo y de mala calidad; y aunque en realidad aquél estaba maniatado por un conjunto de circunstancias económicas que hacían imposible una solución a corto plazo, su actitud sirvió de impulso a las clases privilegiadas por el sistema dictatorial, quienes como muestra del grado de civilización alcanzado se dieron a la tarea de repartir alimentos tales como cuartillos de maíz, frijol, pan y otros comestibles. Las damas caritativas, esposas de industriales, ministros y de comerciantes españoles, fundaron, al calor de los festejos, múltiples asociaciones de caridad y beneficencia, por ejemplo, el Instituto Colón de Beneficencia Popular.³⁰

Aventurando un intento de explicación, podría aducirse un acto de infinita bondad, pero lo curioso es que estos repartos de alimentos se llevaban a cabo en las principales ciudades de la República, de tal manera podemos sugerir a esto una manera de tratar de evitar descontentos o brotes de violencia social, ante todo en vísperas del festejo centenarista.

El ámbito inflacionario y la estrechez de la oferta en el mercado interno no sólo se vio complicado por la sequía, sino también agravado por la caída

²⁹ *El Tiempo*, enero a julio de 1892.

³⁰ *El Correo Español*, 24 de octubre, 1892.

internacional del precio de la plata mexicana, lo cual, en palabras de los periodistas de *El Tiempo y El Siglo XIX*, complicaban los negocios y los ingresos nacionales derivados de la venta del metal argentífero; por otra parte, las medidas tomadas por el gobierno no sólo radicaron en la beneficencia pública, pues también se trató de paliar la baja de ingresos incrementando un impuesto como el del Timbre a ciertos documentos, esto ocurriría en agosto de 1892.³¹ Así, para septiembre, un mes antes del furor colombino, existía un contexto económico que si bien no trascendía más allá de una pequeña crisis y el malestar ocasionado por la inflación, complicaba la atmósfera festiva y la suntuosidad con la cual podría festejarse por el lado gubernamental el cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Como prueba de ello, los diarios y periódicos de la época consignan su desagrado por la premura y celeridad con la cual el gobierno federal y la Junta Colombina se atropellaban a organizar los festejos y la colocación del monumento a Colón en la plazoleta de Buenavista; por ello la participación copiosa y entusiasta de las clases dominantes, en específico de la colonia española en México y algunos empresarios mexicanos de cuyo pecunio salió cierta porción de los festejos.³²

En concreto, la postración de la economía mexicana imposibilitó en cierto sentido, al gobierno federal para llevar más allá los festejos centenaristas, máxime cuando en ese año se efectuarían las elecciones para presidente de la República y de algunos gobernadores, como Vicente Villada en el Estado de México en cuya ciudad se efectuarían un conjunto de destacados festejos. En efecto, el eterno candidato, único y ganador a priori, el general Porfirio Díaz, se convertiría en ese año en el hombre *necesario* (*El Hijo del Ahuizote* calificaría al régimen como *el necesariato*) para conservar la paz social y la unidad nacional de los gastados

³¹ *El Correo Español*, 17 de octubre, 1892.

³² No puede, empero, definirse que sólo por la situación económica hallan participado tan activamente como lo hicieron, pues hay que recordar lo que en la parte historiográfica se afirma en cuanto a su ideología, en tanto ésta los hacía los hombres del progreso y los colonos modernos.

grupos políticos. Algunos diarios como *El Tiempo*, por ejemplo, se cuestionarían, breve y tangencialmente lo necesario de Díaz al frente del gobierno: desde principios del año de 1892 la nueva fase de la dictadura se mostraba con los periodistas encarcelados y el hostigamiento hacia la prensa por parte de la policía.³³

Sin embargo, algo más pondría en cuestionamiento la reelección de Díaz y el ánimo festivo del año de la reconciliación entre españoles y mexicanos: los meses previos a octubre, vieron el surgimiento de dos problemas sociales; desde enero de 1892 en la zona fronteriza entre México y los Estados Unidos, apareció la llamada “revolución de De la Garza”, quien para la prensa oficial era un brote de bandidaje al cual sería difícil controlar a lo largo del año; así mismo, para el *Trait d'Union*, la situación era de una verdadera urgencia en su solución, en tanto consignaba el fusilamiento de rebeldes por parte de las autoridades mexicanas³⁴, el caso llegó a necesitar una aclaración del ministro Gustavo Baz, desmintiendo la supuesta revolución y ratificando la preponderancia de la calma a nivel nacional.

Por otro lado, otro asunto, aunque este de un carácter milenarista y religioso, mezclado con la oposición y rebeldía contra las autoridades de Chihuahua estalló en Tomóchic. La prensa nacional estimaba esto como un hecho grave para la seguridad de la paz, aunque algunos lo consideraban como un hecho de fanatismo religioso sin más importancia; no obstante, hacia fines de octubre de 1892 la rebelión de Tomóchic hizo menester el envío de tropas regulares del ejército federal y la Guardia Rural: sabemos por las crónicas posteriores del desenlace de tal expedición y la suerte de los rebeldes, la prensa sólo consignaría las loas y premios de los oficiales al mando de las tropas que habían arrasado el poblado de Tomóchic y alrededores³⁵.

³³ *El Hijo del Ahuizote*, 31 de enero, 1892, citando al *Courrier du Mexique*, el artículo consigna las agresiones a periodistas e instalaciones a *El Hijo del Ahuizote*, *El Diario del Hogar*, *El Monitor Republicano* y a *El Tiempo*.

³⁴ *Le Trait d'Union*, 29 de enero, 1892.

³⁵ Para más detalles ver, Daniel Cosío Villegas, *Op. Cit.* pp. 635-637

Como puede colegirse de todo lo anterior, apretada síntesis de un contexto mucho más amplio, el cual no toma en cuenta los brotes del cólera porcino y otras situaciones extras que sólo cansarían al lector, la atmósfera nacional no poseía en absoluto nada de festivo ni de tranquila y sí mucho de complicada y delicada por cuanto todo ello no era propicio en vísperas de un festejo centenarista que se autoconcebía como una fiesta universal fruto del progreso humano en todas las esferas. Si bien es cierto lo precedente, ello no evitó que, como pudieron, las clases privilegiadas del porfiriato prepararan un conjunto de modestos, pero entusiastas y bizarros homenajes al, así concebido por la tradición, descubridor de América.

Por si todo esto no fuese poco, a lo largo del año, los Estados Unidos volvieron a la carga en su labor de convencimiento hacia las repúblicas latinoamericanas; se recordará el asunto del Zollverein americano, la formación de una alianza aduanera entre los países americanos cuyo centro rector sería aquél país, aunque uno de los nuevos elementos aducidos sería la extensión necesaria de la democracia por el continente; esto mismo sirvió de reactor para que la prensa menos proyanqui, a excepción de *El Siglo XIX*, insistiera en la amenaza que representaba la expansión norteamericana así como los argumentos ofrecidos para la no unión aduanera con los norteamericanos; las cuestiones de raza, cultura e historia se hicieron presentes como los fundamentos de la negativa a formar parte del proyecto; de lo anterior podría desprenderse un proceso de diferenciación cultural contra cualquier tipo de unidad futura. En cuanto a esto, el centenario mostraría la capacidad de los Estados Unidos para proponer unidades hemisféricas unilateralmente.³⁶

Aunque también estos adolecieron de premura, desorganización e improvisación, pues mientras los Estados Unidos llevaban una amplia delantera en

³⁶ *El Tiempo*, 6 de mayo, 1892.

lo que a los preparativos de la Exposición universal de Chicago y la Fiesta Naval de Nueva York se refiere, la Junta Colombina en México³⁷ se abocó a tratar de rescatar las mejores piezas de la era precolombina para enviarlas a la importantísima Exposición Histórico-Americana de Madrid, así como a financiar expediciones en busca de nuevas "rarezas" dignas de viajar a través del Atlántico y sorprender a los visitantes de la exposición mencionada.

Por otro lado, también se desarrollaría un amplio interés por la presencia mexicana en la Exposición Internacional de Chicago, aunque de esto no se encargó la Junta Colombina, sino el ministerio de justicia a cargo de J. J. Baranda, casualmente presidente de dicho organismo.

Por cuanto corresponde a la primera, la Histórico-Americana de Madrid, fue organizada por la Junta Colombina mexicana creada en mayo de 1891; estaría presidida por la colonia española en México, la cual estableció un conjunto de cuotas para aquélla, pues..."la significación del acto que se trata de llevar a cabo y el deber en que estamos todos los españoles de darle con nuestro esfuerzo el lucimiento de que es susceptible[...] (la junta colombina)[...] suplica por nuestro conducto a los compatriotas[...] se sirvan entregar sus donativos en la tesorería de la Junta."³⁸

Como puede colegirse de lo anterior, la participación de la colonia española fue fundamental en el desarrollo del festejo y la preparación de las múltiples actividades; en algunos estados se dio el mismo caso, aunque sólo podemos consignar como más conocido el de la relación entre la colonia española y el gobierno del general Vicente Villada, en el Estado de México; en dicha zona la colonia no sólo se abocó a planear algunos eventos, sino a costear en gran medida el monumento a Colón que 8 años después, en 1900, se levantaría en el actual

³⁷ Misma que fue formada dependiente de la española y como ésta igual de ineficiente hacia fines de 1891; a su vez estuvo integrada por la élite intelectual y oficial mexicana.

³⁸ *El Correo Español*, 4 de octubre, 1892.

Paseo Colón (el llamado equilibrista por la posición en la que se halla y en unio de cuyos costados aparece la dedicatoria de la Colonia Española al pueblo de Toluca).

Los trabajos de la Junta Colombina bajo el mando del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública empezaron a mediados de 1891, dándose a la tarea de reproducir copias pictóricas, tipográficas, escultóricas, fotográficas y de carpintería para mandar una representación a la Exposición en Madrid. Para tal efecto, se dispuso la existencia de talleres en el Museo Nacional; en ellos trabajó lo mejor que en ese momento existía en el ámbito de las artes oficiales; por ejemplo, el taller de pintura, encargado de reproducir un conjunto de códices (entre los cuales destacó el llamado códice Porfirio Díaz, desconocemos cuál sea, pues según cuenta del Paso y Troncoso en la crónica de la Junta, ..."fue donado por un paisano suyo."³⁹ estuvo a cargo de José María Velasco, cuyas acuarelas fueron enviadas a España junto con las reproducciones de sus alumnos. El taller de escultura a cargo de Epitacio Calvo, reproduciría obras como la Piedra del sol o la Coatlicue y otras más; el de fotografía formaría un album expositivo de paisajes, tipos raciales, monumentos arqueológicos y otros asuntos, empero los altos costos de los negativos y la fotografía en sí impidieron la conformación del mismo, pues de 600 negativos se eligieron 200 y de éstos se harían 5 copias de cada exposición, es decir, aproximadamente 1000 representaciones. Desgraciadamente no hemos podido encontrar dicho album, por lo que puede especularse que nunca regresó de España; en fin, sería largo de detallar, aunque destaca el enorme esfuerzo de la Junta Colombina por enviar reproducciones en madera de los templos de Cempoala, Cholula y Xochicalco, así como la impresión facsímil de la *Gramática Mexicana* de Horacio Carocci, cartas etnográficas e históricas de Antonio García

³⁹ Francisco Del Paso y Troncoso, *Exposición histórico americana de Madrid. Catálogo de los objetos que presenta la República de México en la exposición...* México, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, oficina tipográfica del Timbre, 1892. pp. 8,9.

Cubas y objetos varios como orfebrería, arte plumaria, cráneos indígenas y un sin número de cosas más.

Así mismo, la Junta Colombina, pese a sus escasos fondos, procuró y promovió expediciones a diversas regiones de la nación a fin de reunir materiales suficientes para la Exposición madrileña. En esta tarea, una vez más veremos la participación de la colonia española, pues el ambicioso proyecto se vio regido de alguna forma por la tutela de la misma.

"[...]no sólo para cambiar con ellos impresiones, sino para uniformar y vigorizar algunas de nuestras tareas."⁴⁰

Por ejemplo, la expedición a la Sierra Tarahumara salió del pecunio de la Cámara de Comercio Española, encabezada por Telésforo García, a su vez representante y enlace de la Junta Colombina Española en México.

De la misma forma, Del paso y Troncoso, hubo de admitir la imposibilidad de llevar a España todos los objetos reunidos; lo imperioso de tratar de representar a la nación con dignidad en medio de las carencias, le impidieron en realidad elegir lo mejor de las colecciones⁴¹; por otra parte, cabe decirse que habiendo podido mandar joyas coloniales en fotografía o reproducción, no pudo efectuarse por los lineamientos expuestos y exigidos por la Junta Central de Madrid; quedando pendiente la muestra de la cultura virreinal americana que, en todo caso, también debió de ser incluida porque se hablaba de la reconciliación entre españoles y mexicanos y faltando tan importante exposición del mestizaje cultural, quedaba incompleto el real proceso de reconciliación y unidad tan mentado por aquellos años.

⁴⁰ *Ibidem.* p. 30

⁴¹ *Ibidem.* p. 32. Así mismo puede corroborarse con otro informe de la Junta denominado, *Junta Colombina Homenaje a Cristóbal Colón*, se habla de más de 12 mil objetos enviados a Europa para la Exposición; véase la página VIII de la introducción, pues el resto es similar al informe de Del Paso y Troncoso.

En cuanto a la obra cumbre de la Junta Colombina en México durante las festividades, la erección del monumento a Colón en la plazoleta de Buenavista, se hablará más adelante.

Finalmente, el papel de la Junta Colombina mexicana en Madrid, al parecer, fue todo un éxito, un acontecimiento bien recibido si hemos de darle algún crédito a Del Paso y Troncoso; por desgracia no hay registro nacional confiable del hecho, salvo las crónicas de la prensa local y lo poco que sabemos debido a las misivas intercambiadas por aquél y el General Vicente Riva Palacios, embajador de México en España, en donde el primero habla de lo exitoso de la sección mexicana y colateralmente del primer lugar obtenido en la misma.⁴²

Las consecuencias de las labores de la Junta Colombina en el aspecto arqueológico o compilador de distintas obras como ha podido apreciarse, sirvieron para poner a debate en la prensa capitalina, la existencia o no de una civilización indígena precolombina (prehistórica en algunos casos y para algunos); obviamente el clima conceptual e ideológico negaba a las civilizaciones precolombinas tal rango y categoría, pues, juzgadas con los parámetros del positivismo, la civilización se caracterizaba por rasgos como la evolución legal, filosófica, civil e industrial. Mientras el maestro Justo Sierra otorgaba a aquéllas y reconocía su carácter civilizado y desarrolló a través de *El Siglo XIX* toda una apología de su afirmación, los demás periódicos capitalinos se dieron a la tarea de desmentir; así como a demostrar las evidencias del por qué no eran considerables ni equiparables con la civilización moderna. Claro, en todo ello no hay sino un conjunto de prejuicios, debiendo entenderse como producto de la época, pues mientras el maestro Sierra comparaba a las civilizaciones indígenas con las civilizaciones propias de la Antigüedad (de ahí el otorgamiento del rango de civilizaciones

⁴² Alberto María Carreño, "Don Francisco del Paso y Troncoso" en *Divulgación Histórica, Revista Mensual Ilustrada*, 15 de febrero, 1941 no. 4, año II, México p. 183.

indígenas), los demás polemistas y replicantes de Sierra llevaban a cabo su comparación de forma ahistórica, es decir, con las civilizaciones occidentales modernas.

Sin embargo, esto no impidió que durante el Congreso de Geografía efectuado en Lile, Francia, Ignacio Manuel Altamirano se diera a la tarea de ofrecer a los capitalistas europeos la excelencia de la mano de obra indígena; argumentó para ello la docilidad, la laboriosidad de aquella, así como de paso ofrecería toda una explicación geográfica y etnográfica acerca del número de étnias indígenas, su demografía y la localización de las mismas. Así, civilizaciones o no, aquellas comunidades entraban hacia la cuarta centuria del descubrimiento como entes susceptibles de redención, no religiosa sino dentro del orden civilizatorio.⁴³ Porque los indígenas eran redimibles del atraso y la ignorancia, desde la óptica del indigenismo oficial; ello, en tanto captaran el sentido gentil de los beneficios de la civilización y el progreso occidentales.

El Cuarto Centenario dejó entrever las actitudes públicas de la que podríamos llamar la “cuestión indígena” y, aunque no pasaran de meras declaraciones, pudo debatirse y observarse a una sociedad plagada de prejuicios y parámetros de validación totalmente parciales, porque...”cuando educados aquéllos [los indígenas] e ilustrados convenientemente, sacados de la mísera abyección en que desde la conquista vegetan todavía[...]”⁴⁴, como lo dijo Altamirano, serían una estupenda mano de obra, ventajosa para los capitalistas europeos dada la bondadosa y sacrificada naturaleza de los indígenas mexicanos.⁴⁵

⁴³ Para mayor información, véase la obra de Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, CIESAS-SEP, 1987, pp. 93-243.

⁴⁴ *El Tiempo*, 28 de octubre, 1892.

⁴⁵ *El Tiempo*, “Los indios y el Congreso de Lile”, 1 de septiembre, 1892. “Para los hombres de trabajo y para los industriales hay todavía terrenos por colonizar [...] para los capitalistas, para aquellos que buscan colocar su capital más ventajosamente que en Europa [...] hay la protección gubernamental y [...] la raza indígena, [...], se presta admirablemente a colaborar como elementos de trabajo en las industrias”.

De tal manera los diarios de la ciudad de México, en plena época de “reconciliación” de la historia nacional entre el pasado colonial español y la era independiente, originaron un debate interno que procedía a analizar y negar su historia, su reconciliación consigo mismo. Lo anterior se vería complicado durante el mismo mes de octubre, cuando en un arranque de nacionalismo, en Orizaba, un periodista común y corriente, conocido como *Oscar*, escribió una carta total y absolutamente condenatoria de la conquista castellana, calificando a ésta y a los conquistadores de bárbaros, sanguinarios y todo eso que el patrioterismo exige; por desgracia no poseemos la carta completa, de la que sabemos por el rastreo de las discusiones que ésta suscitó entre los diarios mexicanos y *El Correo Español*. A dicha misiva, le correspondió un artículo, extenso y escrito más con el hígado que con la cabeza, en donde Miguel Sancho, editorialista de dicho diario, calificó sin más de inferior a la “raza mexicana”. Esto a su vez, abriría un enorme discusión a nivel capitalino (hasta donde tenemos noticia algunos diarios de la zona central también hicieron eco del asunto, pero no podemos asegurar que haya tenido un carácter nacional), el cual fue bautizado como el “asunto de las razas inferiores”. En efecto, estaba bien eso de la reconciliación histórica “Porque, si es verdad que debe conservarse la mayor armonía entre las razas, esto no autoriza a las inferiores a nosotros, a que nos traten con injusticia y nos insulten.”⁴⁶

Este párrafo, daría amplia batería a los periodistas mexicanos que en determinado momento se convertirían en vengadores de la dignidad nacional, empero, era mentira eso de la reconciliación entre la madre y los hijos, el pleito familiar y la orfandad seguirían estando presentes hasta que el vecino le arrebatara a aquélla, Cuba, Puerto Rico y las Filipinas.

El artículo de Miguel Sancho fue suficiente para soltar las jaurías del nacionalismo; en efecto, la mayor parte de los diarios capitalinos: *El Tiempo*, *El*

⁴⁶ *El Correo Español*, 18 de octubre, 1892.

Siglo XIX, El Federalista y El Monitor Republicano, por ejemplo, se dieron a la tarea de reprochar no sólo a Miguel Sancho o a *El Correo Español*, por haber permitido dicha afrenta al honor nacional, sino a la misma colonia española, la cual fue acusada de ingrata con los mexicanos, quienes, buena gente, habían olvidado los rencores y habían acogido con benevolencia a los inmigrantes españoles a tierras mexicanas.

Después de varios dimes y diretes, de defensas de unos y otros, donde los castellanos resultaron misioneros portadores de la civilización, desmentidos por parte de director del diario difamante acerca de no haberse querido escribir lo que ya estaba escrito, Miguel Sancho se disculpó oficial y públicamente para beneplácito de los impugnadores, aunque eso no le valió para permanecer como editorialista de dicho diario, pues fue cesado de sus funciones. Aunque el asunto no pasó a mayores, pues la cabeza de Sancho logró apaciguar las pasiones, los diarios más nacionalistas procedieron a publicar sendos artículos referentes a las virtudes de la "raza mexicana", a valorar las aportaciones de América al Mundo y ensalzando las bondades del ser mexicano; lo paradójico resultó que no en todas partes se admitieron las diatribas de los detractores y críticos, en categoría de herejes, del Centenario de Colón; algunas manifestaciones contrarias a la fiesta oficial, en Huatulco, Puebla y el Distrito Federal, fueron acremente censuradas por la misma prensa que anteriormente cuestionara el artículo de Sancho.⁴⁷

El punto toral de los defensores consistía en reconocer el atraso de la "raza mexicana" con respecto a la Europa industrial y a los Estados Unidos, aunque ello se debía a circunstancias meramente históricas, accidentales digamos, a resultados de la explotación y la victimización desarrollada a lo largo de la historia nacional; se argumentaba que la falta de tiempo y la historia accidentada habían impedido a los

⁴⁷ *El Tiempo*, "Felpa furibunda y merecida", 25 de octubre, 1892. Dicho artículo felicita a los editores de *El Siglo XIX* por haber castigado, "con la pluma", las impertinencias del poetaastro de Huatulco, quien se atrevería a lamentar, al estilo de Rubén Darío, la llegada de los castellanos a tierras aztecas.

mexicanos demostrar su valor tanto intelectual como laboral dentro de la historia universal. El autoengaño en su forma más pura, se planteó desde la esfera de las situaciones externas, como si México hubiese existido de forma sustancialista, como un ente metafísico y lo ocurrido a lo largo de su historia no le atañera particularmente a sus propias decisiones como nación; sin embargo, decían, si bien es cierto que el atraso es evidente en la sociedad mexicana y posee defectos ancestrales explicados por el acaecer de situaciones externas, en cambio, México era el paraíso de la tolerancia civilizada entre las razas, porque "la verdad es que en México hay completa igualdad en ese punto y, basta abrir los ojos para convencerse de ello."⁴⁸

El asunto relevante aquí, consiste en la aparición del debate o serie de reclamos entre los diarios a partir del festejo centenarista; cuestiones tan sensibles ponían de manifiesto las raíces de la desigualdad racial en el país, y así como se habló de la inferioridad de algunas y de la superioridad de otras, se dejó entrever el malestar histórico, la falta real de un proyecto civilizatorio incluyente y no pasó de verse al mismo gobierno porfiriano como el nuevo Colón que redescubriría a estas tierras para la inversión extranjera. Así, para las razas en México, el Cuarto Centenario se convirtió en fuente de expectativas para el desarrollo de las clases dominantes, en cuanto a su inclusión en el mundo civilizado (entiéndase por éste a Europa occidental y a los EE UU) y la redención de los indígenas y demás alejados de la civilización: la fiesta centenarista serviría para replantear la modernización de los grupos excluidos de ella.

De todas formas, la reconciliación histórica no llegaría más que a los niveles vinculados con el comercio o los negocios internacionales. El clima de sentimiento

⁴⁸ *El Tiempo*, véanse los artículos del 28 al 30 de octubre de 1892, los cuales son una serie de quejas sobre la infortunada historia del país, una nación sin embargo, que no había exterminado a sus indígenas como los anglosajones.

universalista sólo abarcó, como demuestra la investigación, a aquellos que pensaban ser parte de la fiesta universal, pero no más.

Ahora bien, toda esa parafernalia de explosiones raciales y nacionalistas son claras en un contexto occidental más amplio, recuérdense las múltiples tesis racistas las cuales justificaban las diferencias entre las razas, así como la aparición de una pseudociencia denominada frenología; por cierto, a la Exposición Histórico-Americana de Madrid se envió una colección de cráneos indígenas⁴⁹ para su apreciación, lo cual nos indica a su vez, la pertinencia del señalamiento que acabamos de hacer líneas arriba acerca de las manifestaciones nacionalistas y raciales dentro del Cuarto Centenario.

Después de todo esto, no podemos menos que percibir el entorno difícil y conflictivo del desarrollo de las fiestas colombinas en México: una leve crisis económica que por un momento puso en aprietos la factibilidad del festejo y que de hecho lo llevó a una expresión mínima, sobre todo, condicionó o posibilitó la participación abierta de asociaciones civiles como *El Casino Español*, *El Jockey Club*, algunas cámaras de gobierno mexicanas y españolas y otras más; esto, complicado con ciertos casos aislados de protesta social en el norte de la República; aún más importante fue el contexto internacional donde la expansión de EE UU condicionó en gran medida el proceso de la reacción, aventurándonos, de los sectores vinculados al Estado así como al sector periodístico ante el peligro del gran enemigo de la raza iberoamericana: los anglosajones.

Así, la atmósfera festiva se recubrió de un acceso de nacionalismo cuasi universalista, las relaciones entre España y las excolonias, no se puede decir que fueran buenas, aunque la amenaza sajona los unificó momentáneamente y a esto llamaron la reconciliación iberoamericana, precisamente en el año de la reconciliación, de la reivindicación ante la historia del Almirante de la Mar Océana.

⁴⁹ Francisco Del Paso y Troncoso, *Op. Cit.* p. 30

Empero, como se ha visto, esto no poseyó una base real: la historia, el pasado y los viejos rencores aún fluían como impedimentos para la supuesta reconciliación de las dos historias, aunque en el discurso festivo se planteara otra cosa muy distante y diferente de la verdad.

Ahora bien, por cuanto corresponde a las fiestas tanto en España como en México, sólo tuvieron algunos destellos, nada fuera de lo común aunque empañados por las carencias monetarias. Eso sí, menudearon los discursos apoloéticos. Dentro de las varias manifestaciones que antecedieron a la fiesta centenaria, existieron un conjunto de conferencias en la ciudad de Madrid, conocidas como las conferencias de El Ateneo de Madrid⁵⁰, las cuales constituyeron un intento por hacer revisión de la historiografía referente al descubrimiento y plantear hipótesis recientes acerca del acto descubridor. Por las mismas desfilaron personajes como Emilia Pardo Bazán, Luis Vidart y entre otros muchos ilustres desconocidos, el embajador de México en España, Vicente Riva Palacio; el conjunto de las conferencias se enfocó a reconstruir la historia ibero americana, tratando de limar las imperfecciones, exageraciones y defectos de la hasta entonces calificada como *leyenda colombina* como se verá más adelante.

Si bien es verdad sólo fueron diálogos entre conocedores y entendidos en el tema, prepararon teóricamente el ambiente conciliatorio entre las dos historias. Esto, por principio, nos indica la existencia de dos niveles en las festividades: una a nivel académico o intelectual y otra más bien dirigida para las masas los cuales más bien fomentaban el nacionalismo; el primero consistiría en todo un conjunto de eventos dentro del orden dicho: geográfico, de jurisprudencia, pedagógico, literario, histórico, americanista, católico; de librepensadores, mercantil y otros más⁵¹. El

⁵⁰ Para información acerca de las conferencias revisar *El tiempo*, 2do.semestre de 1891 y 1ero. De 1892, ya que las mismas fueron reproducidas por considerarse importantes como manifestación intelectual del centenario.

⁵¹ La mayor parte de los congresos se verificaron entre diciembre de 1891 y enero de 1892. *El Tiempo* se dio a la tarea de publicar y elaborar breves glosas de los mismos.

grueso de ellos, trataron temas relacionados con las estructuras del comercio entre España e Hispanoamérica o la necesidad de establecer dispositivos de común acuerdo para facilitar las leyes de exportación e importación, así como de inversión; otros retomaron la importancia de la educación como bases del proceso civilizatorio de Iberoamérica. Pero de todos los congresos, el más problemático y cuestionado fue el de Librepensadores, en donde el mismo Riva Palacio se vio inmiscuido en las críticas de Leopoldo Alas, "Clarín"⁵², sobre todo cuando aquéllos se opusieron directamente al Congreso Católico de Sevilla y, por naturaleza, los librepensadores iniciaron su congreso criticando las intenciones del Papa León XIII, las cuales eran las de recuperar los poderes temporales en los territorios pontificios (lo cual era verdad, pues se encuentra dentro del programa del susodicho congreso)⁵³, aclarando de paso el papel de enemigo del catolicismo y su misión de proponer los "medios más eficaces y rápidos de purificar la vida moderna del virus católico."⁵⁴

Dadas las circunstancias, las autoridades madrileñas decidieron declarar ilegal el congreso de los librepensadores, aunque el problema no fue ese, sino que el presidente del mismo, en la capital española, era el embajador mexicano y el honorario, a distancia, era el presidente mexicano, Porfirio Díaz. Hasta ese momento, Riva Palacio había desempeñado un papel de importancia, brillante, en las preparaciones del centenario colombino fungiendo como promotor del mismo entre el cuerpo diplomático latinoamericano e incansable asiduo a la corte y a las veladas literarias; pues bien, el congreso fue disuelto por las fuerza pública y ello acarrió un acre reclamo de *El Tiempo* ante los comentarios de Leopoldo Alas:

⁵² Mismas que consistían en deplorar la actitud de un embajador tan respetado como Rivapalacio, al apoyar a los tan devalordos librepensadores; sobre todo cuando era representante del presidente Díaz.

⁵³ *El Tiempo*, El Congreso católico de Sevilla, 19 de noviembre, 1892.

⁵⁴ *El Tiempo*, Cartas madrileñas, 10 de noviembre, 1892, aunque el artículo estaba postfechado, pues en España apareció el 16 de octubre de 1892.

"[...]pero lo más grave del caso según dice el periódico Las Novedades,[...], es que el congreso que presidió el representante de México fue disuelto por la autoridad, de ser dicha noticia exacta, aparecen dos cuestiones de suma gravedad para ese representante: la primer, haber autorizado con su presencia y presidencia una reunión ilegal; y la segunda, haberse expuesto el representante de la República a ser perseguido por la policía."⁵⁵

Al parecer, para fortuna de Riva Palacio, su prestigio como embajador y hombre respetado en la cultura dentro del ámbito madrileño, no sufrió menoscabo.

Con todo, fuera del Congreso de Americanistas, cuyas memorias se guardan, los demás congresos no llegaron mas que a proponer ciertos acuerdos, por ejemplo, algunos de ellos pretendían establecer una unidad económica entre España y América, flexibilización de las leyes de importación o exportación de materias primas, elaboración de revisiones de la historia de ambos continentes, entre otros; aunque en realidad dudamos que se practicasen lo importante de ellos fue el esfuerzo de tratar de reunir a los representantes latinoamericanos en un objetivo común, aunque pragmático, ante la economía mundial desarrollada. En general, los congresos relativos al Cuarto Centenario centraron sus esfuerzos en tratar de proponer la unidad iberoamericana: los del Congreso de Geografía concluyeron la necesidad de ampliar el conocimiento de la geografía americana y española; el Congreso Jurídico, propuso la creación de tribunales de arbitraje para resolver las cuestiones pendientes entre España, Portugal y los estados latinoamericanos; a su vez, el mismo revisó los acuerdos en materia de derecho mercantil (1885-1888) para España y América; por último, el Congreso Mercantil, hizo énfasis en la necesidad de la libertad bancaria y de la unidad monetaria.⁵⁶

⁵⁵ *El Tiempo*, 18 de noviembre, 1892.

⁵⁶ *El Tiempo*, 9 y 18 de noviembre; 3 y 6 de diciembre, 1892.

Así, el conjunto contextual que rodea las fiestas, comienza a completarse: además de las cuestiones económicas y políticas, tenemos un ambiente intelectual de euforia y seriedad, disímil o contrario al resto de las festividades posteriores, populares, reducidas al lucimiento político.

Envuelto en conferencias, planes que resultarían frustrados, congresos de toda laya, confusiones entre qué y quién debería de ser el o lo festejado, exposiciones, ventas especiales (ofertas, diríamos actualmente) de ropa, chocolates, cigarrillos, etc., llega el 12 de octubre de 1892, día que quedaría inicialmente oficializado como el Día del Descubrimiento de América, no de la Raza como nuestra fecha cívica actual; esto por bando presidencial y la prensa manifestó, orgullosa, que esta medida era digna de un pueblo perteneciente a los pueblos civilizados.

Con este acto "solemnísimo", el régimen entraba en su segunda reelección consecutiva, pues a la par de formalizarse el 12 de octubre, se daba a conocer ese mismo día que, por la soberana voluntad popular, el señor general Porfirio Díaz ocuparía el cargo ejecutivo por cuatro años más. Esta situación que sería más importante para la vida nacional que el mero centenario del descubrimiento, pasó un tanto marginado de la noticia principal que por supuesto era el festejo centenarista; días más adelante, los periódicos publicarían largos desplegados donde "los amigos" del general le felicitaban y lo consideraban el "necesario" para mantener la paz y el rumbo del país.⁵⁷

El 12 de octubre de 1892, tal vez como nunca antes, aparecerían los diversos "colones" celebrados en distinto tenor y cuyas expresiones encontraremos en el siguiente capítulo dedicado a la historiografía del período. Entre ellos, para el Colón católico se celebró con un Te Deum y misa solemne en la Catedral de la Ciudad de México, así como en toda iglesia más o menos grande, porque

⁵⁷ *El Tiempo*, 13 de octubre, 1892.

"[...]su santidad ordena que el día 12 de octubre, o el domingo siguiente, en las iglesias de España, Italia y América, se celebren solemnemente misas de trinidad en honor del glorioso navegante y descubridor, siguiendo el ejemplo dado por el pontífice."⁵⁸

Para los católicos, *su Colón* había generado la redención de estas tierras plagadas de idólatras. En la mayor parte de los discursos, tanto en la Ciudad de México como en la de Puebla, se elaboraron apologías que tomaban al descubrimiento de América como uno de los pasos necesarios en la metahistoria evangelizadora del mundo occidental y al Almirante, por si fuera poco, un instrumento divino para lograr la redención de la otra parte de la humanidad. (se entiende que la occidental, pues la asiática no entraba en esto.)

A la vez, convivió con aquél en el mismo día, el Colón científico alabado en los círculos intelectuales como un probo y desinteresado hombre alimentado por la sed de llegar a la verdad y de llevar a cabo el desenvolvimiento del espíritu humano, combatiente contra la adversidad y aunque esté de más el enredar el asunto, este Almirante, conllevaba una especie de rasgos más bien propios de un comerciante, pues en la serie de discursos ofrecidos por Sierra, José Joaquín Baranda, Félix Romero y otros, se superponía cierto interés por llegar a vincular a México con las grandes sedes del comercio mundial, sobre todo el europeo como había hecho el Almirante con su descubrimiento.⁵⁹ Cabe decir que, una parte de los discursos en diferentes estados de la República, fueron hechos por miembros de la colonia española en México.

El Colón propio de la academia también estaría presente en los festejos: algunas escuelas de la Ciudad de México participarían, por ejemplo, como parte de los actores de los carros alegóricos, o bien, en algunos estados como miembros de

⁵⁸ *La Raza Latina*, 27 de agosto, 1892

⁵⁹ En los siguientes diarios, entre el 13 y el 18 de octubre de 1892, se puede hallar información al respecto: *El Tiempo*, *El Siglo XIX*, *El Monitor Republicano* y por supuesto, *El Correo Español*.

las procesiones cívicas festejando los méritos del héroe; este era fuente de buenos ejemplos de la utilidad de la ciencia y la educación para destacar entre la sociedad, aunque en realidad, eso de la altísima y erudita educación universitaria del almirante no era más que mero mito.

Eso sí, a pesar de todas las advocaciones del personaje histórico, todas ellas serían propias del Colón Latino, muy diferente del anglosajón (más comerciante y liberal que católico y filántropo) dueño de una libre iniciativa confundida con la libre empresa por los círculos políticos de Estados Unidos.

Sin embargo, el festejo centenarista fue algo más que simples panegíricos a Colón: en efecto, las perspectivas eran mucho más amplias porque se trataba de celebrar no sólo al Almirante de la Mar Océana, sino a las otras figuras por largo tiempo opacadas por la configuración de un Colón en cuya biografía podía explicarse el proceso del Descubrimiento de América, nos referimos a Isabel de Castilla, la Católica, a los marineros conocidos como los hermanos Pinzón y desde el punto de vista de su valiosa ayuda, no en el ámbito religioso, a los frailes del monasterio de Santa María de la Rábida; con todos ellos, en síntesis, glorificar a la España de los Católicos.

El asunto del nacionalismo español y su orgullo histórico se dejarían entrever en los artículos de *El Correo Español*: en una bella primera plana, ocupando la mitad de la misma, aparece el monumento a Colón erigido en la ciudad de Barcelona y en letras grandes la fecha del 12 de octubre; abajo, una serie de artículos que sería largo de tratar, sin embargo destaca uno que, grosso modo, habla de la misión histórica cumplida por los españoles al contribuir al ensanchamiento del mundo, así como una amplísima necesidad de exigir el reconocimiento mundial a su larga historia como nación civilizadora por vía de la religión y la latinidad.

“¡Cuán justa compensación la que España obtiene por sus servicios a la humanidad! ¡Como en este aniversario solemne se reconocen añejas injusticias y se

borran incomprensibles agravios (pues) siempre habrá una fecha para recordar...el 12 de octubre de 1492 y el nombre de España.”⁶⁰

En otras palabras, el proyecto incluía festejar no sólo la resultante del proceso de mitificación sobre el personaje Cristóbal Colón, sino era parte de aquél; de igual forma, la amplitud del hecho en sus orígenes y las consecuencias del mismo; por ello, aunque el eje del festejo haya sido el Almirante, los otros héroes de la historia del descubrimiento del continente fueron homenajeados: como ejemplo, el monumento a Colón en Toluca está dedicado a Isabel la Católica.

Ahora bien, no puede derivarse de aquí la percepción de que hayan llegado a concebir al hecho histórico como el producto de un proceso multicausal, nada de eso, pues el orden lógico de la historiografía del período, ya se verá más ampliamente, estaba centrado en colocar en un personaje virtuoso todas las potencialidades creadoras o virtualmente transformadoras, empero sí podemos argumentar, con respecto a las fiestas del Cuarto Centenario que, colateralmente, se tomó en cuenta a otros personajes y, ante todo, se manifestó una fuerte preocupación por el lugar económico de la América Latina en la mecánica mundial.

“Aun más que procesiones marítimas[...]exposiciones universales y solemnes ceremonias, estatuas de bronce o de piedra, fuera digno del insigne navegante consagrar su obra con un abrazo fraternal de todos los pueblos que constituyen la gran familia iberoamericana.”⁶¹

Se llegó a concebir la existencia real de una zona conceptualizada como Iberoamérica, es decir, España, Portugal y la zona americana, que podría llegar a ocupar un lugar muy merecido en la historia mundial y su desenvolvimiento, dadas las características económicas y el conjunto de virtudes productivas y de mano de

⁶⁰ *El Correo Español*, 12 de octubre, 1892. El paréntesis es nuestro.

⁶¹ *El Siglo XIX*, 12 de octubre, 1892.

obra de las áreas implicadas en tal concepto: todo se resumía en hacer del área una zona de comercio común y de bloque defensivo económico.⁶²

En una especie de vuelta atrás o bien, de querer recuperar el tiempo perdido, los iberoamericanos de aquellos tiempos se lanzaron a la pura enunciación de sus expectativas so pretexto de la celebración, aunque pronto se observó que la unidad no sería posible dadas las características productivas, sociales e históricas de las naciones involucradas, las cuales fueron impedimentos reales para la pretendida unidad histórico-económica, ello hubiera significado forzar a la historia en un retorno, en ese momento y en cualquier otro, imposible.

Ahora bien, además de las apologías y autoalabanzas tanto al gobierno mexicano como al español y de recordar la historia familiar que a ambas competía, el resto de aquel 12 de octubre de 1892, se limitó a una breve procesión civil y pública que partiría del Palacio Nacional hacia la estación de ferrocarril de Buenavista en donde días antes, con una velocidad inusitada para los periodistas, se procedió a colocar el monumento a Colón, el segundo en la Ciudad de México, en la plazuela de Buenavista, sita frente a la estación del ferrocarril México-Veracruz y cuya ruta era punto de entrada y salida de casi todo fuereño que llegase a la ciudad, o sea, el monumento sería quien, digamos, diera la bienvenida a los visitantes.

La comitiva tuvo una jerarquización simbólica y denotó la naturaleza del porfiriato: a la cabeza de la misma se encontraba el presidente Díaz junto a su gabinete y algunos intelectuales destacados, enseguida la colonia española, los comerciantes de la ciudad y el final, compuesto por damas y caballeros de la alta sociedad, así como sociedades mutualistas.⁶³ Resumen de las alianzas de clase del gobierno dictatorial de Díaz, la comitiva se encaminó directamente, en un bella

⁶² *El Siglo XIX*, 12 de octubre, 1892.

⁶³ *El Tiempo y El Siglo XIX*, 13 de octubre, 1892. Ambos coinciden en sus apreciaciones y descripciones.

mañana soleada y festiva, hacia Buenavista, donde la esperaba un enorme "templete" de ceremonias, construido con algunas varillas, lonas y cortinas a los lados formando una especie de carpa en cuyo interior y al fondo, dos grandes columnas, de cartón por supuesto (el erario no daba para más), sostenían los escudos de México y España, además del propio del Almirante; todo ello ornamentado con motivos marinos: carabelas, brújulas y un mapa de América.⁶⁴

En la ceremonia abundaron los discursos, destacando uno de Justo Sierra y otro del ministro de Justicia e Instrucción Pública, José Joaquín Baranda; ambos elaboraron discursos adecuados a la ocasión: Justo Sierra leería una poesía a Colón, mientras el otro echaba suertes a la unidad de América latina por medio del liderazgo moral mexicano y hacía propaganda indirecta de la unidad de los dos océanos en el istmo de Tehuantepec⁶⁵; cosa que se tratará más a fondo en la parte correspondiente a la historiografía. Extrañamente, la ceremonia principal del festejo centenarista se centró en un punto por demás simbólico como lo era la estación del ferrocarril de Buenavista; tendrá esto un carácter demostrativo, de exhibición, es decir mostrar el proceso evolutivo del México porfiriano: redescubrir el país a los ojos de los visitantes, pues la cita de las élites extranjeras y nacionales no fue gratuito, sino fue la búsqueda de un espacio particular del propio régimen, en tanto lo más lógico hubiese sido llevar a efecto el acto en el monumento al mismo Colón en el Paseo de la Reforma; empero, éste proyectado inicialmente por el emperador Maximiliano de Habsburgo y después tomado como suyo por Lerdo de Tejada en 1875, no era propiedad espacial del régimen tuxtepecano. Lo que queremos decir con esto, es que aquél trataba de extender el espacio del dominio simbólico en la

⁶⁴ *El Tiempo*, 13 y 14 de octubre, 1892. La crónica del día se abocó a detallar los sucesos festivos de manera por demás pintoresca y deliciosa, por ejemplo, un globo aerostático que, congregó en su subir y bajar, a más gente que el acto mismo; o bien, las penurias de un presidente que se enredó con el cordón y la sábana que cubría al monumento al momento de la develación.

⁶⁵ Juan A. Ortega y Medina. *Op. Cit.* pp. 33-38; en éstas páginas se analiza el discurso de Baranda (lo propio haremos en la parte historiográfica) y se reproduce el poema de Sierra.

ciudad, una elaboración de sitios propios; de aquí la oportunidad de “rescatar” a última hora del olvido en la Academia de San Carlos, la estatua colombina del maestro catalán Manuel Vilar y Roca. El Colón de Vilar es una obra académica que se exigía a los maestros de la Academia cada 5 años como parte de su trabajo de creación las cuales quedarían en la propia escuela; su belleza proviene de la sobriedad y elegancia del conjunto, no habiendo en su diseño la idealización, que sí se observa en la estatua sita en Reforma y elaborada por el escultor francés, Enrique Charles Cordier, por encargo de Antonio Escandón; originalmente, en la era del emperador Maximiliano, fue la escultura de Vilar y Roca la que se había inicialmente propuesto para erigirse en el Paseo de la Reforma y no la de Cordier.⁶⁶

Después de la develación del monumento en Buenavista, se procedió a esperar la hora del gran baile de caridad en el Palacio Nacional, cuyos fondos, se planeaba, serían destinados a la compra de maíz barato, además de otros enseres para los menesterosos; la Ciudad de México no fue la única, también algunos gobiernos de otros Estados hicieron lo mismo, destacándose el caso de Toluca, donde el general Vicente Villada había ordenado meses antes la rebaja del maíz y el pan. La situación de crisis en la producción del grano básico y la carestía del mismo, llevó a los gobiernos y a algunos aristócratas mexicanos, tan dados a las caridades, a paliar el hambre de la población a través de bailes de caridad y repartición de pan y maíz. Así mismo, en Toluca se llevó a cabo un baile similar al de la capital de la República y, en efecto, la distribución antes señalada se llevó a efecto en ambos lugares.

Paralelamente, en la Cámara de Diputados, la Sociedad de Geografía y Estadística realizó un sentido homenaje al Descubridor y acompañantes, plagado de poesías, la mayor parte de ellas repetitivas, odas y discursos ampulosos por parte de algunos diputados y otros ministros: nada fuera de lo normal, sea esto

⁶⁶ *La Orquesta*, 25 de julio, 1877.

alabanzas, exageraciones, buenas intenciones, etc.⁶⁷ Entre los oradores, Justo Sierra, quien volvió a repetir la misma poesía leída horas antes en Buenavista; Porfirio Díaz con una apoteosis de Colón, misma que no fue publicada por los diarios y nos ha sido imposible saber su contenido, finalmente, un discurso de Félix Romero.

Por otra parte, la ciudad trató de lucir su mejor fachada, el discurso oficial nos dirá que así fue, sin embargo, días más adelante saldrían a relucir los defectos de las festividades; por ejemplo, se citó y conminó a todos los vecinos del centro de la ciudad a adornar sus casas, empero, sólo los miembros pudientes de la Colonia Española como el director de *El Correo Español*, Julieta Elizalde, el Casino Español, el Jockey Club y otros pocos, se dieron el lujo de iluminar sus casas con bombillas eléctricas y alusiones al día festejado. Si valorásemos al día por lo que se venía planeando, suponiendo y discutiendo, hemos de llevarnos la desilusión de observar una fiesta raquítica, con poca participación popular, cuya mayor atención se centró en las evoluciones aéreas del globo de Cantoya en Buenavista y cuya mayor diversión consistió en apreciar y sorprenderse con las iluminaciones; inclusive, se había programado una parada militar con toda pompa y circunstancia, la cual iría de Palacio Nacional a Reforma y de ahí a Buenavista, pero además de ser cambiada en su ruta a último momento, el desfile no fue más que un breve paseo y acompañamiento de la procesión cívica, tanto que algunos diarios calificaron a la ceremonia festiva de mezquina.

Ahora bien, en los diferentes estados de la República, se dieron en mayor o menor grado un conjunto de festejos que repetían la estructura y el formato de la fiesta de la capital: el mismo papel de la comunidad española, los comerciantes, las élites representadas por el gobernador en turno, la puesta en marcha de las

⁶⁷ Trinidad Sánchez Santos. *Oda a Colón (recitada en la sesión solemne de la Sociedad de Geografía y estadística)*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León. 1892. ejemplo de mala poesía propagandística.

ceremonias con capital de los particulares a través de donaciones y el pago directo de carros alegóricos y otros eventos; los mismos discursos y apologías. No obstante, si deseamos ver más allá, debemos de considerar que los discursos, el eclecticismo con el cual se manifestó la conciencia festiva de las élites, no suponen otra cosa sino el afán de autojustificarse y demostrar ese vago fantasma que en América brillaba por su ausencia, pero que era idolatrado: nos referimos al progreso.

No fue por ello, una situación aislada del contexto global que hemos presentado al principio y que demuestra que las iniciativas propias de festejar el Cuarto Centenario partían de los EE UU y no de la comunidad iberoamericana si hemos de concebirle así; antes bien, el mero afán de festejo denota la falsa conciencia de las élites y sus esperanzas de compartir, por derecho propio y bien ganado, la explotación y la riqueza de un mundo positivamente progresista. Sin embargo, las mismas circunstancias fueron el origen del fracaso de sus festejos, aunque fracaso a medias, pues debe distinguirse entre el festejo material y los intentos por solidificar, aunque al nivel de las élites, un proyecto extranacional contra los adversarios económicos, mismas alianzas que comenzarían a darse más adelante en Europa. Así, nuestra tesis se justifica desde el momento mismo en que los Estados Unidos se apropian del festejo y no sólo de éste, sino de la figura colombina, convirtiéndola en un antecesor de la libertad de empresa y de conciencia, cuyo espíritu, el real espíritu del descubrimiento se había desarrollado en el territorio estadounidense; si a todo esto le aunamos la respuesta nacionalista y un tanto racial, aunque profundamente histórica, de algunos iberoamericanos que, a su vez, también respondían a las presiones económicas del vecino del norte, tendremos un cuadro más concreto del significado de las fiestas colombinas.

Posteriores días y meses aún, *El Tiempo* se dio a la tarea de publicar crónicas de las múltiples fiestas y celebraciones en Europa y en algunos estados de la

República. En efecto, la mayor parte de ellos fueron enormes panegíricos del Almirante; mezclándose con los avances de la ciencia y los tecnológicos expuestos en edificios provisionales y para la ocasión; sin embargo, en todos los festivales, los más simbólicos y significativos se efectuaron, hasta donde sabemos, en España y Estados Unidos. En aquélla se manifestó un recurso desesperado por regresar a las viejas glorias, emparentando sus intereses con el destino de la familia iberoamericana hacia el futuro, para recuperar el destino de grandeza que la misma historia (ente abstracto y harto voluble) les había conferido desde los cuatrocientos años anteriores; esto implicaba incorporar a las repúblicas hispanoamericanas con el progreso y la verdadera civilización.

El Cristóbal Colón español era el de la vieja guardia, propio de la heroicidad castellana, caballero católico, fiel con la corte y colaborador en la empresa española de descubrir el nuevo mundo, es decir, un personaje más en la historia de la grandeza española. Sin embargo, las fiestas en España al igual que en México, no tuvieron el esplendor que se pretendía para festejar los cuatrocientos años, esto según informes del cónsul en Barcelona, Manuel Payno (Barcelona, 15 de abril, 1893) informes que más adelante retomaría José María Muriá⁶⁸ para elaborar una conferencia en 1984, denominada "*El Cuarto Centenario del Descubrimiento de América*"; el escritor mexicano se consagró como un acerbo crítico de las festividades centenaristas, porque "Por cierto, que al decir del propio Payno, en la mayoría de las ciudades españolas el tetracentenario pasó casi inadvertido; todo permite suponer que al pueblo español le importaba maldita la cosa América y el cuarto centenario"⁶⁹

⁶⁸ El mismo autor formó parte de la comisión mexicana enviada a Santo Domingo en 1984, junto a León -Portilla y Alberto Lozoya; comisión que propuso la sustitución conceptual de Descubrimiento por la posición oficialista de Encuentro de Dos Mundos; Juan A. Ortega y Medina, *Op. Cit.* p. 128.

⁶⁹ José María Muriá, "*El Cuarto Centenario del Descubrimiento de América*", en Leopoldo Zea (comp.) *El Descubrimiento de América y su sentido actual*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia-FCE, 1989, (Colección Tierra Firme), pp. 121-130. Citando a Payno, p. 122.

Claro que comparadas con las esplendorosas y costosísimas fiestas en los Estados Unidos, las españolas y las mexicanas fueron eventos menores; no obstante, el objeto no es si las celebraciones fueron el paroxismo de lo festivo, sino el proceso de simbolización, es decir, su significado para los involucrados en el mismo. Lo que Payno vio y consignó se centró en la superficie de las meras apariencias y sólo así se puede calificar rotundamente las festividades de buenas o malas, raquílicas o suntuosas, porque sus apreciaciones son además totalmente ciertas, pues la fiesta en la ciudad de Madrid terminó con un escándalo de fraude e incompetencia para el alcalde de la misma, lo cual le acarreó un despido vergonzoso; decíamos, fue verdad el fracaso de las fiestas también en México por cuanto no fueron lo esperado; empero, esto funciona para entender la actitud de Payno, vale para él, pero no para Muriá, quien se limita a consignar exclusivamente, informado por el cónsul mexicano, el fracaso del festejo centenarista sin abundar en los meandros contextuales del mismo. Por ejemplo, anatemiza contra la actitud española, contra su afán de incorporar a su vez a los hispanoamericanos a conformar un frente de resistencia ante el avance de los Estados Unidos e Inglaterra, lo cual es comprensible, hoy en la actualidad hay abundantes muestras de ello; empero, la mayor actitud imperialista no fue la de España, sino la de los vecinos del norte, cuyas festividades sí fueron un éxito a decir de las consignaciones en los diarios de la época. Por otra parte, Muriá sostiene una postura de nacionalismo mal entendido, juzgando a los muertos y un indigenismo bastante tardío; sin embargo, la explicación de las causas es más amplia como se ha tratado de demostrar en la parte inicial de nuestro análisis, aunque en efecto, Muriá reconoce el papel ideológico de ese paradigma en el cual se convirtió el Almirante, esto es lo más lógico dado el carácter elitista de los festejos; en este sentido sorprende la abierta contradicción del autor en turno, pues por un lado decide denunciar, legítimamente, el carácter aristocrático de las

festividades, que lo fue, aunque el autor esperaba que las mismas tuviesen un cariz de festejo popular⁷⁰ porque

“La celebración del 12 de octubre nació con la bendición de la jerarquía eclesiástica, el respaldo de los ricachones mexicanos y extranjeros –especialmente españoles-...”⁷¹

¿Cómo esperar una fiesta popular, habiendo reconocido de antemano el conjunto de grupos que la impulsa? No era posible por varias circunstancias, primero, por la escasa formación académica de las masas. De un país en donde un gran porcentaje de la población era analfabeta, no se puede esperar que sepan lo mínimo que hay que festejar o conmemorar y por qué, posiblemente se logre la participación de las masas en el jolgorio, aunque ello sólo será por el mero hecho de festejar por hacerlo: el asunto de la atención al globo de Cantoya es elocuente por sí mismo; por otro lado, masas que no han visto los beneficios del “progreso de la humanidad” no pueden entender asimismo, las ventajas del descubrimiento de América, toda vez que esto sólo era privativo, porque lo vivían, de las élites mexicanas y en su caso las extranjeras.

Así, la reflexión y conferencia de Muriá en 1984, deja mucho que desear como punto de análisis o acercamiento a la explicación de este fenómeno, pues como tres años más tarde diría Ortega y Medina:

“[...] dejando a un lado los homenajes, los festejos populares, los discursos de ocasión y comedillas críticas, insertas en la prensa de aquella época (1892), la conmemoración del gobierno porfiriano no nos parece frívola ni insustancial; la Junta Colombina nombrada se constituyó con lo más granado de los hombres pensantes de entonces [...] cuando menos nadie podrá censurarlo, se trataba de

⁷⁰ *Ibidem*, p. 123

⁷¹ *Ibidem*, p. 130

investigadores acreditados en actividades historiográficas, los cuales se vieron asesorados por especialistas.”⁷²

Finalmente, las fiestas de Nueva York y Chicago en los Estados Unidos tuvieron un enorme éxito a nivel festivo; el Colón resultante era el producto de la imagen del “hombre que se hace a sí mismo”: emprendedor, cuya audacia le permite sobrepasar al sentido común de toda una época para inventar un Nuevo Mundo; hombre de ciencia que llega a anticipar lo que será la América anglosajona: una nueva tierra con un nuevo espíritu, muy diferente al Colón, digamos, de raigambre hispana cuya preocupación es la prolongación de la historia latina. No será extraño que mientras la Exposición histórico-americana de Madrid estuviese interesada en mostrar la historia del continente antes de la llegada española, menudearon esculturas precolombinas, artesanías, información de las etnias indígenas y muestras de las historias particulares americanas, es decir, una situación empapada de cultura; en cambio, la Fiesta Naval de Nueva York, donde los buques de guerra estadounidenses se mostraron en todo su esplendor escoltando la réplicas de las carabelas: se homenajeó y reconoció el papel de España en el avance de la humanidad y su empuje civilizatorio, según sus parámetros, aunque a la vez se demostraba de paso el poderío norteamericano; así mismo, la Exposición Universal en Chicago (1893), acorde con los tiempos de expansión del capital, se abocó a la exhibición de productos industriales, máquinas, inventos, materias primas y todo lo relacionado con el comercio internacional.

Sin embargo, fuera de su suntuosidad, el significado de la dos exposiciones norteamericanas debe de buscarse en el mensaje proyectado al mundo: el gobierno de Estados Unidos trató de revelar la verdadera dimensión de los resultados del descubrimiento de América, es decir, la finalidad del descubrimiento de América era la creación de un nuevo horizonte existencial, político y económico donde

⁷² Juan A. Ortega y Medina, *Op. Cit.* pp. 15, 16.

existiese esa conjunción de la libertad y las posibilidades de la libre empresa o iniciativa: ex professo, el continente había sido descubierto originalmente para ello⁷³. Lo malo de esta concepción era la mengua de la civilización latinoamericana y la cancelación de sus posibilidades dentro del proceso civilizatorio.

En cuanto a México se refiere, en la primera participó casi de manera simbólica: En la fiesta de Nueva York sólo contribuyó con una banda de Música que ya antes había participado en España; por lo concerniente a la segunda, la Exposición Universal de Chicago la participación nacional fue menos destacada, pues la desorganización cundió por los cubículos donde se exponían los productos mexicanos como el café, minerales, productos agrícolas; telas y un sin fin de cosas más de exportación⁷⁴: esto otorga una nueva lectura consistente en dar a conocer el conjunto de materiales de explotación industrial; todo ello propio de una economía de periferia. Si consideramos la perspectiva de la Exposición Universal de Chicago, puede explicarse bien el fracaso de los stands mexicanos, cuyos productos más o menos conocidos no eran comparables con las maravillas de los avances tecnológicos. De tal forma, los festejos norteamericanos constituyeron una perspectiva al futuro, las españolas un recuento del pasado para aliviar su presente y las mexicanas un intento de participar, como ya se ha indicado en el proceso civilizatorio y no menos, del progreso, formando parte de las naciones civilizadas.

Para finalizar este capítulo, es necesario establecer que los festejos en la realidad no fueron más allá ni tampoco tuvieron la trascendencia deseada, sin embargo, fueron importantes como paráfrasis de las mentalidades de la época, cuyo desarrollo material de alguna forma condicionó la esencia de los festejos y demás expresiones, pues la mayor parte de ellas tuvieron una perspectiva que las

⁷³ *El Tiempo*, "Invocación pronunciada por el excelentísimo cardenal Gibbons en la solemne adoración de los edificios de la Exposición de Chicago el día del presente", 29 de octubre, 1892.

⁷⁴ *El Tiempo*, 12 de julio, 1893. Dicho artículo critica ampliamente el gasto excesivo, el cual fue aprobado a última hora por el ministerio de economía y que ascendía a 100 mil pesos, dado el fracaso de la intervención mexicana en la citada exposición.

vinculaba con el progreso y el avance humano, de ahí las manifestaciones nacionales y metanacionales, raciales; también, el proceso de diferenciación cultural corrió aparejado a un sinnúmero de aplicaciones historiográficas: el cuarto centenario dio mucho a la hora de interpretar y reinventar el proceso mismo del descubrimiento, así como al instante de recrear la imagen de Cristóbal Colón, dos elementos que distanciados uno de otro serían paradigmas de la constitución de América como tal.

Las festividades pues, denotaron la vitalidad cultural del país, colocado por propio consenso en el lado "civilizado" de la humanidad, pero dictatorial y pobre; aquéllas, darían origen a un intento de revalorar el pasado indígena; un pasado componente de la memoria histórica mexicana, pero subvalorado y aun negado por gran parte de los hombres progresistas, no así el grupo de intelectuales que hicieron todo lo posible por abrir el pasado nacional para mostrarlo al mundo. Asimismo las festividades significaron momentáneamente la apertura de un debate dentro del ámbito de la cultura, mismo que dividía como se ha tratado de demostrar la posición digamos común y corriente de los mexicanos: las étnias indígenas debían redimirse merced a su inserción dentro de los mercados productivos; a la misma forma de negarle la categoría de civilización a las culturas indígenas antiguas, correspondieron intentos por acercarse a ellas desde otra visión, posiblemente oficialista, pero que puso en camino de revaloración a lo indígena como parte componente de la vida nacional.

Finalmente, debe de apreciarse como atrás lo indica Ortega y Medina, el real esfuerzo de los intelectuales mexicanos, quienes con toda seriedad tomaron la iniciativa, con escasos recursos, de llevar a Europa el pasado indígena mexicano; desgraciadamente, tales posturas eran totalmente opuestas a lo buscado por un régimen que en las fiestas centenaristas sólo vio una oportunidad de justificar su permanencia en el poder, redescubriendo al país a las inversiones europeas

preferentemente; en este caso, el Cuarto Centenario sólo constituiría un escaparate en donde las élites nacionales y extranjeras, independientemente de su procedencia, pondrían en evidencia sus rasgos ideológicos.

2.- LA HISTORIOGRAFÍA DEL REVISIONISMO.

Uno de los principales críticos de la figura colombina tal y como era tradicional en la época decimonónica en la historiografía común, fue el historiador español Luis Vidart. Éste se distinguió por la clara exposición de los objetivos de la corriente que hemos denominado revisionista⁷⁵ y sus puntos de vista fueron presentados en las Conferencias de El Ateneo de Madrid entre 1891 y 1892, cabe decir de éstas que fueron sólo uno de los múltiples actos preparados en referencia a la celebración del Cuarto Centenario colombino.

Vidart se opuso a la denostación de los personajes castellanos en favor de la gloria de Cristóbal Colón. Entre las figuras que se consideraban como "los malos de la historia del descubrimiento", se encontraban Francisco Bobadilla, los hermanos Pinzón, Fernando el Católico, el obispo Fonseca y todos los castellanos participantes en la travesía transoceánica. Más aún, la reacción de este autor se dejó ver como respuesta a las declaraciones del conde Roselly de Lorgues, quien elevó a Colón a cierto grado de santidad merced a los múltiples atropellos recibidos por los castellanos.

"Los españoles tuvimos un santo entre nosotros y lo desconocimos y le martirizamos, imitando a lo que hicieron los judíos con el divino maestro."⁷⁶

⁷⁵ Salvador Bernabéu Albert. Los significados de la conmemoración del IV centenario, en *Op. Cit.* p-11. En dicho artículo, el autor señala a dicha corriente como la Escuela Realista y como "una violenta confrontación entre los partidarios de ensalzar y glorificar al gran navegante genovés y los representantes más destacados de la *historia realista...*" quienes cansados de lo literario, intentaron un saber científico con verdades más amplias alejadas de lo fantasioso y poco científico, p. 11. Nosotros hemos decidido concebir a esta manera de tratar la historia del descubrimiento y la vida de Colón como revisionista, porque en realidad, aunque la mayor parte de los autores españoles coincidieran en desmitificar la figura colombina, por otro lado tendían a sustituirla con los héroes castellanos como los Reyes Católicos o los marinos y frailes implicados en la empresa descubridora.

⁷⁶ Luis Vidart, *Colón y Bobadilla, una polémica y un boceto dramático*. Tip. de Manuel Ginés, Impresor de la Casa Real, Madrid, 1892. p. 12

A las afirmaciones de Lorgues, Vidart opuso una reflexión bastante certera: si la Santa Sede no había canonizado aún a Colón era porque las verdades de los libros tradicionales estaban incompletas y omitían detalles, esto para sustentar el culto colombino. Durante los años de 1889 a 1892, distintas peticiones se hicieron para beatificar a Colón, sobre todo cuando el Papa, León XIII, convino en otorgar tal estado de beatitud a numerosas personas no muy destacadas.

El punto nodal de las tesis de Vidart, era el que la empresa NO era totalmente un logro colombino, sino español y que todos los hasta el momento considerados como los "malos", debían de ser rescatados por la historiografía, las tesis de Vidart y otros como Cesáreo Fernández Duro, tienen como base el reconocimiento de la falta de veracidad en torno a ciertos lugares comunes alrededor de la vida de Colón y la relación de poder establecida con la corona española, la cual consideraba como un acuerdo de negocios contractuales, en donde el almirante no era sino uno más de los empleados de la corona española; así mismo desmintió la supuesta venta de las joyas de Isabel de Castilla (cabe decir en cuanto a esto se refiere, que aún hoy en día es uno de los mitos más socorridos entre los educandos de primaria y secundaria), la miseria y la fecha en las cuales muere Colón y se opone a toda la serie de referencias que hablaban sobre la cobardía y barbarie españolas; todo ello era falso nos dice Vidart⁷⁷, abocándose a desmentirlas, aunque sólo lograría hacer reflexiones sin sustento documental, pero haría una precisión: el conjunto de verdades tradicionales, aceptadas como la verdad, provenían de dos fuentes como fueron la Leyenda Negra anglosajona y la variada gama de escritores de oportunidad quienes, sin investigación, prorrumpían en desmedidos halagos hacia el Almirante. Tales posiciones interpretativas contrastaban con la verdad histórica no dicha por la incomodidad de rehacer la historia del descubrimiento americano,

⁷⁷ Junto con Emilia Pardo Bazán, Cesáreo Fernández Duro, Emilio Castelar, Juan Valera y Pi y Margall, formó parte del núcleo intelectual de la historia realista y son considerados como generadores de un nuevo acercamiento al descubrimiento de América y a la figura colombina.

aunque más bien esta dicha “comodidad” tenía como fondo el peligro filosófico que entrañaba la reconceptualización del ser americano, el cual, recuérdese si no, pugnaba por aquellos años en ser aceptado por el mundo civilizado de entonces.

No obstante, un halo evidente de nacionalismo se encuentra soterrado en la defensa de Vidart y también en las posiciones reformistas, en tanto no se trataba de eliminar a Colón de la hazaña descubridora, inmortal y valiosa per se⁷⁸, sino más bien de reivindicar la honra española, ya algo menguada desde hacía mucho atrás. Vidart así pugnaba por la necesidad de:

“[...]rehacer por completo la historia del descubrimiento y conquista del nuevo mundo, para que Colón resulte tan honrado como merece serlo, pero evitando que esta honra de Colón se convierta en apoteosis, **contraria a la verdad histórica** y fundada en el deshonor de España y los españoles contemporáneos del inmortal navegante.”⁷⁹

Contemporizar la imagen española con la gloria antes negada por la historiografía colombina tradicional, es el impulso motor de esta corriente y así, no será raro encontrar una especie de petición integrista al mundo europeo, dedicado por aquel tiempo en “civilizar” a los africanos, latinoamericanos y asiáticos, es decir, vemos en esta posición dos vertientes: una es la de verdaderamente trastocar la imagen historiográfica de Colón y castellanos, pero cuyo fondo es lo segundo, consistente en adquirir una posición dentro del reparto del mundo del imperialismo de fines del XIX. Es evidente que aquí no se habla de restaurar la imagen americana ante Europa sino de reivindicar para España los derechos morales de ésta para compartir los beneficios del imperialismo. Así las nuevas ideas reformistas chocaban con la imagen tradicional de Colón, plena de bondad y con un carácter científico más grande de lo que el mismo Colón podría haberse atribuido a

⁷⁸ *Ibidem*, p. 14

⁷⁹ *Ibidem*, pp. 15, 16. Las negritas son nuestras para destacar la intención del autor.

sí mismo. De tal forma, también en otro plano, se revalorizaría la moralidad colombina, poniéndose en crisis el sistema ético con el cual había sido considerado antes. La verdad Histórica, dirá Vidart, hablaba de la incapacidad del Almirante para gobernar, mantener la disciplina y acatar con todo rigor las órdenes de sus majestades católicas.

En este aspecto el Almirante sólo fue un hombre común y corriente tanto como lo habían sido todos los demás participantes; por ello, era mentira la traición de Bobadilla y de los hermanos Pinzón, la misma incapacidad antes dicha procreó la insurrección del soldado Roldán. Por ende, las razones de seguridad del Estado español en proceso de unificación como Estado nación obligaría a Fernando el católico a actuar contra Colón a fin de evitar la aparición de asentamientos señoriales en América.

Así se entreve un primer acercamiento al Colón de carne y hueso, cuando por el contrario, los seguidores de Irving y Lorgues, creadores de la novelesca vida del Almirante, colocaron todas las virtudes posibles en un individuo que deja de ser histórico y se transforma en invención elaborando la enmarañada leyenda colombina⁸⁰. Juan María Alponete señala:

Todo pasado es presente, pero cuando el pasado es una falsificación, el presente es pura leyenda. Por eso hay que saber la importancia moral de aprender a dudar.⁸¹

Muchos antes de Vidart habían cuestionado la tradición, el revisionismo tenía antecedentes y no era nada nueva la teoría o la intención de desmitificar la

⁸⁰ Washington Irving escribiría una obra fundamental, *Vida y Viajes de Colón* (1828), donde entre otras cosas le otorga al Almirante una nueva personalidad de "altos vuelos poéticos" y dramatiza la vida de aquél con efectos novelescos; Edmundo O'Gorman (*Op. Cit.* p. 226) analiza la obra y define a Irving como el iniciador de la historiografía moderna, cuya tesis casualista haría más profunda la aporía entre el objetivo asiático original y la atribución al Almirante del descubrimiento de América. Por cuanto corresponde a Lorgues, el mismo autor lo comprende dentro de aquellos novelistas apasionados para quienes ensalzar a Colón admitía toda serie de despropósitos teóricos y trucos retóricos. (O'Gorman, *Op. Cit.* p. 372)

⁸¹ José María Alponete, *Cristóbal Colón, Un ensayo histórico incómodo*. 1era. ed., México, F.C.E., 1992. Colección Popular No. 470. p. 30.

leyenda colombina y separar la vida del Almirante del proceso histórico del descubrimiento de América. Por ejemplo, Antonio Cánovas del Castillo, en el *Semanario Pintoresco Español* apuntó para el año de 1889, los principales vicios de los historiadores españoles al tratar la imagen colombina; Marcelino Menéndez criticó ampliamente desde aquella tribuna las apoteósicas festividades; finalmente, Eliseo Reclus reclamaría a europeos y americanos la concepción de avaricia, crueldad e ignorancia con que se calificaba a los españoles, todo ello tomando como paradigma a Colón.⁸²

El afán justiciero y reivindicador de los reformistas, los llevará a debatir con los diarios promotores del Centenario Colombino, nombre que adoptó la festividad; por ejemplo, Vidart impugnó las declaraciones del editorialista del periódico español, *La Época*, quien calificara de “participantes de segundo orden” a los castellanos participantes en el descubrimiento; contrasta esto con la pasividad acrítica que la mayor parte de los periódicos mexicanos desarrollaron frente al centenario de Colón.

Conforme a ello Vidart señaló su tesis: el Almirante de la mar océano había sido procesado con toda justicia, cuando Francisco de Bobadilla lo apresó acusándolo de desobedecer las órdenes de la Corona Española. Los fundamentos de esta aseveración son totalmente legales en tanto Colón había contraído obligaciones contractuales como empleado que era de los castellanos, así quedaba evidente una razón: el Estado español obró por seguridad para su preservación como tal, siendo a la vez el primer golpe legal, quizá no legítimo, contra todos aquellos que calificaron a España de ingrata con el Almirante, porque:

⁸² Luis Vidart, *Op. Cit.* p. 16

“Si Colón hubiera muerto en la pobreza y el abandono, cumplida podría haber quedado la justicia, pero no la equidad que la gratitud de España pedía para el descubridor del Nuevo Mundo.”⁸³

Una nueva perspectiva se gestaba desde la historiografía española reformista, iniciando, modestamente si se quiere y con todo en contra, el abandono de una historia escénica, abundante de contradicciones y parcialidades, abriéndose el camino, no para resolver en lo inmediato la aporía muchas veces señalada por el historiador Edmundo O’Gorman⁸⁴, pero sí para dejar de lado aquellas historias fundadas en verdades a medias y procedentes de mitos y de objetivos aislantes, de juicios abiertamente valorativos y tendenciosos hacia la historia española y la hispanoamericana, en tanto las versiones de estas imágenes de ingratitud, etc., se extendían al continente americano y bloqueaban los esfuerzos por llegar a la unidad Iberoamericana. No es que afirmemos que un trasfondo de bondad y pureza impulsaran en este caso a Vidart, pues es notoria su tendencia nacionalista y el hecho de haber sido también almirante de la marina española hace más que evidente que no haría otra cosa sino justificar y defender la postura historiográfica.

Por otro lado, el culto al héroe fue una cuestión cuya normalidad era aceptada entre las naciones occidentalizadas, fuera esto en función de la síntesis simbólica de valores éticos, religiosos, políticos y más; hacer del héroe un ejemplo a seguir era la meta de los libros educativos, de la novela histórica y demás formas narrativas, aunque en última instancia las elites dominantes de cualquier sociedad se apropian de los supuestos históricos, escribiendo la historia con base a ciertos parámetros a manera de fundamentar posiciones políticas y económicas dentro de la sociedad. Un ejemplo lo ilustra claramente; fueron las elites intelectuales, políticas y económicas sobre todo, las que impulsaron el desarrollo del Centenario,

⁸³ *Ibidem.* pp. 20, 21.

⁸⁴ Edmundo O’Gorman, *Op. Cit.* pp. 287-288

el argumento era la petición de los pueblos, cuyo saber histórico exigía el festejo y la glorificación de los héroes, en este caso de Colón y todos los demás. No obstante, nada más erróneo, pues sólo el Estado español (no menos el mexicano), a través de sus intelectuales pudo haber tenido interés en rescatar un sin fin de materiales del Almirante, como documentos, retratos⁸⁵ y objetos, en tanto esto convenía a los grupos políticos y económicos, pues muchas de las actividades del centenario del descubrimiento fueron más en el orden de promover acuerdos comerciales, mejores leyes de intercambio comercial y del tráfico marítimo, sin olvidar las pretensiones de los Estados Unidos por crear desde aquellos años un Zollverein americano destinado al comercio frente a Europa.

El mundo de fines del siglo pasado vio en el festejo del descubrimiento y la festividad de 1892, el reflujo del destino humano en la unidad económica o ecuménica. Si los grandes monopolios neoimperialistas estaban expandiéndose, la unidad histórica estaba definida en su sentido más profundo. De tal manera el imperialismo norteamericano, inglés, alemán y no menos el español se presentaban a sí mismos como una especie de "Destino Manifiesto" el cual, por medio de la historia, equiparaba las nuevas colonizaciones con el descubrimiento americano por cuanto se trataba de engendrar un mundo más grande y más universal; así los nuevos "colones" podían semejarse al hecho de 1492 en tanto las circunstancias expansivas y la fecha de 400 años más adelante, se prestaban para recordar al mundo, especialmente al no civilizado su destino globalizado, claro que bajo los parámetros "civilizatorios" de los nuevos descubridores, pues como apuntaría Vidart:

[Aunque] "Yo no puedo creer...que tantos testimonios y hechos en que aparece demostrado que el glorioso descubridor...no era un dechado de virtudes, sólo sean un conjunto de marañas formado por la ignorancia y la envidia de los

⁸⁵ Esto lo señalaría Emilia Pardo Bazán en *El Tiempo*, 25 de septiembre, 1892.

españoles...⁸⁶ diría Vidart al tratar de eliminar el mayor mito de la leyenda colombina que pesaba sobre la espalda de la historia castellana, sea esto la ingratitud española hacia un personaje moralmente puro, el mismo autor no dudaría en calificar duramente al festejado como ambicioso, ambiguo, mal gobernante y además, uno de los primeros iniciadores de la esclavitud en los tiempos modernos.

87

Naturalmente, como ha de observarse, las réplicas eran sin ningún tipo de medianías, pues lejos de la pretendida imparcialidad, Vidart cae en la debilidad de olvidar la parte medieval de la personalidad colombina. Era, como mucho se ha afirmado ya, un hombre entre dos épocas que combinaba las ideas de la pureza religiosa, el combate contra los infieles, incluyendo los indígenas americanos según su categoría, etc. conceptos aún muy medievales al momento de los descubrimientos geográficos; aunque bien algunas cosas Colón las postulara por mero interés acomodaticio. Asimismo, Vidart, omitiría explicar y comprender las actitudes del Almirante, aquellas complementarias, que denotaban un cambio en las maneras de concebir al mundo y al individuo: el individualismo, el nacimiento del primer capitalismo y la riqueza como mayor bien de salvación en la tierra, tesis que por demás usaban y usan los estadounidenses para hacer de Colón un preceptor de los puritanos; por cuanto corresponde al esclavismo nos atrevemos a afirmar que sólo era producto de lo anteriormente afirmado e imitaba a los lusitanos en las costas de África. Es decir, nos hallamos en el terreno de la moralidad anacrónica, algo así como "regañar a los muertos" y los contrincantes del Cuarto Centenario tomaron todas las armas posibles siendo menos usadas las verdades comprobadas que las denostaciones moralistas y la descalificación ética.

⁸⁶ Luis Vidart, *Colón y Bobadilla*, Establecimiento de los sucesores de Rivadeneira, Madrid, 1892, p. 30. Es menester aclarar la existencia de dos monografías del mismo autor, pero de diferente título y contenido, ya que el citado anteriormente contiene una obra teatral en donde se ridiculiza a los "adoradores colombinos". (vid. Supra p.61)

⁸⁷ *Ibidem*. p. 34

Si bien es cierto el Almirante era poseedor de múltiples defectos propios de cualquier persona, éstos fueron recalcados por los reformistas, quienes por el contrario exaltaron a otros personajes castellanos, pues lejos de darle a todos, como ya nos había dicho el mismo Vidart, un papel semejante, equitativo en el proceso de descubrimiento, se procedió a intentar formular otro tipo de leyenda nacional. El caso de Isabel, la Católica, es ejemplar; para nosotros, ahora, es un mujer de Estado: recuérdese que llegó al trono de Castilla de manera irregular después de desplazar a su sobrina Juana la Beltraneja y gestionando una bula papal en 1484 para que, ésta, nunca abandonara el convento en el cual moraba.⁸⁸

Tales afirmaciones muy actuales contrastan con las pretensiones historiográficas de los reformistas porque, aunque buscadores de la verdad, glorificaron a La Católica no en el plano estrictamente hablando del descubrimiento, sino en el ámbito moral, religioso y nacionalista. Para efectos de síntesis Isabel fue colocada como la precursora de la grandeza española, la cual era añorada intensamente a fines del siglo XIX dentro de un marasmo de nacionalismos y exaltaciones imperialistas de Europa.

Digna de una religiosidad que la llevó a expulsar a judíos y musulmanes del reino recién unificado, fue considerada por esta nueva manera de percibir el descubrimiento, como magnánima y visionaria, tal y como indica la dedicatoria del monumento a Colón en Toluca; algunos otros, sobre todo los historiógrafos de corte católico y hasta el mismo Manuel Payno, llegarían a afirmar una especie de sintonía entre los espíritus de dos almas: la de Isabel y la de Cristóbal Colón; cosa que por demás parece totalmente exagerada. Para los tradicionalistas, a partir de la muerte de la reina la desgracia cayó sobre éste último y entonces, Fernando, el Católico también, haría cera y pabilo de la dignidad y merecimientos del Almirante, pero siempre dentro de los reformistas existió la convicción, probada

⁸⁸ José María Alponic, *Op. Cit.* pp. 40 a 49.

por demás, de que las medidas adoptadas por el estado castellano aragonés estaban encaminadas a preservar la unidad del mismo, aun cuando hayan ido contra el descubridor y menoscabaran toda su dignidad

“[...]pues, el contrato de Santa Fe fundaba un poder hereditario en la persona de Cristóbal Colón y sus descendientes, que por los privilegios que se le concedían y por los abusos a que estos privilegios daban ocasión, hubiera llegado a ser más grande y rico que los reinos de Castilla y Aragón”.⁸⁹

Así, como dos grandes políticos, Isabel y Fernando, en las perspectivas de unos y otros, daría cauce a la modernidad política de los reinos de la península, a la unidad legitimista y legal, cuya más cercana explicación estriba en la reacción carlista de 1892 desde algún lugar de Europa; con esto queremos indicar el impulso real de reformistas, como Vidart, cuya intención era revivir, por lo menos en el papel, las mejores glorias de la política española. Resarcir ante el mundo la historia española de las heridas, causadas por la leyenda colombina, equivalía a redimir en el presente a la misma España ante el “concierto de las Naciones”. De esta historiografía revisionista se desprenderían las actitudes conciliadoras de la monarquía española hacia sus “hijas y hermanas” distanciadas de América: fue un largo llamado a la unidad moral, política y comercial frente al bloque anglosajón que amenazaba con incluir a aquéllas en un Zollverein americano con los Estados Unidos a la cabeza, dejando a los europeos a la zaga en cuanto a la explotación de las riquezas americanas y del comercio de la zona. El pasado nos confiere las justificantes necesarias para reclamar concesiones o privilegios, del mismo modo, el entender al Almirante y sus objetivos trascendentales, así como el sentido del descubrimiento americano, serían fundamentales para entender a su vez el sentido de la mayor parte de las historias de los involucrados hispanoamericanos dentro del contexto de un proyecto civilizatorio, era una historia de la cual se sentían, porque

⁸⁹ Luis Vidart, *Op. Cit.* p. 39

objetivamente lo estaban, excluidos por su propio pasado dependiente de España; Vidart concluye eximiendo a Bobadilla y exaltando las virtudes de Isabel y aún más de Fernando, poniendo de relieve las necesidades del Estado español en el proceso de enjuiciamiento de Colón.

Esta circunstancia de usar la historia de Colón y del descubrimiento, pondría en evidencia la incomodidad de tratar con la figura colombina y a la vez con el descubrimiento de América; esto implicó ante la cercanía del centenario del personaje, un debate acerca de quién o qué iba a festejarse o a conmemorarse.

En su obra *¿Es el centenario de Colón?*, Cesáreo Fernández Duro⁹⁰ denota cierta preocupación por saber si continuarían los festejos irracionales basados en la leyenda y la tradición colombinas o bien, se avanzaría hasta rememorar para comprender y contribuir a la verdad histórica, es decir, ampliar la memoria o estancarse en el mero festejo.

El escritor americanista se opondría a la apropiación por parte de los Estados Unidos de Norteamérica del festejo descubridor de 1892; la preocupación de Fernández Duro es clara: mientras los norteamericanos trazaban planes concretos para justificar históricamente su expansión por el resto del continente⁹¹, los iberoamericanos y en especial los españoles se peleaban por saber con cuánta fastuosidad y ceremonia se celebraría el Cuarto Centenario del descubrimiento. En este momento de la historia, la escuela norteamericana fue la mayor productora de obras referentes al descubrimiento y al personaje colombino seguida por España e Italia; Fernández Duro se expresó así:

⁹⁰ Brillante americanista considerado por Bernabéu Albert ("Los significados..." en *Op. Cit.* p. 15) como el principal promotor del Centenario del Descubrimiento de América, así como uno de los opositores más férreos a la Celebración del Centenario de Colón y como uno de los pilares de la "historia realista".

⁹¹ Cabe decirse con respecto a esto, que tal justificación arranca desde la fundación misma de la República norteamericana, recuérdese que se decían elegidos por el Dios puritano para extender la igualdad y la democracia por el resto del continente.

"[...]pienso que es necesario el conocimiento generalizado de lo que se proponen el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos en la celebración del fin del cuarto siglo de SU HISTORIA."⁹²

Es notorio en la anterior cita, la definición clara del carácter ideológico de la celebración norteamericana; nótese que se habla del cuarto centenario de SU HISTORIA como país, de su descubrimiento y no de la historia del continente, indicando la virtual potencialidad de los anglosajones para comprenderse y asumirse como propietarios de América y de su futuro. Si damos una breve revisión a las obras historiográficas del vecino norteamericano en 1892, observaremos frases recurrentes de desprecio a lo español y afirmaciones de que descubrimiento e historia de Estados Unidos eran una y la misma cosa.⁹³

En buena porción, la reacción de la historiografía reformista y los cientos de artículos aparecidos a lo largo de 1891 y 1892 en los diarios de oposición moderada en México, se debían a la posición norteamericana y a su política hemisférica; tales diarios, como *El Tiempo*, tornaron a reclamar la actitud de los Estados Unidos en su proceso de apropiación continental: para afirmar su supremacía, se decía, usaban el Cuarto Centenario.

Por ello, porque Colón podía fungir como un elemento justificante en cuanto se piensen sus objetivos supuestos al realizar el viaje de 1492, se pensó por parte de los historiógrafos revisionistas en dismantelar la figura colombina y darle mayor peso al proceso del Descubrimiento de América en cuanto a sus consecuencias, aportaciones y logros, siempre enfocados a resaltar la dignidad iberoamericana. Es decir, creemos que para algunos intelectuales existía la clara conciencia de lo que implicaba dejar la organización de los festejos centenaristas en manos de los

⁹² Cesáreo Fernández Duro. *¿Es el centenario de Colón?*, Tip. De Manuel G. Hernández, Madrid, 1890. p. 1 Las mayúsculas son nuestras.

⁹³ Alicia Mayer, *El descubrimiento de América en la historiografía norteamericana*, UNAM, México, 1992 p.p. 149, 180.

Estados Unidos, ya que Colón, en último término, había descubierto América para los americanos, implicando la exclusión de todos aquellos que originalmente habían maltratado al Almirante, entiéndase por esto a España y por extensión cultural, Hispanoamérica.

“Por esto, hace algún tiempo, cuando empezó a tratarse del asunto, creí entender que se iba a festejar el aniversario centésimo cuarto del hallazgo feliz del Nuevo Mundo por los españoles[...]”⁹⁴

Sin embargo, aún cuando las intenciones eran estas, la comisión del centenario del descubrimiento de América de España, al lanzar el programa tentativo de las festividades, dentro de su apartado de concursos, exigió a las obras referentes al Almirante y al descubrimiento, no deslustrar “la gloria del héroe cuyo centenario va a celebrarse”⁹⁵

Existían entonces dos posiciones antagónicas en este proceso festivo, una preocupada por el futuro de las relaciones de España e Hispanoamérica dentro del contexto progresista finisecular, conciente de la peligrosidad expansionista de los Estados Unidos y abocada a rescatar ese futuro español, aunque para ello debía de trabajarse sobre el pasado; y por otro lado, existió la parte ciega del centenario deslumbrada por la reminiscencia de la tradición y la esperanza de que el sólo pasado glorioso, le reviviría e infundiría la fuerzas para el futuro, pues el centro del festejo era precisamente España y ésta permanecería en el gran cementerio de la historia, orgullosa y altiva, pero fuera del mundo europeo e hispanoamericano. Ocho años más tarde la explosión de “El Maine” sería la revelación de la soledad Española.

En otras palabras, creemos encontrar la línea de oposición entre los festejos tal y como se llevaron y lo que realmente se observó en 1892.

⁹⁴ Cesáreo Fernández Duro, *Op. Cit.* p. 1

⁹⁵ *Ibidem.* p. 3

Así, resaltó lo estatal y lo oficial de los festejos, en ese mismo tenor se elaboraron los principales discursos, todos ello recargados de loas y acompañados del boato correspondiente, exposiciones y concursos, asimismo todos tendientes a glorificar al Almirante hasta la exageración. Fernández Duro hizo una lista de elementos legendarios y falsedades existentes dentro de la historiografía del descubrimiento americano. Por ejemplo el mítico huevo colombino, el coco que por cuatrocientos años flotó en el mar, conteniendo un pergamino firmado por el mismo Colón y en donde se daba noticia del hallazgo de América, el mismo coco fue encontrado por el capitán D'Auberville de Estados Unidos, casualmente antes del centenario; la relación de Washington Irving y Lorgues de la entrada de Colón a la ciudad de Barcelona y el calendario de Valladolid, donde murió el Almirante, que contenía la fecha coincidente con la ascensión, según el cristianismo de Jesucristo, el 20 de mayo, aunque nosotros sabemos que fue un día después.⁹⁶

Visto en conjunto, el libro de Fernández Duro es una interesante reflexión, que pocos hicieron, acerca del contenido y el sentido del festejo centenarista a fines del siglo XIX, sentido que en su mayor parte poseía un significado inconsciente y romántico que creía poder, con el sólo influjo de la historia, salvar la decadencia de España y evitar el peligro que se cernía sobre Hispanoamérica; así mismo, la de nuestro autor es una postura cansada del culto al héroe colombino, a la genialidad mítica del Almirante, todo ello producto de un siglo que hizo del individualismo el ideal humano; sin embargo el autor notó una cuestión interesante por su anticipación:

“Colón por sí mismo no inventará nada[...]ni su invención tiene que ver con las condiciones individuales si hemos de creer lo que de su vida se sabe.”⁹⁷

⁹⁶ *Ibidem*. p. 13,14 Y 15.

⁹⁷ *Ibidem*. p. 7

El invento colombino, nos dirá, no fue una cuestión individual, sino de conjunto; el reclamo va encaminado a eliminar el escollo que representaba la figura colombina para la honra española; equilibrar a los personajes a fin de concluir que el proceso de descubrimiento fue un acto colectivo, diferente al enfoque comúnmente dado al descubrimiento que dependía de un solo hombre, cuya vida y acto eran sinónimos ante la historia.

En otro aspecto no menos interesante y que recuerda las aseveraciones que muchos años después haría el Dr. Edmundo O'Gorman⁹⁸ Fernández Duro, nos permite observar una opinión tal vez aislada: el descubridor no es tal, sino un inventor que no tiene nada que ver con lo inventado; nos dirá éste último: Newton tiene relación con las investigaciones acerca de la gravedad, Guttemberg con la invención de la imprenta, porque ambos sabían las relaciones entre sus trabajos y el objeto descubierto, o bien, la relación que guardaron al actuar sobre algo tangible y del todo inteligible, mas Colón al no saber qué era eso que acababa de descubrir, América como un ente emergente, procedió a inventarle un significado al pedazo de tierra no identificado plenamente como las indias orientales. Como se sabe, O'Gorman tiene planteamientos parecidos, aunque obviamente Fernández Duro no llegaría a la profunda sistematización o gormaniana, aunque posee el mérito de haber tratado de deslindar lo inventado del inventor como ha podido apreciarse. Es decir, deslindar a Colón y al objeto descubierto y posteriormente inventado.

Por otro lado, O'Gorman afirmó en su obra: *Historia de la idea del descubrimiento de América*, que los historiógrafos de fines del siglo XIX y en especial los partícipes del cuarto centenario colombino, se estancaron en sus

⁹⁸ En *La Invención de América*, O'Gorman, con un punto de vista heideggeriano argumentaría la necesidad de revisar el concepto de descubrimiento, mismo ante el cual se haya en contra, pues dicha concepción encierra un sustancialismo evidente en tanto no puede descubrirse aquello que se ignora existe, por contrario el ser americano fue un sucedáneo de dotaciones o interpretaciones del sentido de la misma, por consecuencia O'Gorman señalaría su tesis de la Invención de América.

concepciones acerca de fenómeno americano, omitiendo y aceptando con plena conciencia la aporía subyacente en el mismo, es decir, la aporía entre lo planeado por Colón (llegar a la India y haber llegado a otra parte que siempre ignoró como diferente) y lo logrado posteriormente.

Asimismo, el Dr. O'Gorman generalizó el carácter apologetico de toda la historiografía de fines de siglo XIX, ahora que como podemos ver si bien es verdad que algunas obras tuvieron ese carácter, también ha de aceptarse que no todas lo fueron como aquí se comprueba, pues se tenían vagas nociones de las problemáticas y las contradicciones encerradas en el proceso de descubrimiento, aunque estas tomas de conciencia estuvieron ceñidas por un lazo de nacionalismo y patriotismo efervescente en la España de fines del XIX.

“La fecha de 1892[...]recuerda el encuentro de las islas lucayas, y esto es lo que se ha de celebrar[...]Tampoco importa que Colón buscara cosa distinta de la que encontró; el hecho es que puso el pie en un mundo nuevo que ha venido a duplicar el que se conocía, con ensanche consiguiente de la civilización y beneficio de la humanidad.”⁹⁹

Si lo que el Dr. O'Gorman buscaba era la conciencia entre los decimonónicos de la aporía referida tantas veces por él y base de sus reflexiones americanistas, pues de alguna manera está aquí de forma incipiente, pero está; haber pedido en un contexto de apologías, fantasías centenaristas, exageraciones, festejo y celebración más que conmemoración, intervención del Estado y las clases dominantes en plena expansión del imperialismo del capital financiero del siglo XIX, que el conflicto filosófico se resolviera por decreto y una sola obra que apareciera, era demasiado pedir hacia 1892; esto hubiera sido casi imposible conceptualmente. De cualquier forma, el problema se encuentra en los autores que hasta el momento hemos presentado, porque aunque sus motivos son más bien

⁹⁹ Cesáreo Fernández Duro, *Op. Cit.* pp. 2 a 4

pragmáticos, no tienen a Colón como el centro principal y rector de sus reflexiones, sino más bien estuvieron tratando de comprender un fenómeno muy extenso ceñido a un personaje histórico. Así pues, los parámetros culturales como el culto al héroe, característica muy decimonónica, así como el fomento de ello por el Estado, ya fuese en España o en México, eliminó la posibilidad de que los estudios críticos tuviesen continuidad para desarrollar las ideas tendientes a separar del todo al personaje mítico que resultó Colón y el descubrimiento-invencción de América y acercarse a una cabal comprensión del ser americano como fenómeno emergente.

Estamos hablando entonces de una generalización por parte del insigne historiador mexicano, en tanto calificó de totalmente empantanada en halagos a Colón a la historiografía posterior a 1892; sin embargo, indicios de estudios y críticas que, aunque menores en sus dimensiones y cortas en sus alcances, son evidencias también a tomarse en cuenta a la hora de hablar de la historiografía del centenario; son evidencias de lo claro de la separación, para los reformistas, de la vida de Colón y el proceso de descubrimiento e invencción de América y de la invencción como necesidad de encontrar la explicación a los fenómenos que no se alcanzaban a percibir en todas sus magnitudes.

Es bien cierto que hasta el momento no se ha hablado de ninguna concepción (dentro de la corriente revisionista) del ser americano; es decir, no se contempló con profundidad el destino moral de América. No obstante, debe anotarse la intención de ratificar la dignidad tanto de España como de aquella, mediante el rescate histórico de sus entidades particulares.

No debe excluirse por ende la existencia de intelectuales tanto españoles como americanos como del continente americano, concientes de las aporías que entrañaba el hablar del descubrimiento del mismo, aunque, repetimos, no afirmamos que hayan llegado aquellos a la claridad que al respecto señaló el Dr. O'Gorman en su momento.

Por otro lado, Fernández Duro examina las condicionantes para hacer del centenario un paroxismo colombino porque...

“No es extraño que por la tradición se perpetúen la forma y la gloria justamente adjudicadas al jefe de los nuevos argonautas... [Colón y el resto de los navegantes castellanos]”¹⁰⁰

En otras palabras, la figura de Colón debía de conservarse porque los símbolos encierran sentidos trascendentes y conforman parámetros culturales y condicionantes de la historia de los pueblos: los héroes son paradigmas de comportamiento; Colón era entonces necesario a escala elemental; es decir, dentro de la educación de los niños, especialmente cuando se trataba de darle a cada nación lo que le correspondía, recuérdese el periodo histórico de los nacionalismos en el mundo de la preguerra. Por esto, por la permanencia de la tradición y las fuertes connotaciones de un cambio en las verdades históricas aceptadas por costumbre y convencionalidad, se prohibió terminantemente en las obras de concurso cualquier mención crítica, denostación, insulto, ya no digamos duda, hacia el personaje festejado: de tal manera los reformistas se encontraron fuera de todo certamen y alejados de cualquier contraposición con los tradicionalistas.

La apropiación de la historia, no obstante, se enfrentaba con las inexactitudes de una historia aún a oscuras en algunos puntos; por ejemplo, señalaba Fernández Duro, las ceremonias festivas comenzarían reproduciendo la llegada de Colón a América, para lo cual los Estados Unidos de Norteamérica, siempre solidarios, regalaron a España, ingenua, reproducciones de dos de las carabelas y las escoltaron hasta su destino en algún punto del mar caribe. Empero, acota nuestro autor:

¹⁰⁰ *Ibidem.* p. 6 Los corchetes son nuestros.

"La idea tropezaría[...]con la de decidir,[...]cuál es la isla de San Salvador o Guanahani que vio el primero con los ojos Rodrigo de Triana[...]Que yo conozca, pueden elegirse entre media docena con iguales posibilidades de acierto."¹⁰¹

Sólo muy recientemente, se pudo saber con un mayor grado de certeza el lugar más probable del primer desembarco europeo en la hoy América; hacia 1989, tras largos estudios de las corrientes y derroteros, así como de las cartas de navegación del Almirante, Joseph Judge, director de la National Geographic society, de Washington, D. C.; afirmó que una pequeña isla de las Bahamas llamada Cayo Samaná, fue la originalmente llamada isla de San Salvador. Descartó la validez de la teoría que sostenía que la isla Watlings, era este lugar, ubicada también en las mismas Bahamas.¹⁰²

Naturalmente, lo anterior sólo son investigaciones muy recientes, lo cual demuestra el ahondamiento histórico de ciertas incógnitas en el proceso de descubrimiento, cuestiones más bien ignoradas, pero que tenían verdades tradicionales como el hecho de afirmar que la isla a la cual llegaron los expedicionarios castellanos, era la Isla de San Salvador. Nuestros conocimientos actuales nos permiten saber con más precisión, sin embargo, para la historiografía del siglo pasado y para el saber histórico, eran criterios de verdad absoluta.

A pesar de la gran carga tradicionalista y de los límites impuestos a aquellas obras relacionadas a Colón, los reformistas tenían ciertas propuestas con respecto al descubrimiento de América. Fernández Duro, además de las reformas a los libros de educación y la corrección de exageraciones, recomendó exponer todos los retratos del almirante, de quien no conocemos el rostro a no ser por las difusas descripciones de Fernando Colón y del Padre Las Casas, fotografías de cada casa en donde nació y murió el descubridor, tantas como nacionalidades se le han

¹⁰¹ *Ibidem.* pp. 6, 7

¹⁰² Silvio Zavala, *El descubrimiento colombino en el arte de los siglos XVI y XVII*, 1era. Edición, Fondo de Fomento Cultural Banamex. México, 1991. pp. 31, 120, 121 y 122.

adjudicado, (aproximadamente 8 en Italia), los documentos productos de la fantasía de colombófilos trasnochados y los objetos raros y ridículos.

“Empero, ante todo, importa saber[...]¿qué es lo que vamos a **conmemorar** en 1892?”¹⁰³

Ya puestos a considerar el uso de las palabras, reparemos en el hecho de que Fernández Duro no dice festejar, sino conmemorar, en este caso resalta la intención de hacer memoria del acontecimiento de 1492 y no de festinar como en realidad ocurrió en todas partes. El objetivo, nos parece, era hacer conciencia e inducir la reflexión hacia el presente, ¿qué significaba América para el mundo finisecular del XIX? Si bien para los inmigrantes europeos era la tierra de las oportunidades o denotaba el probar fortuna y tal vez “hacer la América”, conceptualmente América reclamaba su gran ocasión para integrarse al progreso mundial y reivindicar su historia de exclusión del gran futuro universal, sólo reservado para algunos europeos y los estadounidenses, cuestión que no contestó ninguno de los reformistas, mucho menos los tradicionalistas.

Tratando de contestar lo anterior, abordaremos un texto escrito en México, destinado exclusivamente a cubrir la ceremonia de inauguración del monumento a Colón en la antigua estación ferroviaria de Buenavista; la fecha, el 12 de octubre de 1892; el orador, el secretario de Fomento y Educación, José Joaquín Baranda. Tal vez el lector se pregunte por qué incluir a un texto oficial dentro de la corriente reformista, sin embargo, el propósito que se pretende es el de llevar más allá la propuesta de los reformistas y ver cómo se aplicaba la intención de equilibrar la figura y el descubrimiento de América.

La visión porfiriana del destino americano, en gran medida liderado por México, establecía una ponderación pragmática entre glorificar al descubridor al cual no se le regateaba el honor de serlo y la idea del descubrimiento en ese

¹⁰³ Cesáreo Fernández Duro, *Op. Cit.* p. 15 (*las negritas son nuestras para resaltar la palabra ante el lector*)

momento para las élites gubernamentales, sin preguntarse siquiera si era o no el centenario del personaje o del hecho descubridor.¹⁰⁴

Como parte de un discurso oficial, Baranda intentó involucrar a las clases bajas y altas en el proyecto festivo; porque para la junta colombina de México, cuyo presidente era el mismo Díaz, la conmemoración centenarista en México obedecía sin ninguna duda a las peticiones populares, consistentes en celebrar el Centenario del Descubrimiento de América y festejar a Colón. Claro que ello es más bien discursivo dado el carácter siempre abstracto del llamado “pueblo”. Acerca de las intenciones del pueblo mexicano, Baranda argumentaría que éste comprendía a los grandes hombres y glorificaba sus hazañas presentes y pasadas.

José Joaquín Baranda haría de la llamada fiesta universal, un lugar donde México tenía cabida dado su cosmopolitismo, propio de las naciones “ilustradas” a cuyo seno pertenecía el país por méritos propios, sostenidos a su vez por la cantidad de inversiones y su apertura al extranjero. Un México, pues, convencido de sus posibilidades y creyente en las oportunidades ofrecidas por los mercados de materias primas: el gran cuerno de la abundancia se traducía en alabar a España por la civilización, por haber financiado el viaje del almirante; aunque, aclararía, el descubrimiento fue el producto de un largo proceso evolutivo del progreso tecnológico, mismo que preparado a ello, alcanzaría su cúspide primera con la llegada a América y la vinculación humana “obedeciendo a la ley del movimiento y de la renovación[...]”¹⁰⁵

Baranda se refería a que el descubrimiento de América había sido el resultado de un conjunto de avances en todos los órdenes científicos, específicamente en el ámbito de la ciencia náutica, pues desde los inicios de las

¹⁰⁴ Un momento muy importante para el programa de gobierno porfirista; cabe mencionarse la relación entre las festividades centenaristas y las elecciones federales de 1892.

¹⁰⁵ José Joaquín Baranda, *Discursos y poesía a Cristóbal Colón*, Imprenta de Francisco Díaz de León, México, 1892. p. 4. La poesía fue hecha por Justo Sierra y aunque era un trabajo de juventud, sirvió para los propósitos del momento.

travesías marítimas, iniciados en la antigüedad con los fenicios, seguidos por los habidos en el siglo XV por los portugueses, se habían desarrollado avances que posibilitarían los viajes colombinos; esto anterior complementaría su idea de “movimiento y renovación”, pues el descubrimiento americano era obra de lo más evolucionado en cuanto a la ciencia se trata y también en cuanto al espíritu humano se refiere; naturalmente, Cristóbal Colón sería el representante de ese espíritu superior y perfeccionado. Así, los motivos del Almirante y los castellanos en la empresa descubridora serían: la conquista de los mares, la vinculación de la otra mitad de la humanidad; así como llevar la evolución y el movimiento del espíritu humano a sus consecuentes estadios superiores.

En cuanto al primer aspecto, al contrario de lo creído comúnmente, España se encontraba preparada para la conquista transoceánica dados los adelantos en la navegación de la talasocracia catalana y lo anteriormente dicho con respecto a los avances precedentes en la navegación; la marcha evolutiva de tales elementos contarían con la unidad nacional española gracias al enlace de Isabel y Fernando. No obstante, la ciencia empírica de Colón no habría tenido sentido sin las anteriores características españolas, por lo cual, para Baranda, no valen de ninguna manera todas las incertidumbres historiográficas y menos las cuestiones legendarias, como dirían los tradicionalistas: consagradas por la tradición y la costumbre.

“Cansado e inútil fuera seguir al descubridor desde su nacimiento, al que por cierto no precedió ningún augurio de los que la vulgar superstición ha solido rodear la cuna de los varones ilustres; ni desde su infancia y juventud, en las que nada hubo de maravilloso[...]¹⁰⁶”

Como es de observarse, es notoria la objetividad en el abordaje de la leyenda colombina en tanto los hechos vulgares, comunes y corrientes, no encajan en los

¹⁰⁶ *Idem.* p. 7

parámetros discursivos de Baranda para el hecho de 1492; aún más éste reconocerá tempranamente la aporía establecida por O'Gorman, pues Baranda niega que el Almirante buscara tierras americanas, cuestión por la cual insistirán por comodidad, la mayor parte de los autores mexicanos. Pese a ello, Baranda no escapa al substancialismo: América existía desde antes como un ser ontológicamente determinado, era virginal y con los brazos abiertos, esperando a los elegidos para brindarse. Anotando esta contradicción discursiva, procedió, Baranda, a evitar explicar científicamente el descubrimiento de América, no ya como un hecho producto de la interacción entre la corona española y Colón, sino como resultante de un factor que rebasaba a aquéllos dos y que era el verdadero hilo de la evolución descubridora: la ciencia y la tecnología; por ende, la llegada de Colón entraba en el escenario como una simple casualidad.

“Porque la ciencia lo había negado, la tradición se había perdido y sólo queda la casualidad como único factor de esa epopeya; pero la casualidad se llama en este caso Cristóbal Colón.”¹⁰⁷

Haya algunos descubrimientos e inventos hechos por el azar, por la casualidad, sea esto por accidente: no podemos negar que el ser humano y la construcción de su mundo han avanzado en algunas ramas del conocimiento, mediante el accidente, a través de un hecho fortuito pero irrepetible en la naturaleza misma: por ende, tenemos que descubrimiento y Almirante, fueron únicos, irrepetibles, es decir, un par de accidentes que hicieron progresar a la humanidad y ensancharon el conocimiento del mundo. Por tal motivo, para Baranda, es innecesario romperse la cabeza tratando de demandar una explicación a los sucesos, porque si llevamos el hecho hasta el terreno de la comprobación científica, el verdadero descubridor de América fue nada más ni menos que Américo

¹⁰⁷ *Ibidem.* p. 10 Al hablar de tradición, Baranda hace referencia a los famosos versos de la Medea de Séneca, lo cual según la época, implicaba que, en determinado momento, el mundo de la antigüedad tenía noticias de la existencia de tierras occidentales.

Vespucio. Como en realidad sabemos, fue este vilipendiado personaje quien ocupara uno de los lugares menos envidiables dentro de la leyenda colombina y la historiografía decimonónica, pues fue el plagiario de la gloria descubridora no gozada por el Almirante y que queda en la incertidumbre de su ceguera final.

Omitiendo las dificultades filosóficas, el discurso de Baranda prosiguió su camino pragmático: la cuestión no del cómo sino el para qué se descubrió América era en realidad lo más importante en elucidar y desde luego, enlazar las festividades y resaltar a través de la misma la política exterior económica del porfiriato. Así, el Nuevo Mundo era una tierra de oportunidades, tierra de libertades y de encuentro de las culturas; aunque tales características eran inherentes a América desde antaño, pues según Baranda, algunas evidencias existían en las construcciones mesoamericanas del contacto entre chinos, fenicios, japoneses y normandos con las culturas indígenas de América. Rescatemos sin embargo, la idea vendible de que este continente por su naturaleza misma y su propio “sino” estaba llamado a jugar un papel importante e inclusive, determinante, en el curso del mundo porque:

“[...]la América descubierta por el catolicismo más intolerante, ha sido la tierra de la promisión para los perseguidos por la intolerancia y la tiranía, y con los atractivos de la libertad y el medro, ha establecido esa corriente de inmigración que día a día aumenta y vigoriza sus elementos de prosperidad y engrandecimiento.”¹⁰⁸

Agreguemos a lo anterior, las virtudes colombinas en el ámbito individualista: la industria y el comercio; tendremos entonces una lectura muy simple pero no menos reveladora, la unidad del mundo se había logrado gracias a la libre iniciativa de Colón, cuyas características personales iban más acordes para simbolizar la libertad del comercio, la libre inversión, las iniciativas modernas de los países en desarrollo; si desde sus orígenes la América había decidido “abrir” sus brazos virginales a un personaje que, por sus características individuales, era la

¹⁰⁸ *Ibidem.* p. 12

encarnación del espíritu de tal ente metafísico, entonces estamos hablando de que el destino del continente era el mismo que originariamente se le había conferido. Los componentes del capitalismo imperial de fines del siglo XIX.

Para comprender esta concepción, nada mejor que remontarnos un poco al año de 1892, cuando se especulaba en cuál lugar se unirían los dos océanos: los candidatos eran Nicaragua, Panamá y el Istmo de Tehuantepec. Los posibles países sedes deseosos de alcanzar tal proyecto tenían que mostrar al mundo una imagen de progreso y proponerse como la mejor expectativa para cerrar al mundo "en un estrecho abrazo". En este caso, haciéndose portavoz del pueblo de México, siempre entusiasta en las fiestas y digno representante de los países ilustrados, el gobierno porfiriano procedió a alimentar la idea de que México, por ser geopolíticamente hablando, el primero de norte a sur, merecía ser quien uniera al mundo por la mitad de su territorio, en tanto esto era el mejor homenaje al Almirante de la mar océano, porque equivalía a continuar su obra metahistórica: unir los mundos.

"No es este pequeño homenaje de un pueblo agradecido que profesa el culto universal de la civilización, el que merece la hazaña que recordamos[...]el imponente rugido de dos océanos que aún no han fundido sus aguas por Panamá, pero que en breve se estrecharán la mano por Tehuantepec[...]el himno solemne de millones de hombres entonan a la libertad y el trabajo[...]este es el único monumento digno del descubridor de América;"¹⁰⁹

Lo anterior es uno de los mejores ejemplos de la utilidad de la figura colombina y de los festejos del cuarto centenario dentro del pragmatismo político, pues más que un recordatorio histórico la obra es una propaganda dirigida al extranjero, motivándolo a adquirir beneficios y rentabilidades de las riquezas quiméricas de aquel joven país. No es sorprendente la actitud del gobierno mexicano, cuya explicación la tenemos en el pragmatismo porfirista, quien

¹⁰⁹ *Ibidem.* p.14

siguiendo las leyes de movimiento y rotación (usadas en el discurso por Baranda), dialéctica barata, pone énfasis en el presente y los beneficios que arrojarían, en un futuro próximo, los festejos en el ámbito internacional: el objetivo era hacer del pasado algo práctico y activo a fin de renovar a la sociedad mexicana y hacerla progresar como producto de las leyes naturales del progreso selectivo, darwiniano.

Patente es la intención gubernamental, no obstante, debe aclararse el carácter optimista y ambicioso del discurso porfiriano, el cual quizá no encaja con la historiografía revisionista y se integra al utilitarismo sufrido por la imagen colombina en su centenario, cuestión en la cual devino la pretensión de conmemorar el descubrimiento de América. Afortunadamente, los dos océanos nunca se dieron ese “estrecho abrazo” en México promovido por la dictadura porfiriana, el gran honor le tocó a Panamá.

En conjunto, podemos advertir grosso modo la existencia de un serio esfuerzo por parte de algunos autores por lograr la unidad historiográfica por cuanto tocaba al descubrimiento de América; empero, algunos de ellos como Fernández Duro, notaron hacia 1889 que los esfuerzos serían inútiles en forma inmediata, pues la desacralización de la figura colombina se sustituía con la creación de nuevas leyendas, como la reina Isabel de castilla, la exaltación de las órdenes religiosas y de los lugares donde había pisado, dormido o cualquier otro asunto el Almirante.

A pesar de todo esto, debe rescatarse la noción de separación entre la vida del personaje y el descubrimiento de América; así mismo el haber desarrollado un marco contextual explicativo, el cual contribuyó a hacer más objetivo el panorama historiográfico, aunque como resistencia a lo tradicional tardaría tiempo para rendir frutos palpables. Mientras tanto, las versiones explicativas inmediatas seguirían sustentándose en “la tradición consagrada por el tiempo”.

Los ejemplos sobran y de ellos tomaremos como punto de continuación, la historiografía más constreñida a perpetuar la imagen colombina tradicional: la católica; cuya interpretación fue más una hagiografía que una historia del descubrimiento.

3.- AMÉRICA Y LA SEGUNDA REDENCIÓN DE LA HUMANIDAD.

3.1.- Interpretación de la historia del descubrimiento de América, según la visión católica hacia 1892.

En una de las tantas encíclicas publicadas por León XIII, antes de 1892, el pontífice definió perfectamente la imagen que el catolicismo tenía de Colón: *Colombus Noster est*: el Almirante era de la iglesia.

La personalidad del sucesor de San Pedro definió la línea a seguir en muchas de las actitudes de la iglesia católica ante el mundo secular; entre éstas se encontraba la recomendación de contemporizar las ideas científicas y las ideas religiosas. La intención era no contraponerse al progreso material sino alcanzar un punto medio aristotélico, situando a la ciencia como el producto último de la sabiduría de la providencia.

Así mismo, la iniciativa especificaba limpiar de toda imagen de retrogradismo que pudiese afectar a la iglesia católica; por ende, se procedería a glorificar a todo aquel personaje ilustre dentro de los servicios de la evangelización, pues:

“Es necesario[...]que los católicos hagan punto de honor en no repudiar los esplendores del verdadero saber y en buscarlos. Lejos de derribar los dogmas sagrados, le da un maravilloso acrecentamiento de claridad, puesto que unos y otros derivan de Dios, autor de la revelación y causa del universo.”¹¹⁰

La encíclica publicada el 2 de noviembre de 1889, año 12 del pontificado de León XIII¹¹¹, confirmaba que todo conocimiento lo aceptara y supiera o no, provenía de un principio superior: la divinidad como motor de todo fenómeno y conocimiento. Era notoria la necesidad del catolicismo por convertirse en la

¹¹⁰ *El Tiempo*, 1889. “Encíclica Papal”.

¹¹¹ Gastón Castilla, *Historia de los Papas*, 2da. Ed., Espasa-Calpe, Vol. III, Madrid, 1970. pp. 7 a 18.

poseedora de la mediatización entre la personalidad de Colón y el descubrimiento de América.

Dentro de este esquema la imagen colombina era la del vivo perfeccionamiento humano, dócil ante los dogmas religiosos, pero también digno merecedor del martirio con el objetivo de lograr su objetivo inicial: extender el evangelio redimiendo a la otra parte de la humanidad, ya que:

“ [...]todas las obras divinas sufren contradicciones en este mundo[...]su amargo desamparo[...]y las sombras con que los postreros queremos obscurecer su inmaculada frente[...]prueba que su empresa no fue humana y que el inmortal Colón fue un santo, un mártir y un colaborador de la redención divina[...]”¹¹²

Suficiente como para olvidar todos los “pecados” sacados a la luz por la historiografía secular, no sólo por los tradicionalistas, sino aún más por los revisionistas.

De la anterior profesión de fe del Almirante, los círculos católicos sostendrían amplias discusiones en los diarios por justificar e impulsar la candidatura de Colón a santo; en esta dirección, el catolicismo enfocó sus baterías a combatir todas aquellas interpretaciones no adecuadas a la gloria del inmortal descubridor, sobre todo cuando se trató de encerrar la imagen colombina en el status de genio científico y libertador del espíritu humano de las cadenas de la ignorancia pendientes del oscurantismo católico. Por ejemplo, una vertiente del positivismo comtiano, ejercido en Chile, consideraban a la iglesia católica como el cómplice del militarismo que impuso la conquista del continente; esta condescendencia religiosa con la violencia del conquistador español había subsumido en el atraso a los

¹¹² *El Tiempo*, La canonización de Colón, 8-VII-1892.

indígenas americanos; hasta que la "nueva religión de la humanidad", el positivismo, había aparecido para liberar a la humanidad del lastre religioso.¹¹³

A ello, la iglesia católica contestaba a los que en México se atrevían a calificar a Colón como agente del progreso, considerando menester la urgente santificación de Colón, dadas sus virtudes y su martirio en vida. Así, la frase del pontífice, marcaría las intenciones de la iglesia: cuando se homenajeara a Colón en cualquier parte de la tierra y por cualquier institución y gobierno, indirectamente se estaría reconociendo el papel importantísimo de la iglesia católica como elemento civilizador. La perspectiva, claro es, se encaminó a volver al Almirante un bien mayúsculo de aquella.

“¿Qué hará el catolicismo? ¿permitirá que públicamente sea desnaturalizado el héroe apostólico? ¿sufrirá en silencio que se trate de agente del progreso, de aventurero, afortunado, al instrumento de la divina providencia, al embajador de Dios?”¹¹⁴

Columbus noster est, en efecto, de nadie más, ni de positivistas ni de liberales y menos de los reformistas, empero la canonización (que hasta la fecha no se ha llevado a cabo y tal como van las cosas así será por mucho más tiempo) del posible santo no se llevó a efecto.

El proceso iniciado en Lyon por el cardenal Donet, proseguido por el obispo mexicano, el poblano Pelagio Labastida y Dávalos y apoyado por las ideas del conde Roselly de Lorgues, no progresó en tanto la opinión de los historiógrafos colombinos, tradicionalistas y reformistas habían aceptado la ausencia de intervención divina en el descubrimiento americano, o si lo hacían, descartaban el móvil de la evangelización, el rescate de tierra santa o el engrandecimiento de la

¹¹³ José Enrique Lagarrigue, *Homenaje tributado a Colón en la Sociedad Positivista*, Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1892. pp. 11 y 12.

¹¹⁴ *El Tiempo*. "La canonización de Cristóbal Colón", rectificación histórica en *La Voz de México*, 14-VII-1892. Las negritas son nuestras.

iglesia católica. Aún más, tales intelectuales, despreciaban la influencia del espíritu católico en el ánimo de Colón al buscar las tierras indias. Así mismo, no debe descartarse la habilidad de León XIII para, desde su posición, utilizar todos los medios a su alcance para lograr la recuperación de su poder temporal en Italia y su prestigio como árbitro en la Europa de fines del siglo XIX.

“Aferrado a los mismos principios que Pío IX –los papas mueren pero no el Papa- no cedió en lo fundamental sino que cambió de táctica y de tono; supo sacar a la iglesia de su aislamiento político y llevar a cabo un intervencionismo social tan provechoso para él como para los gobiernos y los pueblos.”¹¹⁵

Poco antes de la promulgación de la encíclica en la cual ordenó alabar la gloria del Almirante, vinculándola con el catolicismo en todas las misas del 12 de octubre de 1892; el 10 de junio de 1889 el poder civil y el eclesiástico, tienen una vez más la posibilidad de enfrentarse: la monarquía italiana inauguró la estatua de Giordano Bruno¹¹⁶; las sociedades masónicas desfilaron frente al monumento insultando al Papa y lanzando vivas a la monarquía liberal de Víctor Manuel II.

Como hemos podido observar, la postura de la santa Sede obedecía a objetivos más bien terrenales poco espirituales; es claro que se pretendía restaurar los privilegios; para ello, tomaron a cualquier personaje con nexos dentro del catolicismo, de preferencia sobresaliente en la historia; esto con la finalidad de hacer participe a la iglesia de las glorias históricas del elegido ganando publicidad así como espacios políticos.

Así, el Almirante de la mar océano a la vez de haber descubierto América, había llevado la verdadera religión y los católicos, desde Roma, se permitieron utilizar la

¹¹⁵ Gastón Castilla, *Op. Cit.* pp. 7 a 18.

¹¹⁶ Giordano Bruno (1548-1600) es considerado como precursor de la filosofía moderna, pues entre sus múltiples especulaciones filosóficas, se encuentra la idea de la infinitud del universo y la multiplicidad de los sistemas solares; sus obras, consideradas heréticas, le llevaron a comparecer ante el Santo Oficio y finalmente, le valieron la hoguera el 17 de febrero de 1600.

etimología del nombre de Colón, Cristóbal, para conseguir un efecto profundo en la exacerbación del personaje dentro del catolicismo; el *Cristo ferens* o Portador del cuerpo de cristo¹¹⁷, sellaba del todo la relación entre Colón y la providencia y su elección como descubridor casual, pero encubierto y auspiciado por la divinidad.¹¹⁸

Las intenciones literales del papado eran claras, la moralidad cristiana haría suya la figura colombina por cuanto éste había manifestado, ampliamente, en sus cartas a los Católicos las intenciones de ofrecer las tierras descubiertas (aunque nunca menciona a América como ente a descubrirse) a la salvación de la verdadera religión. Así, la imagen colombina como se va aclarando va siendo fragmentada y puesta al microscopio, cada aspecto de su vida y diseccionada aquella parte religiosa suya, para hacer de los fragmentos, totalidades.

Como anteriormente se explicaba, el Papa encabezó antes que otros, la disputa por la pertenencia de la figura colombina. Dentro de los festejos de 1892, todas las diócesis católicas recibieron el orden de cantar los *Te Deum* en honor al descubridor, puesto que “[...]para celebrar dignamente y en armonía con la verdad histórica, es fuerza[...]que al esplendor de la pompa civil acompañe la santidad de la religión.”¹¹⁹

La verdad del catolicismo tenía su propia versión e interpretación de la hazaña colombina, aunque claro, su verdad difería de las explicaciones convencionales y tradicionales en cuanto al papel de la ciencia en el proceso del descubrimiento. Veamos y ha de advertirse la implementación de múltiples vericuetos y enredadas explicaciones con pretensiones de filosofía.

¹¹⁷ Felipe Fernández-Armesto, *Colón*, Barcelona, Cátedra, 1992, pp. 143-145

¹¹⁸ Algunos estudiosos de la lengua y las etimologías, como Menéndez y Pidal o Salvador de Madariaga, fueron más lejos en la interpretación del nombre de Colón: llegaron a vincularlo con los judíos sefardíes expulsados de España en 1492, justo antes del viaje de Colón. De tal manera, se inauguró una tendencia que hizo de nuestro personaje ya portugués, francés, español, británico, etc. Empero, sirve como ejemplo de lo que llegó a hacerse para llevar hasta el paroxismo la festividad colombina y muestra el oportunismo que el mismo Fernández Duro y otros en México criticarían ampliamente.

¹¹⁹ El Tiempo, Enciclica de su Santidad León XIII, 11-VIII-1892.

En octubre de 1892 se celebró el Congreso Católico Español de Sevilla; múltiples fueron en él las sesudas exposiciones apologéticas de la figura colombina y la religión católica, así como la defensa del Papado. No obstante, para muestra basta un ejemplo. El Archipreste de Sanlúcar discurrió acerca de la influencia del espíritu cristiano en el ánimo de Colón para la realización de su empresa; Francisco Rubio Contreras, nombre del Archipreste, reconocerá los beneficios del progreso material y científico a raíz del descubrimiento.

Sin embargo, el discurso de Rubio Contreras es muy elaborado; en éste se mezclan conceptos teológicos y científicos, aunque pone más acento en explicarnos el por qué la humanidad no logra comprender la contradicción entre los reales objetivos y el resultado del viaje colombino. La cuestión es sólo de fe. En efecto, el Almirante había creído en la existencia de la otra humanidad a redimirse del pecado, de ahí el encubrimiento de su real objetivo y su alianza con otro espíritu superior, Isabel la Católica. Entre ambos planearán regresar Tierra Santa al catolicismo. De esta manera, de su explicación no debe de exigirse mayor profundidad explicativa, pues en el fondo todo quedaba claro mediante la apelación a la fe. Por otro lado, aquí la trampa de la interpretación católica: también la Razón tenía cabida dentro del proceso cognoscitivo del propio Dios, pues era la manera inequívoca de comunicación entre los deseos divinos y la acción humana. El producto de esta unidad era la conformación de la genialidad, porque el genio poseía un espíritu especial. El genio era Colón y porque tenía al espíritu católico como principio rector, siendo lo anterior una consecuencia de la acción divina sobre el ser humano, a través de ello se generaban ideas superiores, proyectos sobrehumanos cuya realización exitosa dependían de la fe de quien los ejecutara, pues como argumentara Rubio Contreras acerca de esto:

“Y evidentemente Colón es el hombre de la providencia y su genio es el genio de la cruz, el genio de la fe, el genio del cristianismo por él formado, sostenido, coronado.”¹²⁰

La idea de descubrir América era un impulso natural, procedente de la naturaleza del genio, aunque para poder llevarlo a la práctica era menester aprovechar la ciencia del momento y como la idea estaba peleada con el sentido común del siglo XV, todo mundo tildaba de loco a nuestro personaje.

Contrariamente a lo expuesto por la historiografía secular, el catolicismo invocó la creencia en la existencia de fuerzas misteriosas y pasionales en el descubrimiento de América; el amor, el odio y la envidia hacían de la historia una lucha entre el bien y el mal, el resultado era el progreso de la humanidad, así como la civilización del mundo. De tal modo, argumentando, la preeminencia de la fe sobre la razón y la participación de los sentimientos, la iglesia católica intentó explicar y competir con la Nueva Religión de la Humanidad: el positivismo, corriente intelectual que consideraba caduca a la institución eclesiástica. Todo esto encaminado a renovar la idea del cristianismo como abanderado de las obras civilizadoras, o sea, el progreso tan defendido en el siglo pasado.

En el ámbito cultural, además de hacer gala de un eurocentrismo desmedido, pero propio de la época, Rubio Contreras coloca al mundo en peligro de desaparición si no se entendía la labor clerical y eclesiástica de la institución católica, comprobadas con el descubrimiento de América.

“En Europa, en nosotros, en nuestra frente y en nuestro corazón. Somos la ciencia, somos la razón, somos el mundo, somos el hombre. Todo está en tinieblas, muerto...para explicar los destinos de los pueblos de Europa[...]de toda su cultura,[...]es forma esencial y causa única el espíritu cristiano[...]ese es el génesis

¹²⁰ Francisco Rubio Contreras, *Discurso sobre la influencia del espíritu cristiano en el ánimo de Cristóbal Colón*, Sevilla, Imprenta de E. Rasco, 1893. p. 14

del descubrimiento de América."¹²¹ La vida histórica, la vida espiritual y la unidad total de la humanidad restante provenían de la acción del catolicismo. Los conceptos de cultura y civilización se entendían como la unidad de todos los criterios y principios evaluadores de toda nación, estos nacían de la Europa occidental y en los Estados Unidos de Norteamérica; la unidad desconocía la emergencia del otro como tal, de ahí que el centenario colombino haya sido rico en manifestaciones de alabanza a la cultura llegada de allende el Atlántico; pensándose en el reconocimiento y el provecho resultante a posteriori para los artífices del transporte de la cultura: para los católicos implicaba exigir el reconocimiento de su papel en la cultura mundial, sobre todo ante la devaluación de sus principios en el mundo secularizado de occidente.

Muy en el fondo, se efectuaba un reclamo al materialismo y al espejismo del progreso finisecular. El optimismo de las editoriales del periódico mexicano, *El Siglo XIX*, contrastan con la preocupación católica no menos válida, ante la carrera de la Paz Armada y la llamada "cuestión de Oriente". Si anteriormente, Colón, había salvado la civilización occidental con el descubrimiento americano; el reconocimiento y recirculación de los valores católicos, sólo éstos, podían evitar el desastre, el presagio de la gran guerra, ya que...

"[...]al asociarse a sus glorias (las colombinas), continúa su obra y la reproduce. La iglesia ejerce hoy la misión que ejercía en el siglo XV, descubriendo con Colón un mundo. Hoy, como entonces, el mundo está en tinieblas."¹²²

La misión colombina fue entonces la de unir al hombre con el otro hombre, una empresa exigente de amor al prójimo. No todos, dice Rubio Contreras, estaban en posibilidades de comprender el proyecto Civilizadorio del Almirante; únicamente quienes, digamos, estaban en sintonía espiritual: los frailes Marchena,

¹²¹ *Ibidem.* pp. 17 a 19.

¹²² *Ibidem.* p. 51

Juan y Antonio y desde luego, Isabel la católica y España, campeones de la cristiandad. El discurso católico no está libre de nacionalismo, así las glorias centenaristas también correspondían a la civilizadora por destino providencial, pues el espíritu colombino, católico, no hubiese podido desarrollarse sin la tierra ibérica también predestinada a sufrir los embates de las fuerzas oscuras de los enemigos de la verdadera religión "Y esa España y esa reina, creación y encarnación del espíritu cristiano, fueron el brazo de la providencia para el descubrimiento de América."¹²³

América entonces, perdida en el pecado original; alejado de la verdad en el siglo XV, pero colonizada y redimida -de ahí la idea de llamar a Colón, el Segundo Redentor de la humanidad- por la institución religiosa, la cual llevó las bases de la civilización a los aborígenes americanos. El título de Segundo Redentor, le vino puesto por analogía con el martirio sufrido por Cristo, quien redimió a la humanidad y la salvó, de la misma forma, dirían Rubio Contreras y las editoriales de *El Tiempo*: Colón había redimido a los aborígenes americanos y llevado el proyecto civilizador católico.

Por cuanto corresponde a la imagen en sí misma del Almirante, a riesgo de abundar en descripciones inútiles dignas de la hagiografía, se reconocieron en él toda suerte de virtudes teologales; olvidaremos los defectos de carácter porque sólo fueron pruebas de la divinidad y porque se le atribuyó madera de santo al descubridor y para completar su destino, la santidad, le rodeó de enemigos y soledad.

La convencionalidad del discurso de Rubio Contreras, estriba en usar todas las consabidas pruebas de la bondad de Colón, combinada con la elaboración de un sistema epistemológico para explicar por qué la razón es mero reflejo de la naturaleza de la mente humana sin la participación de la fe. Así como el Almirante en el siglo XV, tildado de loco y visionario iluso, a fines del siglo pasado la iglesia

¹²³ *Ibidem.* p. 31

también era despreciada en su llamado a la cordura y a la paz en Europa; presagiando una guerra de largo alcance en sus consecuencias, intentó usar el concepto y lo emblemático de la figura de Colón para advertir el juego peligroso de la banalidad del progreso si no iba acompañado de las virtudes religiosas; aunque es un claro documento que llama a la revaloración de la institución católica, nos deja sin respuesta real del proceso aporético del descubrimiento; sin una valoración coherente de la personalidad del descubridor y se limita a equiparar la suerte de éste con la de la iglesia católica posterior a su separación del Estado. Aún así la misión milenarista fue, en concreto, la finalidad colombina y se hizo patente en la anteriormente citada frase de León XIII.

No obstante no todas las digresiones católicas fueron apegadas a respetar la línea "racionalista" de aquél, pues existieron otras corrientes dentro del catolicismo caracterizadas por su dispersión teórica y por su abundancia en los mismos tratamientos del tema colombino con tradicionalismo, nacionalismo y regionalismo colombófilo, cuestión criticada por Cesáreo Fernández Duro en la obra referida anteriormente.¹²⁴

El 12 de octubre de 1892, en el templo de San Esteban de Salamanca, el P. Paulino Álvarez, dio lectura a su *Oración Apologética*. En dicha obra se muestra el espíritu intransigente con toda corriente alejada del catolicismo y se denota el mejor ejemplo de la pugna por la apropiación de la figura y las glorias de Colón, entre las órdenes religiosas en España, cuestión que también puede corroborarse por los artículos referentes al tema, publicados por *El Tiempo*; en este caso, el pequeño discurso de Álvarez corresponde a la apología y glorificación de la orden

¹²⁴ Franciscanos y dominicos pelearon los honores de haber sido los mejores y más cercanos colaboradores de Cristóbal Colón; lo mismo sucedió a nivel regional e internacional. Sevilla, Cadiz y Huelva, por haber sido los centros del viaje en sí; Italia por haber sido la cuna del descubridor; España orgullosa de promover el mismo viaje y Estados Unidos de Norteamérica por convertirse en la real encarnación de los deseos y aspiraciones del Almirante: la verdadera América.

de los dominicos como pilares del descubrimiento de América y los primeros y fundamentales en la vida de Colón.

Si bien anteriormente el espíritu cristiano era todo el sustento de Colón, ahora, Álvarez Paulino abriría la discusión acerca de cuál de las órdenes monásticas había ayudado más al Almirante. Previamente, la historiadora Emilia Pardo Bazán, en su conferencia en El Ateneo de Madrid en enero de 1892, había resaltado la labor de apoyo y de evangelización de los franciscanos, llegando inclusive a afirmar que el sacerdote de la misma orden, Raymundo Lulio, mediante ciertos cálculos y mediciones ignoradas, había resuelto la existencia de tierras entre las costas europeas y asiáticas. Álvarez, por su lado, privilegiaría el papel de la orden dominica y encomia la labor del Padre Deza y de Fray Antonio de Marchena, dominicos; uno, como el influyente y docto salmantino que confirmó las apreciaciones de Colón en la junta de la localidad, lo cual sabemos que no es del todo exacto por decirlo así; el otro, como confesor de la Católica y quien detuvo a Colón en su camino a Inglaterra cuando éste iría, hipotéticamente, a ofrecer su proyecto (Álvarez diría que a ofrecer el continente) a la monarquía sajona. Gracias a ellos, afirma el autor, se dio el primer paso a la segunda redención de la humanidad.

“Él fue (Deza), por lo tanto, y **no otro**, el que a Colón dio crédito y honra ante los monarcas y a éstos les hizo resolverse a tan grande empresa.”¹²⁵

Es claro que al hacer énfasis en que fue Deza y no otro, nos está remitiendo a la pugna y además abre campo para inferir la relación tirante entre los dominicos y franciscanos; así mismo nos demuestra el grado de atomización de las diferentes tendencias, cada una intentó apropiarse lo más posible de la figura colombina. Tal vez para estos momentos representase simbólicamente un gran blasón a sus

¹²⁵ Álvarez, Paulino. *Colón, Oración Apologética*. Tipografía del Santísimo Rosario, Salamanca, 1892. pp. 23, 24. Las negritas son nuestras.

méritos y un timbre de orgullo a su historia. Aunque por otra parte se muestra una utilización de las órdenes religiosas para fomentar el orgullo nacionalista español. Todo esto dentro del clima de reconciliación entre la madre patria y Europa; la exaltación nacionalista nos revela a una España que pretendía estar totalmente preparada, con base en su larga tradición guerrera y cristiana, civilizadora, para recuperar su influencia moral, liderando a los países hispanoamericanos en la recuperación de los espacios perdidos durante el siglo XIX.

Dado que el descubrimiento de América era un premio a la tozudez española, el imperio castellano había merecido la grandeza de su historia y a esa grandeza correspondía Cristóbal Colón.¹²⁶

El descubrimiento americano fue entonces, una gran epopeya plena de heroísmo evangélico; de tal manera el Almirante Colón tenía conocimiento de América en virtud de revelaciones oníricas, en una de sus cartas dirá haber soñado al mismo Dios señalándole la razón de su viaje. No hace falta saber acerca de la predestinación de nuestro personaje, aunque sí destacar sus objetivos profundos; según Álvarez, más que descubrir, la misión colombina era llevar a los dominicos a redimir a la humanidad infiel en manos del demonio; aún más la metahistoria era la unidad final de toda la raza humana escindida durante el conflicto entre los humanos y su Creador. La unidad bajo el cristianismo era manifiesta¹²⁷, pues antes de la llegada colombina, que no europea, habíase efectuado un predescubrimiento y una preevangelización; esto ocurriría en América del norte, según Álvarez, en Groenlandia, donde había existido un monasterio de origen dominicano.

“Con el descubrimiento de Colón se puso el Nuevo Mundo en comunicación con el antiguo[...]mas no por esto deja de ser cierto que la América del norte había sido ya descubierta, colonizada y evangelizada por los europeos del siglo IX[...]se

¹²⁶ *Ibidem.* p. 19

¹²⁷ Según el autor del discurso, con base en descripciones e investigaciones de algunos escritores católicos.

habla de misioneros, obispos, iglesias y conventos[...]lo cual viene a confirmar lo que las historias refieren de un convento dominicano fundado en Groenlandia en la misma Edad Media.”¹²⁸

Obviamente, no es necesario hacer caso de tales afirmaciones porque son hechas al calor de la fe y de la rigurosidad dogmática y de las manifestaciones propias del catolicismo del centenario colombino; en realidad, que sepamos, no hay ninguna comprobación de las supuestas misiones católicas en América antes de la llegada de Colón y los demás europeos.

Con la anterior afirmación de la preevangelización en Groenlandia, se eliminaban de tajo las versiones sajonas que comenzaban a vertirse y que afirmaban, con bases, la llegada de los normandos o vikingos antes de la llegada colombina, aunque retoma tal hipótesis en beneficio propio: sí había existido una especie de predescubrimiento, pero católico y más específicamente, dominico. Téngase en mente el asunto de la universalidad en la cristiandad, pues ello explicará las virtudes imputadas al descubridor el cual en este caso, poseía las virtudes morales clásicas; templanza, Valor, honestidad y prudencia; éstas se complementaban con las teologales, fe, esperanza y caridad. Todas ellas en conjunto, darían a Colón la conformación espiritual y moral para elaborar sus proyectos redentores; no se dudará en compararlo con el mismo Jesús, como ya se ha dicho...

“Porque el redentor de ese mundo no es un dios, pero es un hombre que lleva a Dios (el *criso ferens*)...No es el Cristo, pero tiene su nombre y no poca semejanza con Cristo en su vida.”¹²⁹

Así como la mayoría de los historiógrafos, Álvarez atenuó los defectos humanos del Almirante, arguyendo que la misión colombina sólo era descubrir y

¹²⁸ *Ibidem.* pp. 8, 9.

¹²⁹ *Ibidem.* p. 10. El paréntesis y la acotación son nuestras.

abrir la puerta a los evangelistas, aunque no estaba destinado a los gobiernos de los hombres; su santidad se lo impedía, casi porque su reino no era de este mundo.

Una vez cumplida la unidad humana, se había dado origen al verdadero imperio de la fe con sede en América y bajo la batuta castellana, no obstante, aquélla se vio interrumpida al principio de las independencias de las colonias castellanas en América; la ruptura con la madre patria dio al traste con el milenarismo español, pero, nos dirá apocalípticamente Álvarez, toda desobediencia tiene un castigo, todo pecado tiene su expiación: las continuas revoluciones, golpes de Estado y las condiciones deplorables de Hispanoamérica eran el castigo divino por la separación de España y haber roto la unidad del verdadero cristianismo.

“Ni de los mismos desafueros de los españoles malos pueden acusarnos los americanos ni naciones de Europa[...]puesto que en crueldades han aventajado a los peores de los nuestros[...]Hoy América, independiente de España, se ve convertida en campo de sublevaciones, pervertida por infernales sectas y sentenciadas a una muerte ignominiosa sus *miserables repúblicas; porque en Dios hay justicia.*”¹³⁰

América la irredenta y pecadora del siglo XIX. Era necesario regresarla al redil de la moralidad: he aquí el mensaje anacrónico de la historiografía católica del centenario colombino. Una vez despreciada la unidad católica y roto el imperio castellano, Colón y su cauda de virtudes debieron de regresar al lugar de donde procedía en espíritu: al seno de la iglesia católica. El nacionalismo español, es necesario aclararlo, vivió un espejismo en cuanto a la resurrección de sus glorias civilizadoras: cuando se festejó el cuarto centenario y salieron las réplicas de las carabelas el 3 de agosto de 1892, los Estados Unidos de Norteamérica, reconocerían el papel fundamental de España en la civilización de América: España entonces, pretendió revivir el imperio moral donde nunca se ponía el sol, sin embargo, el imperialismo norteamericano usó el empuje publicitario de la

¹³⁰ *Ibidem.* pp. 17, 18. Las cursivas son nuestras.

reconciliación entre España y sus excolonias. En 1898 con la explosión del Maine, el sol español se apagaría definitivamente en América, mientras seis años antes, el catolicismo, tanto en España como en México, intentó revalorar sus aportaciones ante las élites sociales, entre las más importantes estaba la civilización de la cual se sentía orgullosa la aristocracia porfiriana.

En pocas palabras, el Almirante llegó a la casi santidad. Exagerado en sus virtudes y alejado de toda maldad, el descubridor sería el catalizador de todo lo bueno y lo malo. Como se dijo anteriormente, cada aspecto de la vida colombina fue amplificado y hecho un todo, un todo martirizado y comparado con la situación de la iglesia católica a fines del siglo pasado, aunque perdiendo de vista la secularización de la sociedad occidental. Era muy tarde, para apelar a las viejas glorias católicas; de todas maneras, el catolicismo sólo procedió a enredar más la visión superficial de la verdad histórica, por lo cual, puede afirmarse que más que ayudar a la comprensión del ente americano y su sentido histórico, las corrientes católicas hicieron de América un concepto ambiguo, el cual radicó en pensarla como medio para lograr a través de ella, un apoyo dentro del intento de León XIII para recuperar el prestigio e influencia moral de la iglesia católica; en segundo término, el Nuevo Mundo estaba en peligro de perderse ante la entrada en escena del imperialismo norteamericano.

Colón, pues un santo sin beatitud; América de vuelta a su origen infamante, lejos de la verdad divina; sólo revivir los ideales de aquél podía rememorar el momento de la unidad y obviamente, replantear las alianzas en un mundo en donde éstas estaban de moda.

Finalmente, por cuanto corresponde a las interpretaciones de la iglesia mexicana con respecto a Colón en su centenario, sus discursos reprodujeron con menores recursos y menor calidad exegética, la vida del Almirante; inútil sería reproducirlos en tanto consideramos haber mostrado las características principales,

el estado de la cuestión, que presentaba la concepción de la figura colombina para la iglesia católica; no obstante, no está de más recalcar el papel que como medio fungía el Almirante y que reconocemos como parte de una estrategia de publicidad, de engrandecimiento y parangón de la religión frente a su salida histórica como eje rector de la moralidad y de los valores de occidente. De todas formas no se discutió el sentido de América para Europa, como concepto, como ser para, sino se le incluyó dentro de los cartabones del llamado progreso y la esperanza de que alguna vez se sumara a la civilización europea; así América, específicamente Hispanoamérica, sería considerada hasta donde comprendemos de nuestra investigación, una civilización menor, aunque útil por los productos que había y seguía aportando al mundo, una esperanza numérica por cuanto al número de católicos que había. Por todo ello, los prejuicios seguían en los artículos y la pugna por definir qué era lo civilizado, enterraba los esfuerzos por desarrollar otro tipo de interpretaciones alejadas de los cartabones del progreso. La tónica era de agradecer el progreso y la civilización; doliéndose se expresaría un poeta:

“Más hoy, ¿lo oís, naciones que en mi zona
crecisteis al amparo de su égida (la colombina)?

Estáis en descubierto con España:

¿Debéisle un mundo? Pues pagad su hazaña.”¹³¹

Al hablar de los distintos sentidos y de la carga religiosa que se le otorgó al descubrimiento de América, también hemos de abordar otro tipo de visiones utópicas e irrealizables, y a manera de comparar con otro tipo de exaltaciones, comentemos aquí un pequeño discurso aparecido en Santiago de Chile, justamente el año de la celebración cuatricentenaria.

¹³¹ J. Delvoux, *La Epopeya de Colón, Bosquejo Épico*, Imprenta de Francisco de Sales, Madrid, 1892, p.9

La anterior es una poesía que deja mucho que desear, sobre todo si la comparamos con la escrita por Rubén Darío, sin embargo, se advierte en ella además de oportunismo, un espíritu de impugnación hacia hispanoamérica a la cual, como se nota, se reclama el haberse alejado de la madre patria.

El 12 de octubre de 1892, tuvo lugar en Chile uno de los tantos homenajes a Colón, en este caso organizado por la Sociedad Positivista. El discurso de la velada corrió a cargo de J. Enrique Lagarrigue; en su pieza oratoria la leyenda colombina fue adaptada e interpretada a la teoría sociológica del positivismo; ello implicó encuadrar la imagen colombina dentro de las causas y consecuencias históricas del descubrimiento de América, es decir, hacer de Colón un eslabón de todo un periplo histórico que recorrería la razón en su desenvolvimiento.¹³²

Para este autor, el Almirante Colón no fue sino el producto más elaborado y acabado del espíritu humano, en otras palabras; fue la cumbre del pensamiento científico desde la edad antigua hasta la edad moderna, en tanto desde tales tiempos existía la noción de otros mundos más allá del Atlántico. (Se citará el famosísimo fragmento de *Medea* de Séneca). Todos los adelantos científicos de la antigüedad, habían sido concentrados en la mente de Cristóbal Colón, algo así como un conjunto de elementos propios de la genética, adelantos que fueron complementados con un concepto más bien metafísico como lo es el de La Idea. Según los positivistas ésta se apoderó del Almirante y su proyecto descubridor era el resultado de su aprendizaje genial, pues al contrario de otros autores, dudará en afirmar el paso del navegante por la Universidad de Pavía. No obstante, su plan de navegar por occidente aunque sí atrevido no era de ningún modo novedoso; recuerda el autor, por ejemplo, a los portugueses y los avances realizados por la escuela de Sagrés y la estadía de Colón en Portugal entre 1475 y 1485. No eran extrañas, pues, ni la idea de la esfericidad del planeta ni la posibilidad de encontrar la India cruzando el Mar Tenebroso; salvo el cálculo que hacía más pequeño el diámetro terrestre, debía de reconocérsele a Colón su inmensa capacidad para dibujar planos cartográficos y para navegar en alta mar.

¹³² José Enrique Lagarrigue, *Op. Cit.*, p. 6

Los motivos de Colón, como para los reformistas era exclusivamente encontrar un camino para las indias y así favorecer la unidad española, porque Colón estaba prestando un servicio a la corona y así como para los católicos se trataba de redimir a los infieles uniendo a la humanidad bajo un sólo credo; los motivantes para este tipo de positivistas muy comtianos sería el de adelantar el conocimiento del mundo, renovar el amor y la fe al conocimiento, comprobando sus teorías con las cuales además de parir un nuevo mundo, desecharía las versiones del catolicismo. Ensanchar el conocimiento del mundo y del saber, idea esta muy humboldtiana y analizada por O'Gorman en su obra, que se verifica en lo escrito por Lagarrigue:

“Si se investiga el génesis del gran pensamiento de Colón, se comprobará aquí como en todos los demás casos, que el hombre en cuanto idea o realiza de benéfico procede siempre inconsciente o conscientemente bajo el influjo de la humanidad.”¹³³

Pretextando el concepto de Humanidad, el autor nos describe el enlace espiritual de Isabel la Católica, los frailes Pérez de Marchena, Antonio de Marchena y Cristóbal Colón; narra también el viaje en el cual los hermanos Pinzón traicionan a Colón y olvida sus méritos marinos y que de no haber sido por el ascendiente ejercido por éstos frente a los marinos, el Almirante habría ondeado en el mástil más alto con los primeros brotes de indisciplina. Finalmente, llega a un desenlace apoteósico; el descubrimiento de América y la muerte de Colón entre el egoísmo de todos aquellos envidiosos de su descubrimiento. Como se puede observar no es nada realmente novedoso o realmente interesante, ya Irving lo había narrado mucho mejor en sus *Viajes del Almirante*; sin embargo, lo importante de este discurso es la afirmación de que Colón abría, con el descubrimiento, el paso transicional de la etapa teológica a la etapa positiva; naturalmente todos aquellos

¹³³ José Enrique Lagarrigue, *Op. Cit.*, pp. 7-8.

que no comprendían al Almirante aún se encontraban inmersos y detenidos en los conceptos propios de la etapa teológica, por demás decadente y tocante a su fin.

Con el descubrimiento del continente posteriormente llamado América, se da origen a la pléyade de científicos que revolucionaron la forma de percepción del planeta, es decir, Colón es el precursor empírico de las teorías de Kepler, Galileo y Newton. En este caso, Colón es enteramente un personaje científico, en la concepción de los positivistas comtianos, La Idea universal es lo que para los católicos el espíritu cristiano de Alvarez Paulino y Francisco Contreras; dada la inevitable concurrencia de la Idea Universal como ente abstracto dentro de la mente colombina, Colón no era sino uno más de los servidores de la humanidad y no el personaje central y único en el descubrimiento de América.

Es interesante, empero, anotar que para los positivistas el descubridor también es el precedente de Augusto Comte; si Colón había logrado ensanchar el conocimiento del mundo, abriendo a éste toda una gama de fenómenos diferentes para lograr la expansión de la conciencia humana, Comte logró iniciar la Verdadera Religión de la Humanidad, pues precisaría Lagarrigue:

“[...]como se dudó de Colón en su tiempo, se duda ahora de Augusto Comte[...]Colón halló un nuevo continente, pero Augusto Comte ha encontrado la religión altruista que unirá a todo el género humano por medio del amor y el trabajo[...]pero los servicios materiales aunque más visibles no tienen tanto alcance como los intelectuales y mucho menos que los morales.”¹³⁴

Hay, es evidente, un deslinde entre la materialidad y la espiritualidad, pues si bien el Almirante abrió el paso al positivismo, sólo fue un mero toparse físico: el primer ser americano lo atribuye al catolicismo, dentro del periodo teológico; el segundo ser americano lo inventan Comte y sus seguidores y América se convierte en un semillero de esperanzas, pues las naciones más civilizadas habían

¹³⁴ *Ibidem.* p. 18

tergiversado el real concepto del progreso decimonónico; ahora se entregaban a la materialización y tal anarquía sólo podía diferenciarse del verdadero progreso, moral ante todo, porque éste último beneficiaría a todo conglomerado social en la cooperación mutua. La utopía positivista se aleja del mundo real, evolucionista y nos lleva a la idealidad imposible. No todos, empero, eran o podían ser verdaderos positivistas, sino sólo aquellos poseedores de una amplia moralidad y comprometidos con el progreso humanitario, es decir, Colón, ello se verifica en lo siguiente:

“La civilización contemporánea es prodigiosamente activa , pero se halla exhausta de moral. Se estremecen las ciudades y los campos con la agitación incesante de los fecundos motores y sin embargo, la felicidad no aparece.”¹³⁵

En efecto, la felicidad prometida por los utopistas de la revolución en la industria, la reducción de los tiempos y las distancias y las democracias no llevaban felicidad al ser humano; de hecho, Colón había sido prueba viviente de que el saber y la ciencia no eran el pájaro azul; entonces aquellos que festejaban al Almirante no lo hacían de una manera correcta, porque a éste se le cargó un simbolismo de materialidad, de primer industrial y libre empresario.

“La conmemoración occidental de que es actualmente objeto ese grande hombre, no reviste todavía el carácter religioso que tendrá cuando triunfe el positivismo. Hay en ella más estruendo que celebración.”¹³⁶

Era menester abogar por la unidad moral de la humanidad, reconciliarse con los contrarios porque la separación hacía difícil la consecución del verdadero progreso (la síntesis), el olvido de los agravios pondría en marcha el proceso de la unidad. No existían buenos ni malos en su concepción, quizá esta es la mayor lección de la religión de la humanidad, nadie hizo de la maldad o la bondad un

¹³⁵ *Ibidem.* p. 19

¹³⁶ *Ibidem.* p. 20

imperio, sólo el hombre hace aquello que debe. La puerta a la reconciliación también surgió entre los positivistas y siendo un clamor general, desde el Estado hasta los intelectuales manifestaron la reconciliación con España. Conforme a esto, se procedió a tratar de limpiar el proceso de conquista del continente; tantos años de expoliación, la cercanía de los Estados Unidos de Norteamérica y su historiografía antihispánica dejarían una huella que a lo largo del siglo pasado alejaría a americanos y españoles. El autor de la obra, Enrique Lagarrigue, abogaba por la reconstrucción de la historia, por la igualdad de derechos de los pueblos indígenas, algo no muy común en aquellos años cuando el grueso de los estados latinoamericanos propiciaba la incorporación de éstos a la "civilización occidental"; en este aspecto, el Almirante había sido el primero en reconocer al otro como diferente, por cuanto al momento del descubrimiento había sido el único defensor y apologista de las bondades del buen salvaje.

Ahora bien, su visión de la historia de Hispanoamérica giraba en torno a la sujeción militar, durante el periodo colonial y posteriormente durante las independencias habían hecho al indígena totalmente sumiso e incapaz de continuar con su vida comunitaria; de tal manera, los únicos con plenos derechos para "lamentar" y deplorar la llegada del proyecto civilizatorio europeo, eran los propios indígenas descendientes de la primera conquista: a nadie más tocaba dicha prerrogativa histórica, pues los bienes territoriales, únicos posibles de retorno, no les fueron devueltos con la independización de Hispanoamérica a principios del siglo pasado. Claro que esto es un indigenismo tramposo, aunque revestido de ánimo justiciero en tanto el positivismo precisamente luchaba por extender la civilización y el progreso entendido como el predominio de la ciencia social; por otro lado, pero en el mismo tenor, los indígenas no vilipendiaban o reclamaban el descubrimiento de América, por lo menos no a nivel conocido, la explicación de ello nos la ofrece el mismo Lagarrigue: a los indígenas correspondió gozar los

bienes culturales, civilizatorios de cierto periodo de la humanidad, los otorgados por la religión católica (etapa teológica); por el contrario los criollos y demás resultantes del crisol social, gozaban, creían y eran redimibles por la nueva religión de la humanidad hecha por Augusto Comte, el Colón decimonónico, descubridor de las leyes morales supremas aplicables y aclimatables en América.¹³⁷ Es notable cómo la figura colombina se convirtió en un paradigma en el cual podían entrar todos aquellos héroes, santones y demás personajes de culto que de algún modo hubiesen dado algo a la humanidad y a su conocimiento, es decir, el Almirante al nivel de molde vacío.

El intento de la reconciliación americana con España, fue una intención exclusivamente de las élites sociales; llevó a Hispanoamérica a buscar en la comunidad la protección de los embates del neoimperialismo, apelaron a religiones y a hijos pródigos de la humanidad que, como nuestro personaje aludido, no hicieron otra cosa más que obrar en pos de la libertad humana; tal vez esta es una de las conclusiones valiosas de positivismo comtiano, tal como lo entendió la Sociedad Positivista de Chile, y es considerar al Almirante no más héroe ni más santo porque finalmente fue un hombre común, valioso por su genialidad naviera y su capacidad para “vender” ideas y proyectos; no obstante se le consideró, sólo un eslabón más en ese largo periplo de la humanidad hacia el progreso final. Reconocerían la dimensión humana del enigmático Colón, aunque elevado al rango de paradigma moral.

En las obras centenaristas ya presentadas se destaca el condicionamiento internacional operante en los miedos, desesperanzas paradójicas ante la felicidad proyectada, las utopías milenaristas, tal vez porque los fines de siglo son así. Casi todos los presentados coinciden en desear la recuperación de la fe en la humanidad, de ahí la extensión centenarista y la euforia de quienes se preocuparon por revertir

¹³⁷ *Ibidem.* pp. 12,13

y enderezar los caminos del mundo finisecular: morales, económicos y políticos, haciendo de Colón un ejemplo, o bien, destacan el optimismo desmedido en el progreso y el bienestar humano.

Por otro lado, el centenario fue un escaparate para el lucimiento, la búsqueda de reconocimiento y canongías, así como la expresión de múltiples preocupaciones. En efecto, el Almirante sólo fue el *leit motiv*, es decir, el medio para que emergiera todo un conjunto de reivindicaciones: los católicos se abocaron a presentar su permanencia y aún más, trataron de recuperar espacios perdidos dentro de la estructura social y mantener su vigencia en un mundo casi en su totalidad secularizado y donde la iglesia católica, en el menor de los casos, sólo era una mera comparsa de los Estados europeos, de ahí que sus expresiones fuesen más combativas en Europa que en América, donde de alguna forma la iglesia mantuvo su influencia hasta bien entrado el siglo XX, de tal manera sus discursos sólo reflejaron su adhesión a los beneficios espirituales para los evangelizados, traídos e inventados al momento de la llegada europea. Empero, pese a todos sus recursos oratorios y teológicos, no lograron más que articular un discurso pleno de lugares comunes, a saberse: Colón fue un hombre de la providencia, el descubrimiento de América estaba reservado para salvar a la otra parte de la humanidad y destinado a engrandecer a España, en América se preservarán los verdaderos valores religiosos; finalmente, si la ciencia se empeñaba en hacer suyo al Almirante, la iglesia le recordó a aquélla que la razón es un atributo que la divinidad le daría a los hombres, es decir, se situaba en un plano más allá y anterior a todo inicio de conocimiento.

Mientras tanto, si bien el catolicismo como utopía había sido rebasado por la realidad impuesta por la industrialización, surgirían otras desde las entrañas de este proceso, el positivismo comtiano proponía la verdadera religión de la humanidad en el sentido de que algo más allá que los dogmas de fe, ligara a las distintas

sociedades en su cosa común: el compartir su humanidad; sustituiría los dogmas de la fe con los valores de la ética, a su vez fundada en la asunción de la imparcialidad y el orden. Como ejemplo está el pequeño escrito de Lagarrigue y el homenaje de la Sociedad Positivista, sin embargo, esto no quiere decir que todas las otras variantes del positivismo hayan opinado lo mismo con respecto al descubrimiento de América y a Cristóbal Colón, aunque es de pensarse que la ciencia permeaba el discurso de estos otros, pues los ejemplos los tenemos en los artículos de la prensa, por ejemplo, *El Siglo XIX*¹³⁸, donde Colón era el campeón de la ciencia frente a la religión, pero aumentado en sus características liberales: no sólo era el genio que echó mano de la ciencia para teorizar y hacer hipótesis sobre la existencia de islas, tierra firme u las antípodas, sino la empresa era un proyecto liberal, propio de un libre pensador y empresario capitalista, lo cual iba en consonancia con los tiempos de incorporación al capitalismo nacional e internacional. Igualmente el ejemplo lo analizamos en el discurso de Baranda, donde al Almirante fue también sólo un medio para el progreso humano, aunque no lo consideró un elemento de unidad humana, sino de unidad económica, con lo cual tenemos dos versiones dentro de una misma corriente historiográfica que veía en el Almirante una encarnación del primer capitalismo.

Desde otro punto de vista, los no católicos, los no estrictamente positivistas, existió un grupo español, quien dentro de la historiografía secular, científica, decidió impugnar la vieja concepción que colocaba el vértice del proceso del descubrimiento no en Cristóbal Colón, sino en todos los actores del mismo, específicamente en los personajes castellanos de la corona española. Tal intento y perspectiva, implicaría enfrentarse a aquellos que, a su vez, hacían de Colón el

¹³⁸ Junto a *El Tiempo*, *El Siglo XIX* hizo una amplia cobertura del proceso y los festejos del cuarto centenario del descubrimiento; sus editoriales presentaron disquisiciones con referencia a todos los temas posibles, desde la personalidad del Almirante hasta los beneficios del descubrimiento de América. Véase desde el segundo semestre de 1889 al segundo de 1892.

héroe y de paso refrendaban la teoría infamante de España al considerarlo el único factor capaz de llevar a cabo la empresa descubridora, aunque en el fondo daban por sentado, la aporía y las contradicciones, por ejemplo las de Fernando Colón; el campo entonces se deslindó entre los que hemos dado en llamar "tradicionalistas" y los "revisionistas o reformistas".

Estos últimos desarrollaron posiciones más tendientes a eliminar todo lo que de tendencioso, mítico y legendario, tenía la abigarrada figura de Cristóbal Colón, claro, luchaban contra 400 años de tradición, misma base de la leyenda colombina. Sus aportaciones fueron considerar al descubrimiento de América como un proceso en el cual se vieron inmiscuidos un sin fin de personajes, conocidos y anónimos, como una empresa propia de un Estado y no de la fantasía y audacia de un elegido, portador de La Idea o por el Espíritu de la ciencia.

Esta tentativa significó problemas de parcialidad, pues, si bien el centro del evento se desplazó hacia "los extremos", éstos se convirtieron en los nuevos ejes del descubrimiento; lo cual conllevó también grandes dosis de nacionalismo exagerado. Ahora bien, este afán de revisar, también produjo divisiones y atomización dentro de las consideraciones historiográficas, pues si bien Colón salía de escena, ésta era ocupada por otros personajes, cuyas divisas eran la defensa del Estado (Fernando el Católico, Bobadilla), la unidad de España bajo el yugo castellano (Isabel la Católica) o bien un nacionalismo deseoso de regresar al pasado. En conjunto, no se sabía bien a bien quién sustituiría a la vieja figura del Almirante y los intentos quedaron en eso. Pero podemos sentar las bases de nuevas consideraciones con respecto a la historiografía. Si bien Edmundo O'Gorman examinó dicho periodo y concluyó que dicha historiografía no representaba, sino las mismas aporías y las referencias y lugares comunes, sin embargo, los avances no se dan muchas de las veces por aparición súbita y espontánea, tienen detrás de sí pequeños adelantos que van gestando las posteriores realidades, es decir, los

progresos en el tratamiento del descubrimiento de América y de la persona de Cristóbal Colón no surgieron de la nada sino tuvieron bases que procedían, según nosotros, del momento mismo precedente a la celebración de cuarto centenario del descubrimiento de América, ya que la tesis principal de O'Gorman sostiene que vida y obra del Almirante se mezclaban con el proceso del descubrimiento en sí, pero los revisionistas, a pesar de considerar que otras personas sustituirían a Colón en importancia, hicieron de ambos factores elementos separados, aunque sus expectativas radicarán en atenuar la leyenda colombina, como le llamaron, con otros personajes que adquirieron status de nuevos héroes.

Así entonces, no podemos poner en un mismo plano a toda una época de la historiografía del siglo pasado, ciertamente no fueron aportaciones radicales que alteraran el curso de la historiografía colombina, eso sería un proceso del siglo XX, pero son unas miradas distintas a las de su momento, aunque su finalidad sea la misma: usar al Almirante, al festejo y los espacios abiertos en el ámbito público para hacerse de justificaciones o de paliativos históricos ante situaciones irreversibles de deterioro.

Finalmente, el balance de las tres líneas de interpretación puede ser considerado como un soporte para revalorar las usanzas historiográficas y servir como ejemplo de cómo los dogmas, elaborados por autoridades, a veces salen de su época y se preservan como verdades únicas, de la misma forma, el desarrollo de tales líneas historiográficas, tenían como común el uso de las autoridades del siglo XVI, mismas que no fueron criticadas con toda la rigurosidad metodológica, pues Bartolomé de las Casas y Fernando Colón continuaron siendo los preferidos al momento de hablar del descubrimiento de América y obviamente, de la vida de Cristóbal Colón.

4.- Cristóbal Colón en la Enseñanza de la Historia.

Antes de comenzar este breve capítulo, conviene dar a conocer la organización que seguiremos. Por principio hemos de comenzar analizando un breve discurso hecho en Cadiz, España; nuestra intención es comenzar el acercamiento del lector con la figura colombina tal y como se concebía y se enseñaba en los libros de historia para niños y adolescentes (si el término es aplicable al siglo XIX, en tanto es producto del presente), creemos que es importante aproximarnos con una disertación que puede darnos pautas para entender las siguientes obras mexicanas. No obstante, antes de emprender el análisis de éstas, procederemos a apreciar el estado de la cuestión colombina en México, siguiendo a Lucas Alamán y a Eulalio María Ortega, ambos mexicanos y tempranamente dedicados a la problemática de qué representaba el Almirante en la historia del México recién independiente.

4.1-El Colón de la enseñanza gaditana.

Ya hemos analizado al Colón que se peleaban las diferentes interpretaciones revisionistas, católicas y es la postura tradicionalista. Con relación a éstas, el Colón de la enseñanza será otra imagen; básicamente será tratado sin gran rigurosidad y por ende, tendremos a un Almirante lleno de inexactitudes y mitos. A ello aunaremos las cuestiones moralizantes propias de todo personaje histórico remitido al uso educativo.

Comencemos por un discurso académico durante la apertura de los cursos del Ateneo Literario de Cadiz, ofrecido por el maestro en literatura y presidente de

dicho instituto, Rafaél de la Viesca y Méndez; éste tratará de exaltar los valores morales y éticos del alumnado, usando la imagen distorsionada de lo que se conocía por Cristóbal Colón.

Inserto dentro del contexto centenarista, de la Biseca y Méndez indica ser ese el momento de reivindicar, de hacerle justicia a la memoria del Almirante, en tanto en 1492 hasta su muerte, fue ignorado por el mundo y la "opinión pública" –a decir de de la Biseca-, lo tachó de loco. No obstante en el surgimiento de la corriente revisionista en España, cuyas recomendaciones eran las de reformar los libros para la enseñanza¹³⁹, Viesca y Méndez procede a glorificar al Almirante en tres rubros: como científico, como hombre de Fe y como héroe, representando esto una síntesis del proceso historiográfico ya descrito anteriormente.

Como decíamos, su alocución inicia expresando la necesidad de reconocer el error mediante el cual la historia había despreciado y arrojado a la ignominia al Almirante de la Mar Océana.

[...]Las injusticias de la opinión pública, tarde o temprano tenían que enmendarse, siendo esos hechos futuros arrepentimientos gloriosos que vienen a demostrar en el libro del mañana, las tristes aberraciones del hoy y del ayer.¹⁴⁰

Este arrepentimiento tardío de del siglo XIX, terminó convenciendo a la sociedad intelectual de la injusticia moral cometida por el mundo (cabe decirse que en este caso se englobaba a todo el planeta y no sólo a Europa, sino también incluía a los americanos) hacia Colón, pero es necesario tener en cuenta que es producto del tratamiento que debía de dársele para allegarse a los jóvenes a quienes fue dirigido el discurso, además de ello es posible identificar el aire moralista del mismo. También la tónica de la celebración centenarista tuvo como característica la

¹³⁹ Luis Vidart, "Yo no pretendo amenguar en lo más mínimo el tributo de admiración que se rinden y rendirán siempre los pueblos civilizados al eximio navegante que descubrió el Nuevo Mundo...(sino) mostrar que no aciertan los autores de compendios de Historia Universal cuando escriben para la enseñanza de la juventud..." *Op. Cit.* P.40

¹⁴⁰ Rafael de la Viesca y Méndez, *Discurso inaugural pronunciado en el Ateneo de Cadiz*, Talleres tipográficos de Rodolfo Olea, Cadiz, 1892. p. 6

multitud de apologías colombófilas, y para matizar su oratoria, de la Viesca retomó las ideas de un norteamericano, Washington Irving, quien como sabemos, creó una bellísima vida del Almirante aprovechando los estudios del español Fernández de Navarrete, sólo que la estética de su novela, escondió la más terrible censura a España por haber "tratado" tan mal a Colón; sin embargo, en lo formal servía para despertar la imaginación de los lectores y se aprovechaba para ayudar a los jóvenes a ejercer la memoria. La visión romántica de Irving con respecto a la vida de Colón, realmente fue la creadora de la leyenda colombina porque mezcló, conscientemente, la narrativa, la supuesta vida real de aquél (mal conocida en aquellos momentos, por cierto, dada el encubrimiento deliberado del mismo Almirante y de su hijo Fernando) y la fantasía propia del escritor en busca de héroes ideales y ficticios.

Viesca y Méndez, retomando el estilo del estadounidense, cargó su discurso recreando un personaje, de manera que pudiera servir de ejemplo a los jóvenes escuchas, de ello resulta un Almirante estudioso, culto, marinero precoz, explorador audaz y genial científico. No podemos negar la enorme capacidad empírica de aprendizaje de Colón, pero de ahí a otorgarle poderes de extrema sapiencia científica desde la más tierna infancia, es pecar de ingenuidad; lo más que sabemos en la actualidad es su avidez de buen lector, aunque totalmente indisciplinado, las obras que cita en sus justificaciones de 1498 parecen avalarlo.

Para el autor los motivos del viaje descubridor eran comprobar las múltiples teorías con respecto a la esfericidad de la tierra y la existencia de tierras intermedias entre occidente y oriente; teorías apoyadas por un amplio conjunto de saberes científicos, aunque, admite, algunos de los datos eran inexactos (recordemos la creencia de la mayor cercanía de las costas asiáticas en relación con las occidentales), empero, finalmente, lo válido fue haber alcanzado la verdad de sus hipótesis mediante la experimentación, cosa que así planteada, nos lleva a

considerar al descubrimiento como un gran proyecto de investigación científica. Aún así no debe de olvidarse la premisa de haberse descubierto América con base en algunos errores de cálculo, que podrían entrar en las variantes de error de todo proyecto de investigación.

A pesar de las contradicciones evidentes entre la gran ciencia colombina de conocimientos limitados, para De la Viesca, el Almirante llevó a cabo la planeación de su gran obra náutica y humana, fundamentándose en la confluencia de varios factores. Por principio, el hombre es producto de su tiempo y en esta acertadísima declaración de Viesca encontramos la mayor aportación de Colón al mundo, pues supo conciliar la fe religiosa, el saber científico y el patriotismo. Elementos que sabrán acomodarse para otorgarle al Almirante la virtud dentro de la limitación; si bien es cierto, las bases y los cálculos de aquél eran limitados, el resultado del viaje era la comprobación de una *ciencia especial*, sólo comprendida por el descubridor de América. En este sentido, De la Viesca, precisa llegar a definir ese concepto de ciencia especial, como un don de previsión, de intuitividad, es decir *un toque de genialidad*, el cual escapa, por su naturaleza personal a toda rigurosidad científica común y se instala dentro del plano personal. La defensa de la genialidad no entendida por el sentido común de los denostadores y opositores a Colón, quien para los alumnos y jóvenes, dejó una gran lección: la sabia tenacidad para alcanzar las verdades. Para los pedagogos de aquellos años y algunos de éste, las figuras heroicas transmiten valores determinados; Colón supo alcanzar mediante el sufrimiento, secular y religioso, la escala más alta de la humanidad: el heroísmo.

Explicándonos la cuestión antecedente, de la Viesca y Méndez piensa que la moralidad del Almirante lo transmuta en héroe, comparable a los héroes mitológicos de la Antigüedad. Aunque el problema reside en el olvido de la dimensión humana de Colón, cuya moralidad fue la misma de cualquier hombre enfrentado a la transición de dos épocas, el mismo de la Viesca escribe que Colón

estaba montado entre dos mundos; y ello le impelía a alcanzar la mayoría de los beneficios materiales en la expedición, lo cual justifica al liberalismo económico, pero a la vez Colón concedía al continente una importancia económica y de intercambio; en otras palabras, Colón también era producto de una época en la cual privaba la necesidad de la unidad nacional por medio de la religión excluyente, es decir, el ambiente de cruzada medieval que también formó parte de la personalidad colombina coincidente con el nacionalismo de fines del XIX. Es conocido que en alguna carta el Almirante llegó a especificar algunas rentas destinadas a la recuperación de Jerusalén.

El término de héroe aplicado al descubridor por haber establecido un sistema científico, la evangelización de nuevas tierras y por sentir, a la par de los Reyes españoles, la emergencia del nacionalismo. Por la cuestión anterior, nos dice De la Viesca, Colón se desprendió de Génova; su tierra madre, así como de Portugal, la madre de aprendizaje. España fue entonces quien desarrolló todas las virtudes del héroe, supo alimentar el espíritu porque su historia misma conllevaba la misma sustancia: la heroicidad. Así como los católicos, casi todos los tratantes del tema en México, harán de Colón un buen patriota; España lo consideró un buen español.¹⁴¹

Producto de su tiempo, mezcla de pasiones y certidumbres y teorías sabidas, como la redondez de la tierra, y víctima de los males humanos, la envidia, la xenofobia y la intolerancia, el Almirante fue cercenado en su aspecto moral, pues debía presentarse a las juventudes una especie de soldado de la moralidad y el orden.

En un fin de siglo, cuando la mayor preocupación de las generaciones viejas es la crisis de valores, el discurso, después plasmado en un folleto, es producto de su tiempo y plasma excelentemente la manera en como la imagen del Almirante sería enseñada a los niños que recibían educación, los pocos hemos de decir.

¹⁴¹ Rafael de la Viesca y Méndez, *Op. Cit.* p.31

Cristóbal Colón se encontraba inserto en los ámbitos de la moralidad, de los buenos hábitos sociales: poseía la tenacidad, la fe total en la ciencia de su tiempo y el patriotismo como motor de acción ante la vida; ello fue un extraordinario ejemplo didáctico, formativo, una imagen educadora para las jóvenes mentes, aunque es menester aclarar que esto sería privilegio de algunos hijos de clases media y altas, tal vez esta imagen, en México, no se extendió tanto en el siglo XIX, dadas las características del sistema educativo mexicano.¹⁴²

4.1.1- INTRODUCCIÓN A LA IMAGEN DE COLÓN EN LA ENSEÑANZA EN MÉXICO.

Comenzaremos con las opiniones sustentadas por un viejo escritor mexicano, perteneciente a las huestes conservadoras: Don Lucas Alamán, esto, como ya se ha dicho, para entender las fuentes de donde se nutrirían los escritores de libros de enseñanza.

En una de sus múltiples obras, Lucas Alamán planteaba la inquietud esencial de los primeros años de la independencia nacional y obviamente, sus argumentos girarán en torno a la idea justificatoria de tal emancipación.

Alamán, viejo guardia del conservadurismo mexicano, trató en sus *Disertaciones* el tema del descubrimiento de América y no menos de la figura de Cristóbal Colón, ambas cosas de manera interesante y que sentará las bases para posteriores estudios y opiniones de otros escritores, éstos sí ocupados en la enseñanza de la historia patria.

Las respuestas brindadas por Alamán son importantes porque hacen una tajante diferencia entre el ser y el ente geográfico americano. Nuestro autor opinaba

¹⁴² En efecto, sería interesante llevar a cabo un sondeo de la imagen de los escolares, comparándola con la ofrecida por los libros de texto gratuito mexicanos; ello nos indicaría el grado de avance con respecto al Colón decimonónico en el rubro educativo.

que el descubrir América fue un mero topar físico por parte del Almirante, pues consideró necesario tener en mente que, posiblemente, el continente ya era conocido desde la antigüedad, de tal manera que no advierte ningún condicionamiento histórico por parte de la cuestión geográfica, física.

La separación entre el mero ente y el ser de América, la genera de forma hábil, pues el Almirante y sus supuestos apriorísticos no fueron los donantes de ninguna esencia, en tanto Colón sólo procedió a develar lo conocido, pero olvidado por la ciencia; en el sentido más amplio sí le concede el mérito de haber descubierto América siguiendo parámetros científicos, aunque seguía en este caso inercias cognoscitivas, es decir, sólo continuaba los saberes de otros tiempos y del siglo XV y por ello el descubrimiento no era producto del saber científico de un sólo hombre ni se debía a ningún otro artificio, sino a la marcha incesante del conocimiento humano desde los tiempos de Séneca. Con respecto a éste último, Alamán consideró que los versos de la Medea no eran propiamente proféticos, como muchos lo señalaron en el centenario de 1892, sino evidenciaban el potencial de la ciencia antigua, la cual condicionaba el descubrimiento de América; esto, conjugado con un "pequeño" error de cálculo de la ciencia en su estado del siglo XV, dieron por resultado el que aquellos países más adelantados dentro de la carrera mercantilista se viesan en trance de llegar a otro continente, América.

Ahora bien, para Alamán, América fue el producto de un conjunto de ideas económicas, de simples cuestiones materiales, implícitas en las rivalidades de España y Portugal por dominar el comercio y de intenciones milenaristas o redentoras de aquéllas.

Sin embargo, no debe creerse la existencia de alguna fobia antihispanista en Alamán, pues ratifica en sus *Disertaciones* los beneficios de la colonización y el mestizaje, aunque indica la posibilidad de que cualquier nación europea pudo haber hallado al Nuevo Mundo, empero sólo aquellos países con los suficientes valores

políticos adecuados para la colonización y desarrollo de una civilización diferente de la española. Por ende, para Alamán no existen "virginidades" entregadas ni nada de la intervención divina o emulación de redención en el hecho descubridor, sino una fuerte carga de nacionalismo y conciencia de las causas profundas del descubrimiento.

Así, al separar al Almirante su vida del hecho descubridor, trata de llevarnos a la comprensión del por qué la dependencia del país; explicando la misma desde la naturaleza del mercantilismo al cual se entregó el continente; aunque esa percepción del asunto, según Alamán, no implicaba la separación total o el olvido de la raíz conformativa de la Nueva España y del continente. En otras palabras, Alamán destaca la necesidad de establecer un sentido del continente para sí mismo, otorgándose un nuevo y consecutivo ser dependiente sólo de los mexicanos y no de los modos de concepción allende el Atlántico, de las circunstancias internas y no de las externas. Claro, lo anterior es producto del optimismo propio del ánimo posterior a la consecución de la Independencia de México.

La cuestión explicativa de la dependencia, llega en Alamán al intento de hacer un análisis racional de la imagen del descubridor: éste, a pesar de su audacia y de haberse encontrado con la ayuda de la piadosísima Isabel de Castilla, no entendía la verdadera novedad de las tierras topadas, pues reconoce la aporía en el viaje de Colón y por ello deslinda la situación del ser del continente de la personalidad de éste y sugiere que son las circunstancias en las que se sitúa el descubrimiento las que marcan el ser de la América independiente. Esa era la justicia histórica; la separación del continente de su explotador sin olvidar la esencia constitutiva dada por la civilización castellana.

Y aun cuando hay contradicciones filosóficas evidentes, como dar por verdadera la noción del conocimiento del continente (que no de la esfericidad de la

tierra) tal cual por la ciencia de la antigüedad clásica, el autor concibe la liberación del mismo como una cuestión de suyo insoslayable.

El Almirante en sí, es una figura para Alamán, respetable dentro de la historia, pero no al grado de hacerlo el total responsable del futuro del continente, pues la esencia del mismo, dependía en última instancia no del personaje, sino del contexto general que rebasaba a las personas implicadas en el proceso de la llegada castellana a América y complementaba la explicación al destino de la América independiente. Figura retórica usada más adelante por los posteriores escritores de libros para la enseñanza de la historia.

Ahora bien, otro de los antecedentes no propiamente muy conocido y que hace referencia directa a Colón, es la obra de Eulalio María Ortega, misma publicada en 1846 después de haber sido premiada como obra ganadora en el concurso convocado por el Ateneo Mexicano en 1845. Ignoramos las bases del concurso y si éste se centro ex professo en la figura de Colón, por lo cual el Elogio de Cristóbal Colón es lo único que nos queda aparentemente de tal concurso. El pequeño texto se haya en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de la UNAM (anteriormente se encontró en el mismo fondo, pero dentro de la Colección La fragua); está escrito en un estilo retórico, por lo cual suponemos que fue leído, y su finalidad es la de hacer apología de la vida colombina y elogiarlo lo más posible, no obstante, hay algunas ideas que conviene resaltar porque manifiestan las posturas de cierta clase en la época posterior a la consumación de la independencia nacional.

Resulta interesante preguntarse por qué el autor eligió al Almirante para ser elogiado, de entre el cúmulo de héroes nacionales existentes en ese momento como tales. Empero, estamos convencidos que fue la necesidad de rememorar el sentido americano dentro del desenvolvimiento de la historia del país. Es notable dentro del texto, la existencia de un contexto condicionante de tal reacción, pues resalta la

posición pro norteamericana del texto; de tal manera más que un homenaje a Colón, parece el reconocimiento de la superioridad institucional de los Estados Unidos de Norteamérica pues patentiza la necesidad que tenía el país de imitar y conjuntar su desenvolvimiento social y económico con ese país.

La finalidad del texto es clara desde el principio y no hay realmente nada de espectacular en sus concepciones acerca de Colón, pues su análisis retoma en gran parte las opiniones de Washington Irving, a quien considera como el único que supo captar, descifrar y plasmar la verdad sobre la vida y los viajes colombinos. Un americano, nos dice, "hijo del continente"¹⁴³ sería quien comenzara con la obra de reparación de la memoria del Almirante: el autor omitía o ignoraba que en la introducción de su principal obra, Irving señala a la persona de quien había tomado la mayor parte de la información: Manuel Fernández de Navarrete.

Ahora bien, la parte profunda de su digresión sería la de justificar la separación de México con respecto a España. Según el autor, para el entendimiento de la importancia del descubrimiento colombiano, era menester hacer el recuento de todos los adelantos morales, científicos, náuticos y geográficos, desde el descubrimiento de América (pues el mundo no era el mismo ni las especies vegetales o animales); como es notorio, existe en Ortega una conciencia de progreso dentro de la historia. El descubrimiento había acelerado la evolución de la humanidad desde un estado de decadencia moral en Europa hasta la civilización de las "razas salvajes" de nuestro continente, teniendo como consecuencia la promesa de la integración de América a la historia universal.¹⁴⁴ El evolucionismo positivista haría del descubrimiento uno de los sucesos más notables de cuantos se hubiesen registrado, por ello, era necesario explicar los resultados de la obra colombina, pues para Ortega importaban más los resultados que las causas históricas del hecho,

¹⁴³ Eulalio María Ortega, *Elogio de Cristóbal Colón*, Imprenta de Ignacio Cumplido, México, 1846. p. 33

¹⁴⁴ *Ibidem.* pp. 3 a 4.

dejando a un lado la existencia o no de alguna aporía dentro del discurso histórico en las narraciones del descubrimiento.

La obra de Colón estaba circunscrita a priori y determinada por dos elementos: la certeza de la ciencia visionaria de Colón, la cual le sobrepuso a los detentadores de las verdades religiosas y otro, poco visible pero presente en los momentos de mayor apuro de Colón y que era la providencia, la cual había resuelto dejar una nota de grandeza en la vida colombina y una de rechazo a la ingratitud española, a manera de constancia a las futuras generaciones de la existencia de un espíritu superior, quien sería sólo comprendido y reivindicado por la evolución del espíritu humano: progreso que sólo se lograría mediante la creación de instituciones igualitarias, aparecidas en el continente americano y cuya materialización se encontró en la existencia de los Estados Unidos de Norteamérica y su sistema republicano. Es decir, sólo este país fue capaz de reflejar y materializar el espíritu del descubrimiento y, obvio, de su autor: Colón.

En el aspecto anterior debemos reconocer dos cosas; una, el orgullo mostrado por Ortega de ser parte de la generación que veía en el país del norte la encarnación de la democracia y la evolución de la historia y, la segunda, que el continente americano era el futuro de la humanidad libre, en tanto la riqueza material (la cual, dice el autor, fluye por todo el orbe) presagiaba la grandeza del mismo, extrañamente México había recibido los mayores dones a la par de los Estados Unidos, o sea, algo desde las raíces unía en destino común a ambos países.

Más que la historia narrativa del hecho descubridor, Ortega establece los juicios valorativos destinados a resaltar los beneficios del ser americano: no dudará en romper lanzas contra España ni mucho menos desmentir a quienes pensaban en Colón como uno de los precursores del esclavismo. Al contrario de Luis Vidart,

Ortega pensaría que Colón inauguró la era de los derechos indígenas¹⁴⁵, de tal forma que Colón a la par que el padre Las Casas, porque ambos fueron los primeros en respetar la vida y la cultura indígenas y, si alguna vez pensó en esclavizar a algunos de ellos, era dada la índole más atrasada de los canibales caribeños con respecto a los otros más entrados en la civilidad. Así mismo, el Almirante debía de encubrir su objetivo civilizador y libertario al encontrar América, tentado la ambición de los castellanos y hacerlos participar en el proceso de descubrimiento; de otra manera, indica, jamás habría comenzado el proceso evolutivo de la idea de la libertad ni de la igualdad. Ambos conceptos iniciados desde el descubrimiento y los primeros contactos, habían encontrado su culminación, pues escribe Ortega:

“Esa misma tierra de Colón[...]vio después con orgullo algunos de sus hijos erigir la súplica en teoría, proclamar el derecho sin límites ni restricciones y dar a algunos de sus pueblos generoso ejemplo de admitirlo como uno de los principios de su legislación.”¹⁴⁶

De tal forma, según el discurso, los proyectos entre Colón, las Casas y los castellanos, tuvieron como resultado el surgimiento de dos productos sociales y políticos distintos: de España surgió el atraso, la corrupción, el oscurantismo religiosos y una tradición autoritaria, así como ello se tradujo en estancamiento económico y político; en este caso, Ortega no dudará en calificar a las tradiciones novohispanas como un mal inoculado en el seno del país recientemente independizado. Por otra parte, la tolerancia religiosa inglesa originaría instituciones de carácter igualitario donde la libertad aparecía por doquier. Esta visión engañosa, para nuestro autor, haría de los Estados Unidos de Norteamérica la

¹⁴⁵ *Ibidem.* pp. 29-30.

¹⁴⁶ *Ibidem.* p. 6

única encarnación posible y palpable del inicio americano y de los proyectos colombinos y lascasianos.

La urgencia de encontrar en el planeta un lugar para los ideales y las necesidades de los oprimidos pueblos europeos, sobre todo en el ámbito de la libertad religiosa y económica, haría surgir en el siglo XV a un hombre alimentado de tal espíritu de libertad, con los ideales suficientes para inventar con sus conocimientos un lugar en donde se satisficieran los reclamos de libertad e igualdad. En efecto, el lugar a "inventarse", la nueva tierra promisoría, el nuevo mundo, sería concebido por la inspiración científica y las virtudes colombinas. En este caso, América es vista por Ortega como una instancia liberadora del espíritu humano, por cuanto contribuyó a la superación de la ética anterior al descubrimiento, cabe decirse, una ética decadente; la invención de un nuevo mundo en el orden moral (América y los americanos), implicó el mejoramiento de la humanidad a instancias morales y civilizatorias más elevadas. Obsérvese que aparece el concepto de la invención de América, invención no en el sentido de la creación de un artilugio, sino en la acepción de aquello creado expresamente para la satisfacción de las necesidades de renovación de un mundo decadente (Europa), esto es, el inicio de la utopía americana criolla que, Ortega, señala como el proceso más acabado de la evolución de la humanidad.

La invención de América en el sentido de nuestro autor puede verse en este contexto, no con la amplitud filosófica de Edmundo O'Gorman, pero si pueden hallarse en Ortega un avance historiográfico por cuanto justifica la aporía entre el objeto original y el resultado de la aventura colombina. Una vez habiendo concebido la necesidad de satisfacer los requerimientos de una sociedad para su avance social y espiritual hacia la liberalización, daba lo mismo que se encontrara América, las tierras intermedias de Everett Hale y Fernando Colón o que bien, llegara finalmente a su objetivo asiático, pues de todas formas la creación, la

invención, de un nuevo mundo moral, sería lo principal de la empresa descubridora. Esta será la retorcida y lograda teoría explicativa de Ortega: la invención en el sentido libertario, del mundo de la necesidad.

Ciertamente se habría inventado el continente en el sentido de la creación de condiciones excepcionales anheladas por las sociedades europeas, es decir, crearon un ambiente “no natural” por cuanto iba en contra de las condiciones preexistentes y privativas de Europa; éstas darán origen a la viabilidad del ser americano como ente liberalizador. La invención del continente fue posible porque Colón había dejado sentadas las bases desde el comienzo de la vida del ente mismo, es decir, al momento de descubrirlo para el mundo.¹⁴⁷

Así, de su mismo origen se desprendería el destino de América.

“[...]huyendo del mundo antiguo, vinieron a fundar en el Nuevo, asociaciones menos injustas, menos desiguales, de costumbres más puras y hábitos más tranquilos que estaban en armonía con la naturaleza virgen que las abrigaba.”

148

La referencia a los Estados Unidos de Norteamérica descartaba a Hispanoamérica como un ente del todo incluido en el camino del progreso; Ortega deslindaría la responsabilidad de los primeros gobiernos independientes en las condiciones hacia fines de la primera mitad del XIX; tan fácil echar la culpa sobre la historia novohispana y los supuestos vicios “heredados” al México independiente. Vicios que detenían al país y por ello debía de recordarse la esencia americana, aun cuando el mismo Ortega no saliera de las contradicciones que él mismo suponía como resueltas, al no hallar explicación para la aporía implícita en el viaje descubridor, recurre a la casualidad.

¹⁴⁷ *Ibidem.* p.4

¹⁴⁸ *Ibidem.* p. 7

“Parece que la divinidad, al permitir que unos descubrimientos se debiesen exclusivamente a lo que suele llamarse casualidad y a otros a la previsión del genio, ha querido tener con mano firme la balanza e impedir...que el hombre se envaneciera de los dotes con que ha sido favorecido.”¹⁴⁹

Parece recordarnos las palabras de José Joaquín Baranda¹⁵⁰, el ministro porfirista, al asegurar lo azaroso del descubrimiento y otorgarle a la casualidad el nombre de colón; aquí, empero, el autor juzga como axioma que el Almirante sabía a dónde dirigía las naves castellanias. De tal manera para aquellos incrédulos en la ciencia colombina, existía la casualidad porque finalmente, lo en realidad importante era que el espíritu humano había alcanzado un grado más en su evolución.

Desgraciadamente, la gloria del aparato ideológico liberal mexicano, debió de traducirse en la denostación del pasado español: empresa de aventureros, ambiciosos e indignos, incluso la decadencia española y las crisis gubernamentales fueron el castigo para la felonía hacia Cristóbal Colón. En cuanto a éste, se le concebía como una especie de bondadoso iluminado y poseedor de una infinita sabiduría práctica, claro, omitiendo aquellos datos y juicios que, por su dureza, serían condenados por los tradicionalistas: nadie más bueno que el Almirante ni nadie más malo que cualquier castellano.

El positivismo evolucionista de Ortega, hace del individualismo por encima de la colectividad la causa más importante de la invención del continente. Este habría nacido de la libertad de un individuo, de la fe de un sujeto concentrador y paradigma de las quimeras de un conglomerado humano; por ende, lo inventado, lo descubierto, estaba precisamente elaborado para satisfacer los requerimientos del inventor y destinado a ser una cabal copia del espíritu engendrador.

¹⁴⁹ *Idem.* p. 15 La palabra en negritas es nuestra para resaltar la concepción y el sentido dentro del párrafo.

¹⁵⁰ José Joaquín Baranda, *Op. Cit.* p. 10

Del mismo modo de desprende que la invención es del inventor: la mayor injusticia, para Ortega, fue el haberle despojado, el quitarle el gobierno de las tierras descubiertas a Colón. Es decir, el inventor, al perder lo inventado deja un vacío de poder en una gran porción del continente, se pierde la legitimidad y todo lo posterior sólo puede ser una imposición. De tal forma, las instituciones resultantes debían de ser diferentes tanto en aquella parte del continente que siguió los lineamientos colombinos (su “espíritu”) originales, es decir, los proyectos previos con los cuales se concibió la existencia de una tierra de libertades, como en aquellos que “alteraron” los mismos.

La independencia de Hispanoamérica por consecuencia, era sólo la vuelta a los orígenes: el retorno al invento original, a la libertad, al progreso, sólo que para acelerar su acoplamiento a la verdadera esencia debía de imitar a las instituciones de la libertad, más logradas y maduras donde había cuajado el proyecto original del inventor, en este caso Colón.

“De facto, si el mando de los países por él descubiertos (Colón) no debía considerarse como escaso premio a su habilidad,[...], ¿qué autoridad podría alegar no ya iguales, pero siquiera parecidos títulos a la posesión del poder?”¹⁵¹

En esta dirección el poder recaería en los criollos, portavoces de los ideales colombinos; el autor nos explica que aquéllos son los herederos de los indígenas opuestos a la dominación de los “invasores sanguinarios”.¹⁵² Ortega entonces liga el liberalismo criollo a un pretendido paternalismo indigenista, considerando a los indios como un problema a resolver; en cuanto a ellos, se les debía resarcir el daño hecho durante los tres siglos por los dominadores; la misión era, pues, incorporarlos al progreso del cual los castellanos los habían alejado. Empero, como los indígenas aparecían como incapacitados para llevar a cabo su resarcimiento

¹⁵¹ *Ibidem.* pp. 29, 30.

¹⁵² *Ibidem.* p. 31.

histórico, los criollos les harían ese inmenso favor; en realidad, de lo que nos está hablando es del miedo inmenso a las rebeliones indígenas, a la vez que justifica el poder.

Ahora bien, en cuanto a la tal vez primera obra dedicada a elogiar al Almirante, debe resaltarse que hasta por lo menos 1845, se creyó que los principales valores a reproducirse eran el individualismo (el más capaz e inteligente debe ejercer el poder decisorio en una sociedad), el afán de reconocer el liderazgo único de aquellos que encarnaban el progreso, es decir, los liberales pro estadounidenses. Por último, el autor opinaría que el mejor nombre para el continente sería, lejos del que le puso el espurio Américo, el de su descubridor, Columbia.

Como hemos podido percibir, había necesidad de buscar los fundamentos del proyecto americano traído por el representante del nuevo espíritu humano surgido hacia el siglo XV en Europa: el renacimiento y las nuevas ideas de la individualidad emprendedora. Cristóbal Colón era el prototipo del hombre moderno; claro, olvidaban u omitían su parte medieval, la desesperación resultante de su fallido intento de hallar el oro, las especias, al Gran Khan, debiendo de conformarse con relatar las bondades de los indios y la naturaleza encontrada, como si se estuviese cerca del paraíso.

El reencontrar el proyecto original, el espíritu colombino, le daría el sentido metahistórico al continente americano; considerando la ruptura habida cuenta del coloniaje castellano en América; puede decirse que esto implicaba criticar del todo a aquella época en América, sino reconocer el socavón en el cual se había convertido el avance y progreso de Europa.

Naturalmente, la figura colombina habíase transformado en la perfección de la naturaleza humana, intelectual y moralmente encontraremos elogios a su personalidad seductora y genial. Poseedor de un halo magnífico, el Almirante de

la mar océano tan sabia de la existencia de tierras en medio de los dos continentes extremos que, con fundamentos científicos y tradicionales, buscaba en donde colocar el producto mesiánico de su inspiración ya semidivina, ya secular. El destino era entonces, América; de ésta habría de manifestarse su industriosisidad y superioridad sobre el viejo continente, dadas las maravillosas existencias naturales, de tal manera era menester liberarse del pasado español, había que hacer coincidir lo dispar: la figura del Almirante fue deformada en aras de alcanzar la consecuencia de invento e inventor.

Por ello, Ortega realiza una de las apologías más claras en cuanto al simbolismo asignado al descubridor: por su naturaleza, desde su concepción, América estaba destinada a la grandeza, a ser depositaria de las esperanzas y los más altos valores de la humanidad, no siendo rara la admiración observada hacia los Estados Unidos de Norteamérica, pues ellos sí serían la interpretación correcta de la entelequia y los objetivos reales, pero ocultos, del Almirante Colón.

En México por ende, las obras históricas pertinentes al descubridor, siguieron las mismas pautas que pueden ser consideradas como "normales", sea esto, el novelizar el hecho histórico y descartar al mismo como un proceso en donde múltiples factores tendrían importancia para ser considerados como causas suficientes para el desarrollo del descubrimiento de América; asimismo, se siguió emparentado vida y obra del Colón con el hecho descubridor y se consintió en dejar al objetivo del Almirante con su empresa era múltiple y ambigua como ya se ha indicado, reconociendo por demás todos los posibles a priori como válidos y enteramente explicativos. Sin embargo, la simbolización del descubrimiento de América como parte de la biografía de un hombre nos lleva a considerar cuestiones más profundas, pues bien visto, habiendo Colón muerto en la miseria y siendo ampliamente despreciado por aquellos a quienes entregó un mundo, se generó una

injusticia tanto al descubridor como al ente descubierto, (el cual ni su nombre llevaba), misma que debía repararse.

Para fines del siglo pasado la división del mundo en países civilizados, poseedores de industrias y economías centrales y países no civilizados, poseedores de materias primas y mercados alternativos de consumo, de economías periféricas y complementarias, elaboró las nuevas necesidades de redefinir el papel histórico del primer pasado americano: el proyecto de las nuevas élites americanas trataba de justificar por medio del discurso histórico la separación de España y de la iglesia y el Estado, así como la transformación de sus economías en productoras de materias primas y receptoras de productos manufacturados. Lo anterior implicaba elogiar y hacer propaganda de los múltiples dones y riquezas del continente, aunque esto no era todo, la elevación del continente a rango de partícipe de la civilización, significaba redescubrir su destino a través de una clarificación de sus orígenes, es decir, dentro de esta manera de revalorar el origen-destino del ente, el para qué fue hecho, se necesitaba tener ampliamente presente la perspectiva y el objetivo de Colón al descubrir el continente.

En cuanto a Cristóbal Colón corresponde, podríamos establecer que su imagen se mantenía inalterada e inclusive amenazaba con recubrirse no de gloria sino de más mitos; aunque el Almirante para todos los escritores era considerado el único vehículo posible de la civilización a América y portador de los valores supervivientes en el tiempo y latentes en los habitantes del continente. Claro que las nuevas élites, para cuyos intereses el continente debía de ser redefinido dentro de los distintos tipos de economía, agradecían los distintos tipos de manifestaciones que pugnaban por la América internacionalista y justificaban sus proyectos de nación. La personalidad del Almirante debía de ser contemplada desde los ámbitos de aquello que persigue una justificación o una validación; de ahí que nosotros

argumentemos que, más que personaje histórico, devino en paradigma y símbolo de la civilización occidental y de varios estilos de hacer las cosas.

Una vez que hemos tratado de remitir al lector en las consideraciones que hicieron uno de los grandes pensadores de México, Lucas Alamán y un defensor no muy conocido, pero ciertamente liberal, Ortega, nos corresponde comenzar con otro análisis: los libros que se utilizaban para la enseñanza de la historia independientemente si éstos eran o no individuos en edad escolar. Pues bien, cuando se investiga la presencia de Cristóbal Colón dentro de la historiografía propia de los libros que podríamos darles el nombre de libros de texto, es necesario reflexionar acerca del concepto del héroe y la heroicidad dentro de la historiografía.

El héroe es una alteración o exageración de las dotes de un cierto personaje, destacado por su singularidad; esta alteración se acompaña de un conjunto de valores dados o implantados por quien elabora y recubre la imagen del candidato a la heroicidad.

La anterior se entiende como la acción elevada, fuera de los valores normales del mundo común y corriente, de un sujeto determinado; ahora bien, el manejo de estas concepciones dentro de la historiografía no está alejado del uso intencionado del personaje para fomentar ciertas expectativas moralizantes en todo caso, didácticas, pedagógicas, nacionalistas o de cualquier otra índole. Es importante entonces, guardar distancia crítica con respecto al texto y aquello que destaca u omite, pues tales carencias u exaltaciones son producto de una mentalidad directriz que, mediante el curso del tiempo se filtran y forman parte del bagaje cultural de la población, a través de la educación, el relato oral, la lectura o bien, las fiestas cívicas.

Dentro del tema concerniente a Cristóbal Colón, puede decirse que es un personaje que dentro de los libros de texto, adopta una extraordinaria forma de heroicidad.

Las reglas para la adecuada utilización del héroe para la educación, en el momento que estamos estudiando, la sintetizó el maestro Justo Sierra, cuando recomendaba las teorías de un tal profesor Bain, *La Ciencia de la Educación*, en el mismo se alentaba la enseñanza de la historia a los niños y jóvenes mediante la “descripción viva de los personajes.”¹⁵³ Aunque, decía el viejo maestro, que debía de enseñársele al individuo los valores morales de los héroes, “...no es lícito falsear los sucesos para darles un carácter moral...que pocas veces tienen...”¹⁵⁴

Sin embargo, la realidad era muy otra, pues la exageración y falta de precisión de los textos de enseñanza permitían la libertad del maestro para llevar a cabo un proceso de moralización entre los educandos, aún más, la heroicidad era el tema recurrente y los libros que pudimos consultar se regodeaban en lo dramático, lo novelesco haciendo gala de romanticismo cursi: eso, obviamente, los hacía poco confiables.

De tal manera, Sierra, sosteniendo sus afirmaciones, al narrar el descubrimiento de América fue sumamente parco y directo, hablando del mismo como importante por el sólo hecho de haberse gestado una nueva cultura, beneficiaria del occidente y hecho bendito, pues introdujo al mundo americano al progreso universal.

Al maestro Sierra no se le escapó de la conciencia, el peligro implícito en exaltar desmedidamente al Almirante de la Mar Océana, en tanto su razón le indicaba que, más que el personaje, el hecho era trascendente por sí mismo; coincidiendo en aceptar a Colón como factor más en el progreso de la humanidad. Así, no eran importantes los sufrimientos, injusticias y angustias cometidas contra el Almirante, ya que esto era previsible, dice Sierra, al ser un engranaje en el camino de la historia. En realidad nuestro autor no deifica a Colón ni lo cubre con

¹⁵³ Justo Sierra, *Elementos de Historia General para las escuelas primarias*, Librería de la viuda de Charles Bouret, México, 1894. p. 77

¹⁵⁴ *Ibidem*. p. 77

ningún halo de santidad o sobrehumanidad y destaca la aportación de Colón a la historia con mayúsculas, porque a Colón es a quien:

*Debemos el ser americanos y pertenecer a la familia de los pueblos civilizados*¹⁵⁵

Debe decirse entonces que Sierra se abocó más al ser constitutivo, al génesis formativo, es decir, argumentar los orígenes de cómo debía de ser América en el mundo finisecular y al mismo tiempo, encontrar orden explicativo a los principios de la América descubierta.

De tal forma y con base en nuestras lecturas de diversos libros, hemos de acotar que los alumnos, los lectores ocasionales o los estudiosos, leían una historia heroizante, maniquea, profundamente moralista y encaminada a inculcar los buenos hábitos y las buenas costumbres de la familia mexicana tales como el autoritarismo, la jerarquía y en mayor medida la necesidad de que los varones hicieran del hogar, un mundo propio. Esto, contrasta claramente ante los contextos políticos y económicos que necesitaban de personas mucho más capacitadas en el ejercicio del raciocinio que en la contemplación de la vida como una sucesión de dramas y vidas novelescas.

El libro educativo, en diferentes formatos y diversas metodologías expositivas (entre las cuales las más socorridas era un método nemotécnico de preguntas y respuestas) expositivas¹⁵⁶, hablaban al lector en un lenguaje llano, concreto. Dependiendo del destinatario usaban palabras acordes con el mensaje que pretendían incorporar al sujeto; se trató de un lenguaje claro que permitiera al individuo captar la atención del sujeto pasivo e introducir, en su formación juicios valorativos que incluían la aceptación del contexto ideológico y la admisión de las

¹⁵⁵ *Ibidem.* p. 78

¹⁵⁶ Algunas de las pequeñas obras consultadas estaban escritos a manera de catecismos.

relaciones jerárquicas de poder, es decir, rodear al sujeto a educar, de toda una atmósfera "natural".

En cuanto corresponde a la figura colombina, dentro de este contexto ya descrito, fungía el papel de símbolo fundacional. Así, era el dueño de una genialidad adquirida con los estudios científicos¹⁵⁷, era dueño de una perseverancia (lo cual es cierto) a toda prueba y poseía una inmensa fe ciega en la ciencia porque, dice D. Justo Sierra, Colón no hizo ciencia sino ésta la hizo a él; cuestión que Fernández-Armesto¹⁵⁸ establece como lo contrario; claro, esto lo afirma Sierra por sus tendencias positivistas en cuanto a la historia se refiere.

Por otro lado, a pesar de las referencias moralizantes de Sierra, da por sentado que el alumno sabe cuáles eran los contextos de desarrollo de las ideas del Almirante, pues para él lo válido era la llegada de éste independientemente de los medios usados y supuestos teóricamente. La respuesta nos la brinda el mismo Dr. Baine (al parecer influyente en el pensamiento de Sierra); según la teoría educativa de éste, el profesor no debía de preocuparse por demostrar al alumno el proceso de la consecución de la verdad histórica, sino sólo era menester mostrarle los efectos de los fenómenos históricos ya consumados. De tal manera, poco importaba si Colón iba o no a Asia o si en el primer viaje se dio cuenta de la identidad de un nuevo continente, pues

"El genovés partió, no en busca de América por cierto, sino del Asia, pues, era el Asia, el país de las especias." ¹⁵⁹

Con ello, creemos nosotros, un alumno medianamente inteligente debió de haberse preguntado qué era lo que realmente había sucedido en el proceso del descubrir América; esto se halla explicado por la real finalidad de Sierra: explicar

¹⁵⁷ Felipe Fernández-Armesto, *Op. Cit.* pp. 39-62. En dicha obra, el autor de la Universidad de Oxford, afirma que no es así, sino al contrario: Colón se sirvió de los estudios científicos una vez que mediante la prueba empírica, la experiencia, había llegado a similares o divergentes conclusiones acerca del descubrimiento de tierra.

¹⁵⁸ *Ibidem.* p. 61

¹⁵⁹ Justo Sierra, *Op. Cit.* p.78

cómo y por qué se inicia el mestizaje en el México del siglo XVI, mostrar como naturales e inevitables los beneficios de la cultura dominante, justificar la europeización de este país y convencer del presente y el potencial futuro venturoso del mismo al alumno.

Sierra no llegó a conceder tajantemente que Colón hubiese tenido conciencia de su acto, pero sí admitió normalmente el inicio de la civilización y de la historia del país, como tal, sólo a partir del descubrimiento colombino: el topamiento físico, primero en las Bahamas, fue mediante el uso de la razón y la ciencia de su momento, sin embargo, el ser, el sentido otorgado a América fue un segundo momento producto de la intuición colombina más que de la ciencia. Por último, haciendo uso de las afirmaciones del neocolonialismo, Sierra, indica en su pequeño libro, los beneficios del descubrimiento y la occidentalización del país, pues sólo gracias a ello, México se beneficiaba del comercio y el flujo de la riqueza mundial, es decir, la inserción de éste dentro de la historia universal. De tal manera, siendo ésta la mayor aportación de Colón, el servir como vehículo de la historia y de la civilización, quedó exento de cualquier juicio moral por parte de Sierra, lo cual es de alabarse en tanto su postura hacia el descubridor es más ecuánime que la de otros escritores de libros de enseñanza; además, Colón fue para Sierra el parteaguas de la historia nacional, pues significó un elemento evolutivo que marcó el desarrollo lineal de la historia mexicana. Esto, puede verse más claramente en su *Catecismo de Historia Patria*, donde el descubrimiento de América es sólo uno de los pasos, uno de los fundamentales, en el camino del continente al progreso histórico.

A mucha distancia de la objetividad del maestro Sierra, quien como pudimos apreciar poseía fundamentos filosóficos y pedagógicos para escribir para los alumnos y describirnos con toda justicia a un Almirante de la Mar Océana, existieron algunos escritores que aun con poca distancia con respecto a aquél,

hicieron de la vida de Colón y del descubrimiento un conjunto de mentiras y exageraciones, rayanas en la licencia poética. En este caso se encontró el escritor de libros de enseñanza Teomidoro Manzano, cuyo libro de Lecciones de Historia de México fue impreso en 1899, aunque cuatro años después se reeditaría. Para este autor, Colón fue un asiduo estudiante de la Universidad de Pavía, cosa que el mismo Almirante nunca dice, científico contumaz, víctima de los españoles y de la ingratitud de un mundo que no deseó comprender su genialidad. Además, Manzano hace que el descubridor navegue rodeado de lo peor de la España del siglo XV, en su mayoría asesinos y cobardes, aunque todo ello realmente aderezado por una buena prosa y muchas imágenes poéticas hasta la exageración. Las razones que para ello nos da es porque:

“[...]la memoria y el entendimiento del alumno, funcionan más con la descripción viva y vivaz del acontecimiento referido.”¹⁶⁰

La obra de Manzano, es uno de los ejemplos de los efectos distorsionados de la vida de Colón sobre los escritores de libros para la enseñanza; como puede verse, no existiendo realmente otras alternativas que pusiesen en tela de juicio lo hasta su momento estudiado de la vida del Almirante y contando a su vez, con otras fuentes secundarias igualmente distorsionantes, los autores tendían a tratar el asunto del descubrimiento de América con más moralidad y menos rigurosidad científica. De tal forma, Colón se convirtió en un paradigma de valores morales y, el descubrimiento un escenario donde éstos encontrarían la validez de su postulación. Esto porque como nos indica, el método era impulsar la imaginación de los niños para llevarlo más a sentir que a razonar, pues ante la carencia de rigurosidad metodológica y existiendo esa necesidad de ampliar el espectro moralizante de la

¹⁶⁰ Teomidoro Manzano, *Lecciones de Historia de México*, 2da. ED., Imprenta de Eduardo Dublán, México, 1903. p.25 (Esta edición hace alusión a una primera edición en 1899, desgraciadamente hemos de confiar en ello, pues nos fue imposible encontrarla en las bibliotecas consultadas.)

historia, era menester inculcar la identificación con el personaje en cuestión, pues como diría otro escritor de libros de enseñanza, Rafael Córdoba, el alumno:

“[...]sentirá que las lágrimas surcan sus mejillas, al recordar cuánto acibar hizo la negra ingratitud que apurase al Almirante.”¹⁶¹

Los efectos o consecuencias en las mentalidades de los educandos eran, naturalmente, la obtención de una conciencia totalmente adecuada a la reproducción de los valores convenientes para una sociedad que así los demandaba a la escuela; así mismo es patente el culto a los héroes y se desprende la naturaleza de la persistencia de los prejuicios históricos ante hechos fundamentales como la conquista de México, porque si existía una identificación para con el héroe, esa misma predisposición provocaría tangencialmente la absorción de prejuicios hacia aquellos que habían causado mal al personaje, en este caso el Almirante de la Mar Océana. Es decir, la consecuencia de seguir postulando la historia mediática y maniquea del descubrimiento de América, implicaba juicios hacia los castellanos y la correlación del papel de éstos en la historia de México, de ahí la conciencia de perpetuar las nociones históricas adversas a aquéllos y a todo lo que implicara el mundo español: una de las enseñanzas de la historia a través de sus instrumentos, los libros.

Así, en los libros de educación pública o privada, la historia del descubrimiento de América, además de hacer insoluble la vida de Colón y el hecho descubridor, era toda un epopeya con ribetes de romanticismo, en la cual se desbordaba la imaginación de los lectores, pues de acuerdo a las teorías de los educadores esto era lo mejor para aprender la historia patria y la universal; empero, también existe una característica muy acusada la cual estriba en una especie de

¹⁶¹ Tirso Rafael Córdoba, *Historia Elemental de México*, Juan Valdés y Cueya, editor, México, 1890. P. VIII de la introducción.

venganza dentro de los libros de texto siguiendo las leyendas en torno al primer viaje de Colón, es una venganza pírrica y atemporal siempre presente: todos los involucrados en la empresa, excepto la reina Isabel y los frailes Antonio de Marchena y Juan Pérez, fueron una caterva de presidiarios, asesinos y malas personas, cuyas expresiones de odio hacia el extranjero genovés les hicieron merecedores de un castigo literario: al descubrir América, el Almirante recibió peticiones de perdón y besos en las manos y pies por parte de los marineros. Cosa esta anterior que jamás existió por cierto como prueban los recientes estudios de Fernández-Armesto.¹⁶²

Existía entonces muy poca precisión y apego a las verdades comprobadas y el escritor se dejaba llevar por sus inspiraciones literarias: a ello correspondió un Almirante entendido como vehículo de todo tipo de virtudes y bondades; era él quien elaboraba su teoría descubridora mediante la inspiración de Dios y de la ciencia, de la Idea Universal, aunque siempre impulsado por los sentimientos motores de la condición humana más excelsos: el amor-odio, pasiones que liberaban el espíritu científico encarcelado en el sentido común y las convenciones científicas y sociales de la época, elevando a través del libro de texto, a nuestro personaje sobre el común de los seres pedestres.

Es decir, Colón fue el grande hombre, cuyo espíritu actúa por amor a Dios, la ciencia o la humanidad y por odio a todo tipo de falacias. En este camino, Colón se encontraba rodeado de todo un panteón de hombres ilustres que habían ensanchado las fronteras del conocimiento humano. Los libros de enseñanza dan cuenta de ello, además los elementos educativos señalados indican el esfuerzo de los escritores por enseñar valores culturales, íntimamente relacionados con la occidentalización de las élites sociales.

¹⁶² Felipe Fernández-Armesto, *Op. Cit.* p. 102

La educación tomaba a Colón como el paradigma del conocimiento y determinante de toda buena moralidad, aunque, debe aclararse, todo fue dentro de un contexto en el cual todos los personajes históricos eran idealizados como parámetros educativos y culturizantes; así mismo, la peligrosidad de esto fue poner la educación al servicio de las elites gobernantes. Dentro de nuestro análisis las relaciones históricas señalan un tramado consistente en solventar ciertas perspectivas ideológicas.

Una cuestión importante a destacar dentro de los libros de enseñanza de la historia, es que para la conservación de las ideas católicas, la unidad de las comunidades, había de rescatarse la serie de motivaciones colombinas y los resultados de su obra histórica: en efecto, para los escritores de tales libros, el espíritu católico lo había formado, por ende, dentro de las obras educativas aparecerían estas concepciones como explicaciones racionales del proceso de descubrimiento de América, el objetivo del viaje era dependiente siempre del ensanchamiento de la fe y el origen de las ideas colombinas eran producto de voces divinas o fuerzas espirituales derivadas del espíritu providencial. Naturalmente, los personajes alrededor del héroe católico son definidos en relación con su falta o sobrada labor evangelizadora: Isabel de Castilla sería por excelencia la preferida de los historiadores, junto con los frailes Marchena y Pérez, por el contrario, Fernando el Católico y todos los demás opuestos a Colón establecerían los paradigmas negativos del proceso histórico del descubrimiento.

El destino del continente para los educandos y los elaboradores de tales libros, por ejemplo para algunos era ser el bastión católico frente a la expansión anglosajona por el continente americano, así como para la conservación de los fundamentos católicos dados al continente en el proceso de su conformación.

Ahora bien, por cuanto corresponde a aquellos creyentes en las superiores bondades de la ciencia, imparciales en apariencia y de acuerdo con las directrices

de un Estado abocado a la absorción centralizadora y con las claras intenciones de elaborar la conciencia de las promesas del progreso alcanzable, los libros hechos por eminentes historiadores como Justo Sierra, Lucas Alamán o Guillermo Prieto, las causas del descubrimiento de América, radicarón en la vinculación de la naturaleza americana (otorgada en el momento mismo del descubrimiento físico por su descubridor) con la historia global de la humanidad; siendo que ésta se encaminaba rumbo al goce de un destino industrializado y pleno de una civilización superior, el americano era el elegido por la mecánica y la lógica del progreso, del espíritu de la razón humana, para perpetuar y dar origen a un continente cuyo mayor bien era el trabajo.

Los ideales educativos fueron, así, producto de esto y nos hablan en los textos de estudio científico, de la aplicación del infante al patriotismo, al nacionalismo, porque Colón desde la concepción de su idea descubridora había actuado siempre para engrandecer a su patria. Claro, a los lectores de los documentos del Almirante, sobre todo su testamento, les quedaba explícito la relación estrecha de éste con su patria, sin embargo, dentro de la percepción de Fernández-Armesto, lo que ligaba más a Colón eran sus relaciones con las principales redes de comercio y prestamistas genoveses.¹⁶³ Pero no sólo a su natal Génova, sino también a su patria adoptiva, España. Además, entre las creencias impulsadas, se encuentra una ciega fe en las teorías utópicas del capitalismo, pues el Almirante (independientemente de todos sus defectos humanos que eran producto de los males del siglo y no de sí mismo) fue el primer hombre en realizar un proyecto de gran envergadura de carácter privado, es decir, el espíritu de la iniciativa privada y del individualismo histórico encarnaría en el genovés; creencia adoptada por la mayor parte de los colombófilos, sea esto, que el Almirante fue la encarnación del espíritu capitalista.

¹⁶³ Felipe Fernández-Armesto, *Op. Cit.* pp. 62-85

Por otro lado, la historiografía educativa referente al proceso del descubrimiento de América, fue pléyrica en apreciaciones moralistas: en las obras, hay dos temporalidades bien definidas en cuanto al desarrollo de la trama histórica, una procedente de los pocos datos racionalmente verdaderos y en los cuales abundan los mitos del desempeño de los personajes; otro, redundante en los juicios morales, casi siempre después de efectuada la llegada del Almirante a América. En estas partes los autores desplegaban toda su sapiencia y plumas para elevar hasta la exageración, a Colón y los avatares inventados.

Por ejemplo, Manuel Payno diría en su libro-catecismo, *Compendio de Historia de México*, desde un inicio consideró al descubrimiento de América como una parte constitutiva de la historia mexicana al contrario de Alfredo Chavero en la introducción al primer volumen de *México a Través de los Siglos*, quien omitiría a Colón y al descubrimiento de América como parte de la historia del país, dejando al lector una mínima oportunidad de inferir la importancia del acto descubridor¹⁶⁴. En el mismo texto, se advierte la parte racional y la moralista típica de la mayor parte de los autores de libros adecuados a la enseñanza. En efecto, después de narrarnos con gran maestría los proyectos colombinos, acepta Payno en considerar como una gran exageración las concesiones de la corona española a un particular¹⁶⁵ y demuestra que esto fue una necesidad de resolver el problema político que representaba su exigua unidad nacional, haciendo víctima al Almirante de un flagrante despojo legal y legítimo; empero su colombofilia, llega a la noción comprensiva de que, fuera de cualquier providencialismo, el despojo supuesto era el resultado natural de la fundación del Estado Moderno.

¹⁶⁴ Vicente Riva Palacio (director), *México a través de los siglos*, Vol. I, México, Ed. Cumbre, 1989. p. 1

¹⁶⁵ Manuel Payno, *Compendio de la Historia de México, para el uso exclusivo de los establecimientos de instrucción pública*, 2da. Edición, Francisco Díaz de León y S. White, México, 1871. p. 10.

A pesar de tan clara muestra de objetividad, la parte educativa se impuso a su afán científico, pues partiendo de calificaciones morales, le otorga al descubridor la paternidad fundadora del continente.

“[...]este hombre singular, es el fundador, **el padre se puede decir** de las grandes familias que habitan hoy en América, desde el Labrador y el Canadá, hasta el Cabo de Hornos.”¹⁶⁶

Era Colón, entonces, el numen tutelar de América, un ente perpetuado en la conciencia americana, cuya sentencia originaria era la injusticia, la inmoralidad de los actos a su descubridor extendidos a toda su descendencia: América y los americanos. Aunque de manera final, sin indicar algún sentimiento de rencor, se denota una clara perspectiva de los dolores aquejantes de la América española: la descalificación desde la imposición de un nombre no correspondiente a su origen colombino, pues siempre se consideraría a Amerigo Vesputio la poco honrosa calificación de descubridor de América, aunque las nuevas interpretaciones, por ejemplo las de Fernández-Armesto señalan que en su tercer viaje, Colón supo empíricamente que las tierras topadas no eran parte de Asia, por lo cual, Vesputio no es el descubridor del continente, sino uno de los exploradores del mismo.¹⁶⁷

Los recursos intelectuales con los cuales se hacía análisis de la historia del descubrimiento y del personaje principal, Colón, eran básicamente el pensamiento ético y la imaginación, factores ambos que, concretamente, actuaban como guías de los profesores de aquellos años. Así, en cuanto a la educación se trataba, las obras también comprendían ciertos alcances condicionantes del individuo a largo plazo: la honradez era uno de los requisitos indispensables para vivir en la sociedad mexicana, la perseverancia, a lo colombino, sería uno de los valores para volverse

¹⁶⁶ *Ibidem.* p. 21.

¹⁶⁷ Felipe Fernández-Armesto, *Op. Cit.* p. 218

hombre moderno, pero aún más, la mayor enseñanza era la de no temer al posible truncamiento de los estudios por causa de la pobreza social del individuo: el escritor de libros para la enseñanza de la historia, Enrique Pérez Verdía, colocó a al Almirante como el mayor ejemplo de la búsqueda del éxito social, a través de la práctica del individualismo, es decir, podría ser pobre el individuo y no obstante, alcanzar las cumbres del reconocimiento social haciendo uso de los recursos del ingenio personal. Obviamente que esto no es, sino uno de los justificantes del porfiriato ante las expectativas nulas de desarrollo de los individuos pobres. Para ello se argumentaba que el descubridor, como individuo, supo hacer frente y, desde luego, superar las adversidades que le presentaban la vida y los hombres.

Por su lado, Guillermo Prieto también incurrió en la labor de adornar la aventura colombina para los alumnos del Colegio Militar, aunque con menos extravagancia que los anteriormente citados. En el libro hecho para los alumnos del colegio en 1866, Prieto no rebasa en detalle a los precedentes, pues los contornos de su obra quedan restringidos a los lugares comunes y, prosa más o menos, se encuentra un parecido con las descripciones de Joaquín García Icazbalceta en su *Diccionario Universal de Historia y Geografía*¹⁶⁸. Guillermo Prieto haría recuento de las virtudes hipotéticas de Cristóbal Colón: patriotismo, valor, sacrificio, heroísmo y nacionalismo son las constantes nuestro personaje; claramente esto indica que la perspectiva de a quienes iba dirigido el libro, condicionó su manera de tratar el asunto del descubrimiento: los alumnos, futuros soldados de las elites mexicanas, necesitaban héroes cuyos valores principales fueran los anteriormente descritos y resaltados por Prieto. Así mismo, el literato creyó en las versiones que indicaban la sapiencia de Colón de las tierras americanas, éstas se encontraban totalmente dispuestas a su descubrimiento y a brindarse al descubridor y no a otro,

¹⁶⁸ Joaquín García Icazbalceta, *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, Vol. II., México, Tip. De Rafael Andrade, 1853.

pues éste representaba a los ideales emergentes de la humanidad deseosa de libertad, en este sentido, Colón era el creador por excelencia porque:

“[...] así pidiendo revelaciones a su genio en esa abstracción misteriosa en que parece comunicarse en solemne aislamiento con su Dios, brotó de su pensamiento, como el tránsito de una aparición divina, el proyecto de buscar el oriente por el occidente, para acercar y como para desposar la India con la Europa y hacer recíproca su civilización y riquezas.”¹⁶⁹

Así, hay una idea como tal en sí, es decir, metafísica, consistente en la premonición de encontrar tierras al occidente, pues aunque Prieto no nos lo indica, está hablando de América y no de la India: eran independientemente de ello, tierras que esperaban a “alguien”, al genio que supiese deducirlas del ámbito ideal mediante la imaginación o “el vuelo del espíritu”. Estaba ahí la idea primigenia desde siempre y aunque existente, ignorada del todo por el resto de los contemporáneos de Colón: he aquí que la llegada del Almirante es necesaria para el desenvolvimiento de la idea del descubrimiento de América. En la misma obra, amén de estos desatinos conceptuales, los cuales no tenía porque no cometer Guillermo Prieto, pues no era su oficio el de escribir historia, se anotan partes de una bellísima composición literaria y al pasar a la parte correspondiente a los demás actores del drama histórico (que así lo define Prieto), el autor procedió con benevolencia y moralidad, más bien como tratando de no hacer juicios siendo el menos moralista de todos los hasta aquí presentados.

Ahora bien, si existían aquellos autores abocados a narrar desde diferentes ámbitos la historia del descubrimiento haciendo de los niveles del *a priori* la constante de la hazaña colombina, existieron otros que con suma parquedad, apenas tocaron superficialmente el tema; bien porque no consideraban fundamental el

¹⁶⁹ Guillermo Prieto, *Lecciones de Historia Patria, escrita para los alumnos del Colegio Militar*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1886. p. 181.

papel de Colón en la historia nacional, o porque sus intereses eran los de elaborar una historia, la cual podríamos nombrar de endógena, por comenzar a partir de los reinados de Moctezuma y continuar con el desembarco castellano en las costas de Veracruz.

Un ejemplo de esto fue Carlos María de Bustamente y Julio Zárate, quienes haciendo a un lado el eurocentrismo prefirieron hacer una historia propiamente americana, es decir, mexicana; simbolizando con lo anterior que los esfuerzos conformantes del país se encontraban en las mismas circunstancias internas y alejadas de los intereses y contexto europeos. Historia que omite al descubrimiento de América no porque trate de evitar los problemas implícitos en ello, sino porque:

“[...]con el estudio de las vicisitudes de la gran familia mexicana, despierte y se acreciente en las jóvenes generaciones el fecundo amor a la libertad y a la patria.”¹⁷⁰

El nacionalismo porfirista coincidía *a posteriori* en el formato ideológico con la obra de Bustamente, quien en su obra, *Mañanas en la Alameda*, no ofrece mayores consideraciones respecto al tema del descubrimiento porque la fundamentación inmediata de la historia nacional se encontraba en el pasado indígena y en la era postindependentista; por ello, la figura colombina no mereció mayores esfuerzos del autor al escribir la historia nacional. Lo que omiten los escritores también es importante porque nos indica más de lo que pudieran decirnos, en este caso, las verdades acerca del descubrimiento de América como proceso y de la vida de Cristóbal Colón como eje del proceso en sí, eran tan confusas y poco estudiadas para su momento, que así como los autores hacían uso de la imaginación porque el tema y lo laxo de la información lo permitían, algunos otros se aventuraban a hipótesis descabelladas que, dudamos, hayan ayudado a los

¹⁷⁰ Julio Zárate, *Compendio de la Historia General de México*, México, Librería de la viuda de Charles Bouret, 1880. p. 3

alumnos a la comprensión de la historia (de ahí su función y carácter moralizante y socializante) y sólo permitían contradicciones evidentes. Por ejemplo, otro autor de libros de enseñanza, Javier Santa María, se quitaba problemas teóricos de encima afirmando que por un lado, Colón sabía de la existencia de América, pero como había partido a un viaje con destino a Asia, la casualidad era la explicación del arribo de aquél al continente en 1492.¹⁷¹

Por la causa anterior, el mismo Justo Sierra, como ya se abordó páginas atrás, apenas hizo mención del descubridor y haría más énfasis no en el personaje, sino en el descubrimiento como elemento transformador de la civilización nativa. Es decir, estamos ante otra dimensión de las cuestiones implícitas al descubrimiento: el autor podía elegir el hecho para hacer comprender la estructura de la historia de México o bien, escoger al personaje para fines meramente propagandísticos y moralizantes. Así, Sierra se inserta dentro de los primeros, por ello la descripción de la vida colombina no ocupa mucho de su ejercicio intelectual porque lo importante para él no era el Almirante como eje transformador, sino era el descubrimiento como puente entre dos mundos y dos civilizaciones; así, para Sierra quedaba salvado el escollo representado por la incómoda figura del Almirante, porque éste no condicionaba el futuro ni mucho menos era el origen paterno de América.

Los demás escritores de historias para educandos, independientemente de la edad, tomaron la figura del descubridor para los fines ya destacados, porque sus intenciones eran más de fondo incorporativo hacia la sociedad como elementos morales y no tanto como sujetos incorporados a una noción cultural. Sin embargo, no podemos descartar la calidad educativa de los libros generales de historia, porque sus objetivos inmediatos eran los de formar a los jóvenes; esta consideración es necesaria para comprender la poca especialización de los libros así

¹⁷¹ Javier Santa María, *Compendio de la Historia de México*, México, Librería de la viuda de Charles Bouret, p. 18

como para relacionar las diferentes versiones y maneras de apreciar la historia del descubrimiento de América y los objetivos y resultados del viaje colombino.

No obstante, es preciso apreciar que a pesar de no poder encontrar en ellos una clara posición política definida, sí hallamos elementos culturales valorativos en cuanto al Almirante de la mar oceana simbolizando los progresos del mundo finisecular, la preeminencia de la ciencia sobre las cuestiones religiosas, aunque ello no se acompañara de otros valores "capitalistas", sino de otros muy adecuados no a la individualización y sí a la aceptación de las jerarquías existentes en el México decimonónico. El caso también es matizar a la figura colombina en su valor didáctico, pues como personaje histórico era ejemplo de distintos esquemas éticos: piedad, valor, creatividad, honestidad, perseverancia, libre empresa, espíritu católico y un sin fin de valores supuestos atribuidos a un solo personaje, ello nos hablaría de las concepciones que pudo haberse hecho el individuo educado bajo tales enseñanzas.

Tal vez los autores no abundaron en rigurosidad y exageraron las propiedades éticas de Colón, es más, quizás los textos ni siquiera tenían gran importancia, pero contenían un conjunto de valores éticos que, liberados de sus parcialidades, nos crean un ambiente idealizado para el comportamiento humano. En efecto, al tomar partido, cualesquiera de los que se hable, colocaban una dosis de conciencia social a través del personaje que dejaba de ser él para convertirse en un ciudadano hipotético cualquiera en México. Ignoramos los resultados en la vida práctica, empero, Colón era un personaje venerado en las escuelas por cuanto su principal aportación educativa, paradigmática, fue el descubrimiento de América y el inicio del mestizaje indoibérico.

Para finalizar, podríamos establecer las siguientes conclusiones con respecto a las semblanzas de las obras secundarias, menores, que versaron acerca del descubrimiento de América y de la vida de Cristóbal Colón.

Nuestro intento de análisis historiográfico radicó en estudiar aquellas obras menores hechas al calor del festejo centenarista y que se encontraban en disposición en la Biblioteca Nacional de la UNAM, cuya aparición haya tenido lugar entre 1889 y 1892.

El primer bloque corresponde a las obras producto del debate entre dos corrientes seculares; en España se desarrollaron un reformismo histórico contrapuesto al tradicionalismo colombófilo. Los primeros actuaron dentro del ámbito reivindicativo de la historia española, frente a la todavía actuante y vigente leyenda negra española. El desmentido acerca de las injusticias hechas a Cristóbal Colón era necesario a fin de reducir los supuestos a posteriori endilgados al Almirante, es decir, esclarecer las intenciones u objetivos del descubrimiento y si el acto descubridor era la obra de un hombre o de todo un conglomerado social.

Los tradicionalistas en este punto, habían designado a Cristóbal Colón como el salvador de la civilización occidental, así como el portador de las utópicas esperanzas de libertad y extensión de la modernidad renacentista, cuando, como queda claro, para la empresa descubridora fue menester cierto ánimo mercantilista porque sólo después del encuentro con los aborígenes americanos, se procedería a la gran labor transculturizante efectuada por los portadores del occidente y los poseedores de la cultura indígena. Es decir, al ligar la vida colombina con el descubrimiento de América, se otorgaba al continente un sentido definido porque dependía de las expectativas de las cuales era producto. Sin embargo, al haberse cometido la más grande injusticia de la historia sobre el representante de la modernidad y de lo más acabado de la evolución humana, se torcía el destino americano, lo cual implicaba la conquista militar de América bajo los valores predominantes de los castellanos. Por ende debe de recordarse constantemente esta injusticia y reparársela en tanto de su reparación dependía la vuelta a los orígenes, a la utopización del continente.

Es ante estas verdades "consagradas por el tiempo" que, algunos españoles opinaron lo contrario y se dieron a la tarea de tratar de separar la vida de Colón y el descubrimiento posterior, aunque esto significaba terminar con la "leyenda colombina", pero sin demeritar nunca la imagen ante los ojos de la historia y su sagrado tribunal, los historiadores.

En las luminosas páginas de la defensa española, destaca la indudable intención de alcanzar el grado existente antes de la disolución del imperio, tratando de que el viejo sol español, ahora en el terreno de lo moral, vinculara a las flamantes y caóticas repúblicas americanas y al mundo español. Para ello era necesario limpiar y revalorar la historia española y la del descubrimiento, argumentado la colectividad del mismo y no la propiedad individual del mismo, para abordar un nuevo entendimiento histórico útil ante el embate de las grandes y voraces economías del otro lado del Atlántico y el reino de la democracia en América.

Precisamente, nos darán a entender los reformistas, si existió una gran efervescencia en los Estados Unidos por festejar del modo más grandilocuente posible el descubrimiento de América en 1892, era a causa de que los *a priori* adjudicados al Almirante genovés habían sido falsamente colocados a incubarse en el norte de América, cuestión muy evidente en la obra de George Bancroft, *The History of the United States of America, from the Discovery of the continent*.¹⁷² El imperialismo norteamericano trataría de encarnar la leyenda áurea y convertirse en la nueva Arcadia.

No obstante el gran interés por hacer las paces con la América española, los reformistas harían nuevos héroes en las figuras históricas y mejor conocidas de los Pinzón, Isabel de Castilla y los frailes de la Rábida. Podríamos reprocharles el

¹⁷² George Bancroft, *The history of the United States of America, from the discovery of the continent*, The University of Chicago Press, Chicago and London, USA, 1966. p. 3, 4, 5 y 6.

organizar nuevos cultos, pero trataron de equilibrar la leyenda colombina haciendo del descubrimiento una empresa en la cual participaría lo mejor de la mentalidad española. Así mismo, pondrían de relieve la enorme labor evangelizadora de los frailes e intelectuales sin menospreciar al americano aborigen o al producto final del encuentro violento, es decir, los criollos y los mestizos.

Para los reformistas los motivos del Almirante eran una combinación de afanes científicos y mercantiles alejados de cualquier utopía con respecto a un lugar determinado, Asia o América; en otras palabras el papel del genovés fue el de allanar el camino al conocimiento del orbe y poner en contacto a Europa y al otro continente del cual prefirió ignorar su existencia. Concluirían acentuando que el ser esencial fue dado a América en el largo y lento proceso de intercambio cultural. La imagen que nos dejan del Almirante de la Mar Océana, es una figura más humana, con graves errores políticos y humanitarios en las Indias Occidentales; aunque con grandes virtudes científicas y dotes emprendedoras fue quien en última instancia puso el primer pie, ignorante de las consecuencias, en el Nuevo Mundo.

Por todo lo antecedente pondrían el mayor empeño en hacer de la historia del descubrimiento algo diferente de la vida del aún respetable Almirante, pues quedaba claro que si se había cometido una "injusticia", fue por simples razones de Estado y porque Colón nunca logró probar que las tierras descubiertas fueran parte de Asia. Aportación importante fue, sin lugar a dudas, las desmitificación propuesta por los reformistas; en México sólo podemos citar a Don Justo Sierra como uno de aquéllos.

Por cuanto compete a los tradicionalistas, sus parámetros constitutivos de la figura genovesa descubridora evocan un conjunto de virtudes sin igual dentro de las mentalidades y espíritus históricos; paradigma del heroísmo, los objetivos de Colón iban más allá del mero encontrar una ruta a la India, puesto que los a priori se sustentaban en múltiples aspectos trascendentales y casi metafísicos: encontrar el

continente de la libertad y de la existencia de los múltiples el dorados junto al buen salvaje¹⁷³, así como la resurrección del espíritu constreñido de los europeos; Así mismo, dentro del bagaje colombino se hallaba la fundación de la utopía europea, de la liberación del individuo de las cadenas feudales, religiosas, o bien, de la miseria económica.

Para lograr sus objetivos, el buen Almirante debió de esquivar la ignorancia española, la estulticia de los religiosos, la oposición casi rayana en los celos de Fernando de Aragón y la cobardía de mezquina de los marinos españoles prestos a arrebatarle la gloria. De entre las líneas novelescas destacó el maniqueísmo de toda obra tradicionalista, siendo las verdades consumadas el corpus definitivo o la base de una de las mayores vergüenzas de la humanidad: haber despojado al gran descubridor cuya sapiencia estaba más que enfocada a una obsesión predestinada: el descubrimiento de las tierras intermedias entre Europa y las Indias.

El momento exacto del encuentro de europeos y los "buenos salvajes", presagiaba el nuevo derrotero del mundo. No obstante, la ruta, como se ha dicho anteriormente, fue torcida porque los intereses españoles no compaginaban con la visión creadora de Colón, como símbolo del progreso espiritual y renovador humano; más aún, los hispanos desarrollaron un continente deformado al haber prolongado las instituciones caducas del viejo continente.

Al final de casi todas aquellas historias tradicionalistas, la moraleja era: el castigo para los españoles había sido el no gozar del mismo tesoro sacado de las entrañas americanas y acelerar su decadencia como civilización; esto fue para los criollos tradicionalistas y su manejo de la figura colombina en dado el caso, era usarla para justificar la vuelta a la utopía inicial representada por el descubridor. De lo anterior, para los tradicionalistas se desprendía la paternidad de Colón sobre el

¹⁷³ Juan A. Ortega y Medina, *Imagología del Bueno y del Mal Salvaje*, UNAM-IIIH., México, 1987. pp. 12, 19 y 20. En dicha obra se analiza cuáles fueron los efectos de las narraciones del Almirante acerca de los aborígenes americanos, cuyas formas de vida, idílicas, parecieron a los europeos propias de la antigua edad dorada.

continente, podríamos aseverar, como producto de la soberbia criolla, se creyó en los máximos bienes después de haberse despojado del tronco español; algunos tradicionalistas en los albores de 1892, propusieron el cambio de nombre al continente: la renombración del mismo serviría como para retornar al principio de los orígenes, a la entelequia.

Así como los reformistas consideraban a Colón como el dador del ser americano, también los tradicionalistas, aunque la diferencia entre ambas creencias era atribuirle al Almirante la paternidad y el ser a posteriori de América, dándose una proyección de su vida a la manera de ser americana: sus virtudes fueron las que debían imperar dadas las utopías, esperanzas y sueños con las cuales había nacido el proyecto salvador-descubridor del genovés mientras que para los reformistas el ser americano era propio del proceso del descubrimiento castellano del continente.

Por otro lado, la mayor parte de las estructuras discursivas de las obras tradicionalistas fungieron como catalizadores de un maniqueísmo elaborado con base en la identificación de buenísimos personajes históricos, de preferencia aquellos estribos colombinos en la corte española y también de la denostación de todos aquellos quienes de una u otra manera habían tratado de traicionar, vejar o humillar al grande hombre. Entre los primeros está la difícil figura de Isabel la Católica, alma par de Cristóbal Colón, la magnánima rodeada de frailes y proyectos evangelizadores. A éstos se contrapondrían los “malos” guiados por los sentimientos más bajos de la humanidad: ira, envidia, venganza e ingratitud: las palmas se las llevarían Francisco de Bobadilla porque aherrojó al descubridor; Fernando el Católico, pues desposeyó al Almirante de todo lo legítimamente ganado según los acuerdos de Santa Fe y Américo Vespucio por ser responsable de usurpar la gloria colombina, adjudicándose el descubrimiento de América, es decir, el mayor plagio a las ideas, lo cual es algo muy del capitalismo.

Todos los personajes en escena desarrollarían una obra dramática digna de los mejores del género: al esfuerzo humano, a la limpieza de los ideales y a los afanes reconstituyentes del espíritu humano se les negaban oídos, brazos y materia para llevar a cabo la búsqueda de la libertad. La preservación salvadora de la humanidad dependía de un solo hombre cuyos proyectos devolverían, en mejores tierras, la libertad al alma humana acosada por las cadenas religiosas y mentales de la época, florecerían los tiempos en cuyas horas no existía el mío o lo tuyo.

Empero, las fuerzas demoníacas desatadas por la codicia española echarían todo a perder cambiando el ser predestinado, civilizatorio del nuevo mundo. Éste, después de la suerte de Colón, su descubridor e introductor, hallaría el peor de los males: subsumirse en el atraso por contraposición a la idea del progreso de la escuela histórica escocesa.¹⁷⁴

En estas circunstancias, la vuelta al principio, a la entelequia, implicaba terminar con las injusticias cometidas contra el Almirante, en el fondo, era tratar de cambiar el ámbito histórico, el pasado vergonzante para recomenzar.

Los contornos históricos varían para una y otra corriente: para los tradicionalistas la temporalidad cubre casi todo el siglo XIX, aunque para los reformistas fuese el momento el año de 1892: año de definiciones en lo tocante al nuevo destino de América como partícipe de los futuros beneficios económicos y civilizantes del camino económico “global”.

Para los reformistas, tanto en España como en América (en América los podríamos identificar por ser aquellos quienes recomendaban y abogaban por la reconciliación entre España y América latina, antes de que el expansionismo terminara con los sueños de unidad iberoamericana), era el instante de revalorar las

¹⁷⁴ *Ibidem.* pp. 132,133, citando la obra de Roy Harvey, *The Savages of America, A study of the Indies and the Idea of civilization*, Baltimore, The John Hopkins Press.

identidades y no seguir rindiendo culto a un pasado de mutua indiferencia, la cual había alejado a los americanos y a los castellanos.

Tal vez, como se demostró, la creación de un frente iberoamericano fue la intención ante el avance poderoso y voraz de las potencias centrales, aunque esto implicaba la resolución de las conflictivas naciones entre las dos partes.

Por último, con los católicos, entramos a terrenos archiconocidos: la historia del continente procedía de la extensión del catolicismo; al contrario de los escritores positivistas, quienes criticaban acremente la "oscuridad" en la cual se había sumido a los indígenas y los había alejado de los beneficios del progreso occidental, la luz del evangelio brillaba y le otorgaba un sentido infinitamente trascendente al continente: conservando el cristianismo y la verdadera religión.

En el descubrimiento de América se observa la predestinación de todos los personajes; Colón manifestaba desde su proyecto descubridor un afán redentor evidenciado por todas las vicisitudes sufridas durante la realización de dicho proceso. El mismo, al trascenderse a sí mismo, deja su humanidad para transformarse en casi santo, pues según los cánones de la exégesis católica, el Almirante había cumplido con redimir al otro mundo sumido en la ignorancia de la verdadera fe.

La interpretación de los a priori y a posteriori (los resultados) del Almirante sobre América, serían los mismos conceptos de los escritores clásicos del catolicismo: Las Casas, Mártir de Angleria, etc., Destacándose, empero, un cambio imperceptible en el ámbito cognoscitivo-explicativo, en tanto no sólo la Providencia había trazado la ruta colombina, sino la ciencia con todo su raciocinio y método racional, había fungido como mero instrumento de los designios metahistóricos de la divinidad, por ende no había contradicción entre la religión y la ciencia: Ambas pertenecían al reino de las manifestaciones divinas sobre el hombre.

Este cambio podemos atribuirlo a las tendencias del papado dirigido por León XIII, éste, con un interés modernizador de la grey católica y mantener la posición de influencia moral de la iglesia ante la paulatina secularización, de toda índole moral y social, planteó la incorporación a los saberes teológicos de las nociones científicas, racionales en extremo, postuladas por la vanguardia intelectual. La vigencia de la imagen providencialista y los intereses del papado, le dieron a las interpretaciones católicas del descubrimiento, un matiz confuso, puesto que la mayoría de las exégesis mezclaron ideas metahistóricas con hipotéticas pruebas científicas de la predestinación colombina para efectuar la segunda redención de la humanidad. Para la iglesia católica el descubrimiento del nuevo mundo era aún su mayor fuente de gloria: quienes dieron la oportunidad de descubrir al Almirante, los reyes eran católicos, quienes ayudaron a Colón en la corte y frente a la tanto famosa como denostada Junta de Salamanca, habían pertenecido al catolicismo más místico y activista; finalmente, el descubridor con su acto, había puesto en contacto a la otra mitad del mundo para recibir los evangelios y la verdad, cuestión no exenta de valor culturizante; en otras palabras, la iglesia católica, vía papal, utilizó el descubrimiento de América para mantener su influencia, recordarle al mundo su importancia dentro de las labores salvadoras y civilizadoras de la humanidad. Esto justamente cuando las grandes potencias europeas partían al mundo en zonas civilizadas y no civilizadas, a las cuales, pobres, habría de extenderles la luz del progreso.

Ninguna de las tres anteriores interpretaciones hizo gala total de objetividad; el trio gravitó hacia zonas peligrosas donde nacionalismos, intereses económicos y religiosos, se mezclaron hasta hacer de Colón un mero botín centenarista, festivo y distorsionado. Aunque podemos argumentar que existía dentro de los revisionistas una interesante, pero blasfema propuesta: al exigir la secularización y examen objetivo de la vida del Almirante de la Mar Océana, amén de separar a éste de los a

prioris y a posterioris del descubrimiento de América. Por ende, no puede generalizarse en cuanto a la temática tratada, que todas las obras siguieron considerando a Colón como el eje y artífice del proceso de gestación y conformación de América, lo cual no le quitaba como hasta la fecha el rango de descubridor del continente. Lo demuestra el hecho de que los libros de texto en México, así como dentro de la tradición escolar popular, sigan otorgando el derecho de haber descubierto a la América virgen. Empero, hemos de anotar, la vida del Almirante continúa unida inseparablemente al hecho, pero ya no es la vida heroica que tanto fascinara a nuestros bisabuelos, ni predestinada ni legendaria, en tanto las luces reformistas llegaron para iluminarle, aunque de manera modesta y casi imperceptible, mejor el rostro y resultó que el gran genovés, retornó, aunque brevemente, a una aceptable dimensión humana e histórica¹⁷⁵: no un santo, no un ejemplo de heroicidad y sí un perfecto ejemplo del espíritu humano en su inmensa curiosidad y maleabilidad, un ejemplo de la mentalidad medieval y renacentista; finalmente es, verbi gracia, de cómo el ser humano necesita de raíces para justificar su existencia y entre más fuertes y claras sean aquéllas, tanto más fácil será la concepción del presente y la sana perspectiva del futuro.

¹⁷⁵ Salvador Bernabéu Albert, *Op. Cit.* "Las aportaciones de esta generación de historiadores fueron muy importantes y numerosas, forzando a las autoridades españolas a conmemorar el descubrimiento de América en lugar del Centenario de Colón." p. 12

5.- CONCLUSIONES.

Al finalizar el presente trabajo, hemos de dividir nuestras conclusiones en dos partes: siendo la primera concerniente al proceso de politización del festejo centenarista de 1892; en este caso Cristóbal Colón se percibe como un leit motiv, el pretexto suficiente para el desencadenamiento de expresiones políticas. En el corte internacional, los Estados Unidos aprovecharon el ambiente ceremonial y festivo a fin de promover en su beneficio un conjunto de medidas que incluían, en su parte nodal, la unidad aduanal hispanoamericana, aunque los esfuerzos chocaron con el nacionalismo y los temores engendrados en las élites gubernamentales, por lo menos en México; ante todo porque éste centraba más su atención y sus favores hacia las inversiones y la cultura europea. En este ámbito, también debemos concluir el papel de España como impulsora del Cuarto Centenario, a su vez, también interesada en recomponer la historia de ambas zonas a fin de formar nuevos vínculos, tanto políticos como económicos, estos esfuerzos de reconciliación estuvieron involucrados dentro de la gama de expresiones nacionalistas que, amplias, intentaron hacer de Iberoamérica un enorme mercado o por lo menos una zona de flujo comercial más estrecho y libre; la prueba está en la ingente cantidad de propuestas, demandas y peticiones acerca de la necesidad de transformar las leyes de comercio internacional vertidas en congresos mercantiles, en los discursos y artículos periodísticos.

Es así como el régimen porfirista decidió hacer suya la celebración centenarista porque también se encontraba inmiscuido en ciertos problemas posiblemente no graves, sino solucionables a corto plazo, sin embargo, el proceso de construcción de la dictadura necesitaba recuperar, construir o bien, ganar espacio también culturales; en otras palabras, justificar al régimen como un

producto metahistórico de un progreso cuestionado por la realidad, pero que al fin y al cabo, se notaba en la paz, los ferrocarriles, el telégrafo y las preferencias de los extranjeros al invertir en México, así como en el desarrollo de otras estructuras, de tal forma se dio a la tarea de hacer del centenario una obra de propaganda tanto nacional como internacional, donde la dictadura se justificaba en la necesidad de abrir a México a la verdadera civilización y hacer partícipe al país del progreso mundial; claro, no puede culparse al gobierno de ese afán, pero en otros casos la pantalla ideológica sirvió para solamente encubrir otros procesos de enajenación. Para efectos de concreción, el centenario y el festejo colombófilo, sirvieron de simbolización del redescubrimiento del país hacia los intereses del capital imperial europeo.

Así mismo, debe concluirse después de este largo periplo, la atmósfera que, sin ningún remordimiento, se tornó amplísimamente festiva. El ambiente paroxístico nos deja entrever la real creencia en el progreso de la humanidad, en lo respectivo a las clases dominantes mexicanas, quienes, por lo menos en el discurso, justificaban el centenario como parte del camino ascendente y recto del progreso positivo, la síntesis de sus expectativas se demostró ampliamente en el curso de las creencias, eventos y festejos.

En realidad el centenario fue un catalizador, el cual demostró todo el bagaje conceptual e ideológico de la aristocracia mexicana. Por otro lado, la política cultural del régimen se mostró un tanto consecuente con los tiempos, posiblemente porque quedó en manos de algunos intelectuales, quienes en realidad tomaron en serio el asunto de la reconciliación histórica y la recomposición del camino histórico, ya que como se ha demostrado el papel del país en la exposición histórico-americana fue, si no todo un éxito, destacada. No obstante, en el mismo aspecto, la política cultural enfocó sus esfuerzos en ocupar espacios propios, ganar puntos estratégicos en la ciudad donde se mostrara el carácter progresista a los

visitantes y sirviera de mensaje simbólico hacia los visitantes de las ciudades del país. Nos parece también, que queda por estudiar adecuadamente la historia de los monumentos colombinos en el régimen, explicándolos dentro de su contexto estructural económico y político.

De cualquier forma, el carácter festivo fue extremo, sin cuestionar el sentido del mismo, por un lado, eso nos ha demostrado el estado de las creencias y del discurso histórico, centrado en la consideración unilateral de la existencia de un solo parámetro para juzgar la cultura o el grado de civilización, así como demuestra el altísimo nivel de expansión del imperialismo cultural proveniente de Europa, cuyas modas se impusieron, torcidas y tergiversadas en el país a través del porfirismo. Además de ello, la falta de proyectos nacionales: de ahí la adopción de las ideas dominantes y el impostergable afán de introducir, redimir, a los pueblos indígenas incorporándolos a la civilización verdadera.

En otro rubro, el historiográfico, hemos asistido, primero, al revestimiento, a la construcción de un personaje que ciertamente existió en una dimensión humana, producto de su siglo, pero lleno de contradicciones y ambigüedades adosadas por aquellos que buscaban explicar históricamente el proceso de la creación de la América; así, el individuo se atomiza transformándose en diversas partes, donde cada una de ellas lo explica en conjunto y predomina sobre el resto: de esa forma existen tantos personajes como pueda ser posible, muchos "colones"; todos ellos válidos y despegados del ser original; académico, destacado estudiante, religioso, visionario, precursor del espíritu liberal, empresario, autodidacto, criminal esclavista, oscuro seductor de féminas de las cuales se aprovecha, joven, viejo, padre amoroso, etc., amén de sus múltiples nacionalidades pero ante todo, responsable del progreso humano y de la inclusión de América en la historia del mundo occidental. Descuidando empero, el asunto toral, el sentido de la América decimonónica: como proyecto realmente histórico, sólo sabemos acerca de la

inclusión de México en el mundo civilizado, el compartir estrechamente los márgenes de la riqueza, mal de todos nuestros tiempos.

La fragmentación de un solo hecho histórico como el descubrimiento de América y el personaje en el cual se centró la explicación causal y última (el sentido del hecho mismo), procedió a conformar la llamada *leyenda colombina*, cuya estructura narrativa demeritaba a todo personaje que no fuera el Almirante de la mar oceána, estableciendo parámetros maniqueos donde todo mundo era bueno o malo, retrógrado o progresista en relación a su apoyo o no a aquél. La tradición, otro concepto recurrente fomentó la adoración al personaje ya descompuesto en sus partes constitutivas. Así, al hablar de Cristóbal Colón se habla del descubrimiento, inseparablemente, aún a la fecha en los libros de texto de educación básica. Todo lo anterior queda claro en los sendos estudios de Edmundo O'Gorman, sin embargo, creemos haber dado a conocer un fragmento de la historiografía que, posiblemente, en su momento (siglo XIX) no aportaría nada en lo inmediato a los estudios históricos o a la hermenéutica del hecho, pero que intentó desprender el hecho histórico de la vida del personaje. A esto se le ha llamado escuela "crítica", para nosotros revisionista toda vez que buscó revisar al personaje para llevarlo a terrenos menos legendarios y más reales, más históricos y equilibrar este hecho que aún hoy, a pesar de todo, nuestra tradición académica llama el descubrimiento de América.

El nacionalismo con el cual se revistieron las festividades también fue incluido en las expresiones historiográficas; como producto de este proceso pudo haber surgido un Colón más humano, históricamente más real, menos consecuente con los tiempos decimonónicos, no obstante, el predominio de lo establecido historiográficamente en un instante donde los fundamental no era el proceso, dadas las aporías (sobre todo la del objetivo asiático y el descubrimiento de América),

sino el resultado último, definieron que los esfuerzos cualesquiera quedaran sin ir más allá.

Ahora bien, en otras perspectivas, la figura del Almirante continuó reducida a ente católico, cuyo único fin sería extender el evangelio y redimir las almas de los pecadores; así mismo para los académicos Colón sería un instrumento didáctico y moralizante, cuya vida, pegada al descubrimiento, se traducía en enseñanzas modelo, en paradigmas que enseñaban al individuo el amor patriótico, el empuje de la libre iniciativa, la perseverancia y otras virtudes; por supuesto, este tipo de historiografía demostró la parte buena, digámosla así, del Almirante, procediendo a la omisión y al olvido de situaciones comprometedoras o difíciles de explicar.

En resumen, la historiografía de ese momento es una amplia gama de interpretaciones desde las más serias y reflexivas (recordemos la pregunta de Cesáreo Fernández Duro: *¿Es el centenario de Colón?*) hasta las más clásicas del catolicismo, la vieja historiografía romántica, etc.; la convivencia de todas las interpretaciones en un solo período, permite concluir la diversidad de posturas con respecto a un hecho único; ello, permitiría a todo sector justificar sus permanencias, su autoridad moral, su prestigio ganado al cumplir con el verdadero espíritu del Almirante o su vigencia histórica.

Al finalizar, creemos haber demostrado nuestras dos hipótesis iniciales, hemos argumentado el por qué el centenario y sus figuras fueron el producto de contextos más amplios y no sólo el festejar por el mero festejar; no, las condiciones externas implicaron el movimiento de las simbolizaciones del imaginario colectivo a manera de justificantes; por otra parte, demostramos también que, a pesar del clima historiográfico dominante y tradicional, el centenario del descubrimiento de América, promovió un tipo de historiografía de corte crítico, cuyo impulso terminó agotándose ante las celebraciones y el peso de lo oficialmente festivo, sin embargo,

hemos de reconocer su valor como primer cuestionamiento a la historiografía dominante.

Por último, cabe anotarse la falta de reflexión por parte de quienes hicieron del centenario una parafernalia festiva y alegre, autocomplaciente; el destino o el proyecto sustentante de la historia hispanoamericana era una masa confusa y amorfa y según lo apreciamos, no existió una perspectiva de independencia, en tanto sólo se contempló el progreso nacional como integración a los modelos culturales europeos, los cuales poseían parámetros que condicionaron la pertenencia o no a la historia universal. No fue cuestionado el sentido de la historia hispanoamericana y mal podríamos haberlo esperado en tanto sabemos el carácter elitista de los festejos; así, la dependencia integrativa desarrolló un conjunto de expresiones culturales. El Cuarto Centenario es ejemplo claro de esto. El festejo y su historiografía pertenecen a momentos históricos bien definidos; las ceremonias reflejan todos esos estados entre económicos, políticos y culturales: todas las creencias finiseculares se manifestaron, aunque no sabemos claramente de descontentos u oposiciones, si existieron, fueron acalladas por lo oficial.

Por último, contrastaron con las rememoraciones del quinto centenario, el cual fue ampliamente cuestionado, manifestándose así el conjunto de condicionamientos materiales productores del descontento; el emblema, la leyenda como un continuum, permanecen en la memoria colectiva y determinaron que si bien es cierto el anterior centenario fue un enorme festín para las élites, todo lo contrario ha ocurrido con el quinto: porque ahí sigue la estatua del viejo Almirante de la Mar Océana, señalando a todos los horizontes y siendo el centro de los cuestionamientos y reproches del imaginario colectivo cada 12 de octubre. Se ha demostrado pues, que la simbolización de hechos y personajes tienen su parte en la larga duración.

6.- BIBLIOGRAFÍA.

Alponte, José María. *Cristóbal Colón, un ensayo histórico incómodo*, México, FCE, 1992. Colecc. Popular no. 470.

Álvarez, Paulino. *Colón, oración apologética*, Salamanca, Tipografía del Santísimo Rosario, 1892.

Bancroft, George. *The history of the United States of America, from the discovery of the continent*, USA, the university of Chicago press, 1966.

Baranda, José Joaquín. *Discurso y poesía a Colón*, México, imprenta de Francisco Díaz de León, 1892.

Bernabéu Albert, Salvador, "Los significados del Cuarto centenario del Descubrimiento de América" en *Descubrimiento de América, del IV al VI centenario*, Vol. I, Madrid, Veintiuno Colección, Fundación Cánovas del Castillo, 1993.

Carreño, María Alberto. "Don Francisco del Paso y Troncoso" en *Divulgación Histórica, Revista Ilustrada*, 15 de febrero de 1941, no. 4, año II, México.

Córdoba Tirso, Rafael. *Historia elemental de México*, México, Juan Valdéz y Cueva editor, 1890.

Castella, Gastón. *Historia de los Papas*, Madrid, Espasa-Calpe, vol. III, 1970.

Cosío Villegas, Daniel (coord.) *Historia Moderna de México. El porfiriato, La vida política interior*, vol. X, 2da. Parte, México, Ed. Hermes, 1993.

Del Paso y Troncoso, Francisco. *Exposición histórico americana de Madrid. Catálogo de objetos que presenta la República de México en la exposición*, México, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, oficina tipográfica del timbre, 1892.

Delvoux, J. *La epopeya de Colón, bosquejo épico*, Madrid, imprenta de Francisco de Sales, 1892.

Duro Fernández, Cesáreo. *¿Es el centenario de Colón?*, Madrid, tipografía de Manuel G. Hernández, 1890.

Fernández-Armesto, Felipe. *Colón*, Barcelona, Cátedra, 1992.

García Icazbalceta, Joaquín. *Diccionario Universal de Historia y Geografía de México*, Vol. II, México, Tipografía de Rafael Andrade, 1853.

Junta Colombina, *Homenaje a Colón*, México, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1892.

Lagarrigue, J. Enrique. *Homenaje tributado a Colón en la Sociedad Positivista*, Santiago de Chile, Imprenta de Cervantes, 1892.

Manzano, Teomidoro. *Lecciones de Historia de México*, México, Imprenta de Eduardo Dublán, 1903.

Marbó, Margarita "México bajo la dictadura porfiriana" en Semo, Enrique (coord.), *México, un pueblo en la historia*, vol. II, México, Ed. Nueva Imagen-Universidad Autónoma de Puebla, 1983.

Mayer, Alicia. *El Descubrimiento de América en la historiografía norteamericana*, México, UNAM, 1992.

Muriá, José María. "El cuarto centenario del descubrimiento de América" en Zea, Leopoldo, *El descubrimiento de América y su sentido actual*, México, IPGH-FCE, 1989. (colecc. Tierra Firme)

O'gorman, Edmundo, *La Invención de América*, México, UNAM-FCE, 1984. (Colecc. Letras Mexicanas, primera serie)

O'gorman, Edmundo, *Historia de la idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Centro de Estudios Filosóficos, 1951.

Ortega, María Eulalia, *Elogio de Cristóbal Colón*, México, imprenta de Ignacio Cumplido, 1846.

Ortega y Medina, *Imagología del bueno y del mal salvaje*, México, UNAM-IIIH, 1987.

Ortega y Medina, *La idea del descubrimiento desde México (1836-1986)*, México, CCYDEL-UNAM, 1987.

Payno, Manuel, *Compendio de la historia de México para el uso exclusivo de los establecimientos de instrucción pública*, México, Francisco Díaz de León y S. White, 1871.

Prieto, Guillermo, *Lecciones de historia, escrita para los alumnos del Colegio Militar*, México, Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1886.

Riva Palacio, Vicente. *México a través de los siglos*, Vol. I, México, Ed. Cumbre, 1989.

Rubio Contreras, Francisco. *Discurso sobre la influencia del espíritu cristiano en el ánimo de Colón*, Sevilla, Imprenta de E. Rasco, 1893.

Sánchez Santos, Trinidad. *Oda a Colón, (recitada en la sesión solemne de la Sociedad de Geografía y Estadística)*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1892.

Santa María, Javier. *Compendio de la historia de México*, México, Librería de la viuda de Charles Bouret, 1889.

Sierra, Justo. *Elementos de historia general para las escuelas primarias*, México, Librería de la viuda de Charles Bouret, 1894.

Valadéz, José C. *El Porfiriato*, México, Vol. III, UNAM, 1986.

Velarde Fuentes, Juan. "La situación económica en Iberoamérica en 1892 y 1992" en *Descubrimiento de América, del IV al VI centenario*, vol. I, Madrid, Veintiuno Colección, Fundación Canovas del Castillo, 1993.

Vidart, Luis. *Colón y Bobadilla, una polémica y un bosquejo dramático*, Madrid, tipografía de Manuel Ginés, Impresor de la Casa Real, 1892.

Vidart, Luis. *Colón y Bobadilla*, Madrid, Establecimiento de Rivadeneira, 1892.

Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, CIESAS-SEP, 1987.

Zárate, Julio, *Compendio de la historia general de México*, México, Librería de la viuda de Charles Bouret, 1880.

Zavala, Silvio, *El descubrimiento colombino en el arte de los siglos XIX y XX*, México, Fondo de Fomento Cultural BANAMEX, 1991.

HEMEROGRAFÍA.

El Correo Español. México, D.F., 1891, 1892, 1893.

El Hijo del Ahuizote. México, D.F., 1892.

El Monitor Republicano. México, D.F., 1892.

El Siglo XIX. México, D.F. 1877, 1890, 1891, 1892.

El Tiempo, diario católico. México, D.F. 1889, 1890, 1891, 1892.

La Orquesta. México, D.F. 1877.

La Raza Latina. México, D.F., 1892.